

Aurora



¿FELICIDAD? NO, GRACIAS 11
EVA ALEXANDER

Aurora

Eva Alexander

Derechos de autor © 2024 Eva Alexander

Todos los derechos reservados

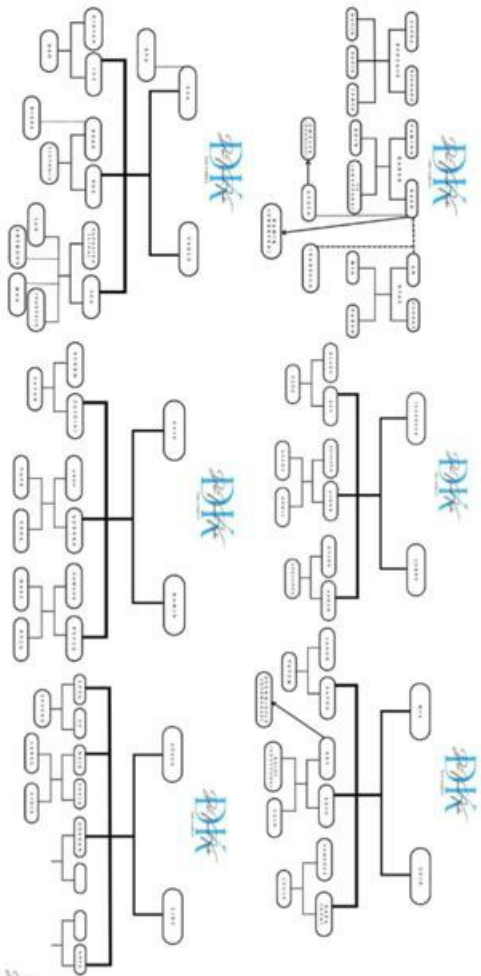
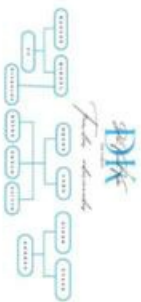
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Eva Alexander

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Capítulo 20</u>	
<u>Capítulo 21</u>	
<u>Epílogo</u>	



Capítulo 1

Aurora

Mi nombre es Aurora.

Mi padre nos miró a mí y a mi hermana gemela y pensó que éramos dos pequeñas princesas. Eligió nombres de cuentos para nosotros, Aurora y Bella. Poco sabía él que de princesas teníamos muy poco.

Bella sí. Ella era perfecta. Hermosa, inteligente, obediente, amable, no tenía ni una pizca de maldad en todo su cuerpo. Ella ayudaba a los pobres y a los no tan necesitados. Si alguien necesitaba algo, dinero o un abrazo, ahí estaba ella dándolo todo.

Yo no. No era una mala persona, los eventos de caridad eran una tradición en mi familia, obviamente, mi padre era el jeque de nuestro pequeño país y era nuestro deber ayudar a los ciudadanos.

Habíamos acompañado a mi madre desde que empezamos a andar. Visitamos hospitales y el orfanato, sí, había solo uno porque desgracias ocurrían como en todo el mundo. A veces un niño perdía a sus padres y no había nadie más que pudiera cuidarlo, aunque no se quedaba mucho tiempo ahí porque enseguida le buscaban una familia que quería adoptar.

Lo sabíamos todo sobre empatía y caridad, Bella lo practicaba, lo vivía. Yo era más de hacerlo porque era mi deber, pero en el fondo era una persona muy rencorosa y vengativa.

¿Por qué había salido yo así cuando mis hermanos eran tan buenos? Ah, Zaid, mi hermano mayor era tan bueno como un trozo de pan, aunque iba de duro.

En fin, que yo no hacía daño a los inocentes porque me daba la gana o porque había algo extraño en mi cerebro que me instaba a cometer locuras. No, señor. Yo odiaba las injusticias y no tenía la paciencia para esperar al karma. No, señor. Yo me encargaba de repartir justicia.

Y a eso iba ahora.

A vengar a mi hermana.

Verás, a Bella le gustaba aprender, tenía una curiosidad increíble y no podía estar quieta en un lugar más de un par de meses. Viajaba tanto que mi padre le había regalado un avión para ella sola.

Hace cinco meses viajó a Grecia donde, por desgracia, conoció a Tomaso. El hombre era guapísimo, moreno, ojos azules, sonrisa cautivante, alto y bla, bla, bla. Lo tenía todo y mi hermana cayó como un saco de patatas.

Tardó tres segundos en perder la mente por él y tres días en perder el corazón.

Su encuentro fue algo peculiar. Bella, como siempre, iba paseando por el centro de Atenas y había regalado su chaqueta a una mujer que pedía limosna en una esquina. El bolso a una madre que estaba llorando a la entrada de una tienda.

Lo único que llevaba cuando chocó con Tomaso era el móvil en la mano. Ni llevaba joyas, ni reloj. Los guardaespaldas que la protegían estaban a unos pasos detrás y él no se dio cuenta.

Tomaso vio una mujer bellísima, vestida con un pantalón de lino blanco y una blusa rosa. Para él era una mujer sencilla y la invitó a salir.

Bella decidió no decirle la verdad porque la mayoría de los hombres echaban a correr en

cuanto averiguaban el nombre de nuestro padre o justo el contrario. Ella quería vivir una historia de verdad, sin la influencia del apellido y de la riqueza.

No la culpaba, yo también lo había hecho un par de veces, aunque no con un hombre. ¡No, Dios! Para mí los hombres eran criaturas odiosas que no merecían ni un segundo de mi precioso tiempo. Mi padre y mi hermano sí, mis otros parientes masculinos también, pero todos los demás no me servían para nada.

Aunque eso ya te lo contaré más tarde.

Mi hermana y Tomaso vivieron una bonita y rápida historia de amor. Todo iba bien hasta que la llevó a su casa para que conociera a su familia. Verás, él no era un mal hombre. A mí me gustaba, a mi padre también, aunque no lo habíamos conocido personalmente.

Los investigadores de la familia nos dijeron todo lo que necesitábamos saber sobre él. Buen tipo, honesto, trabajador, se encargaba del negocio familiar y de la familia desde que su padre había fallecido. Las mujeres que habían pasado por su cama, no por su vida porque parecía que tenía alergia a las relaciones largas, eran muchas, pero no había nada turbio ahí.

Así que Tomaso nos gustaba y seguimos con nuestras vidas y ellos con su romance hasta que Bella me llamó llorando.

La madre y las dos hermanas de Tomaso la habían tratado mal, tan mal que en cinco minutos yo estaba en el coche de camino al aeropuerto para impartir justicia. Bueno, venganza, pero para mí era lo mismo.

Esas tres brujas la habían llamado de todo, desde pobre (como si eso fuera un crimen) a trabajadora sexual (tampoco era un crimen). Que lo único que quería ella era ser esposa de un rico, que le había tocado la lotería al conocer a Tomaso. Que el pobre estaba tan hechizado por lo que mi hermana le estaba haciendo en la cama que iba a entregarle la fortuna familiar en una bandeja.

Bella siendo tan buena persona no le contó nada a Tomaso porque sabía que él iba a salir en su defensa y no quería arruinar la relación que él tenía con su familia.

Yo no era ni buena persona ni me importaba la familia de él.

Iban a pagar.

Tuve seis horas de vuelo para organizarme, aunque al final elegí la manera más sencilla y rápida. La primera idea que descarté fue arruinar todos sus negocios y dejarlos a todos en bancarrota para sentir en su propia piel el verdadero significado de ser pobre. Sus hermanas incluso podían probar lo que era vender su cuerpo para poner un trozo de pan en la mesa.

Aterrizamos en Atenas a las seis de la tarde y tuve menos de dos horas para arreglarme. Como Bella no le había dicho nada a Tomaso, hoy iban a una cena benéfica. Estaban invitadas todas las personas ricas e importantes de Grecia.

Yo no tenía una invitación, pero tampoco la necesitaba gracias a un par de llamadas y a mi apellido.

Un coche me esperaba en el aeropuerto, a tres pasos del avión y es que Ethan, mi guardaespaldas era así de sobreprotector. Aunque esta vez estaba protegiendo mi cabello de la lluvia.

Sí, dos gotas de lluvia convertían mi larga melena en algo que no se podía definir. No era ni una escoba, aunque era áspero. No era ni el nido de un pájaro, aunque tenía un color extraño. Bajo el sol era rubio igual que el de Bella, pero en el interior era un rubio ceniza claro y no, no me sentaba mal a mis casi treinta años.

Era lo único que no compartía con Bella. El cuerpo era el mismo, la altura y el color de los ojos. Rubias (yo menos), altas, guapas, de ojos azules, delgadas, planas o casi. A Bella le

molestaba no tener los pechos grandes, aunque a mí me daba igual, de hecho, lo prefería.

De todos modos, llamaban la atención de los hombres, más de lo que a mí me gustaba.

Es lo que ocurrió cuando llegué al hotel. Era uno que pertenecía a la empresa familiar, no estaba segura si era de los Diaz o Kader, pero era como si fuera la dueña. Estaba tan segura como en mi casa y por eso Ethan se quedó afuera para recoger las maletas mientras yo iba a recepción.

No había dado ni tres pasos dentro cuando sentí su mirada. Parecía quemarme, arrasar cada pequeña parte de mí que estaba expuesta. Mis brazos, mi cuello, mis piernas de rodillas abajo.

Miré alrededor, buscando en la entrada del hotel por el dueño de esa mirada. No estaba muy ajetreado, pero de todos modos tardé bastante en encontrarlo.

Obviamente era un hombre porque cuando una mujer te mira (con envidia, odio o algo parecido porque las mujeres rara vez te miran bien) se te erizan los pelos, se te acelera el corazón y tu instinto de supervivencia te prepara para la defensa.

Estaba sentado en una silla bastante alejada y gracias a mi cabezonería no podía ver bien su rostro. Necesitaba gafas, pero me parecían un incordio, además de que no siempre me cabían en el bolso. Ya sabes, problemas más importantes que la vista.

Vestía un traje negro, su cabello también era oscuro y eso era todo. Los rasgos eran una imagen borrosa. El hombre podía ser guapo como un modelo o feo como un ogro.

Seguía mirándome incluso cuando me detuve para mirarlo mejor. Sentía su mirada y no dejé de sentirla ni siquiera cuando le mostré lo que Bella llama mi sonrisa de bruja. Lo que hacía era sonreír por un segundo y luego mirarlos con la promesa de venganza reflejada en mis ojos.

No podía ver si mi mirada hizo su efecto y tampoco esperé a ver si el hombre hacía algo más que mirar. Me encaminé hacia la recepción. No necesitaba pasar por ahí y recoger mi llave, pero me gustaba avisar que había llegado. La recepcionista me dio la bienvenida y enseguida me dirigí al ascensor.

Cuando las puertas se abrieron todavía podía sentir la mirada y ya que estábamos bastante lejos para decirle que era de muy mala educación mirar tan intensamente, pues hice algo que tampoco estaba bien visto.

Le mostré la mano, solo el dedo corazón levantado, solo por un segundo antes de que se cerrasen las puertas del ascensor. Solo un segundo que esperaba que las cámaras de vigilancia no grabasen porque entonces mi madre me llamaría para regañarme.

¡Infiernos! Era hija de un jeque, hermana de otro, no podía hacer gestos obscenos en público. Y no, la excusa de que el hombre me hacía sentir incomoda no valía.

La última planta del hotel era para la familia, en todos ocurría lo mismo porque nosotros éramos muchos y viajábamos a lo loco. El ascensor no subía hasta esa planta sin una tarjeta o un código y por eso todos los miembros de la familia llevábamos un reloj inteligente que abría las puertas automáticamente.

También servía para tenernos vigilados o protegidos, algunos lo llamaban protección y otros, paranoia. A mí me daba igual.

Elegí la segunda habitación porque la primera era de Bella, aunque ella había alquilado un piso en el centro para seguir manteniendo la mentira que le había contado a Tomaso, que era una joven trabajadora sin muchos recursos. Tampoco importaba mucho si era la segunda o la primera, todas eran iguales y no pensaba quedarme mucho tiempo en la ciudad.

Ethan subió con mis maletas y después de una ducha me puse un vestido negro, uno de los diseños de mi madre. Ya no trabajaba como antes, solo para la familia porque, aunque la moda era su pasión decía que ya quería descansar.

No obstante, descansar era lo último que hacía porque solía pasar la mitad del tiempo con mi padre y la otra mitad en casa de mi hermano malcriando a sus nietos.

No había perdido su toque y yo no llevaba nada que no fuera un diseño suyo, tal vez la ropa de estar por casa, pero nunca cuando iba a alguna fiesta.

Maquillarme era lo que más odiaba de la vida, no le veía el sentido, no cuando tenía los rasgos perfectos. He de reconocer que me veía más guapa con el maquillaje, pero para mí no valía la pena perder tanto tiempo frente al espejo.

Pero hoy lo perdí porque quería verme un poco diferente a Bella. Nos iban a confundir igual, pero por lo menos lo quería intentar ya que ella no le tenía miedo al color y yo iba siempre en tonos neutros.

Lo importante es que me veía genial, tanto que Ethan me echó un vistazo y luego cogió su teléfono para pedir refuerzos.

¿Qué puedo decir? El hombre había tenido su cuota de sustos en los seis años que llevaba trabajando para mi padre. Para mi padre, no para mí. Obedecía sus órdenes, de hecho, solo una: protegerme a toda costa, incluso de mí misma.

—Seré buena —le dije saliendo por la puerta.

—Eso dices siempre —contestó y me eché a reír porque tenía razón.

¿A quién pretendía engañar?

La limusina era mi medio de transporte menos favorito porque llamaba mucho la atención, pero hoy era lo que buscaba. Atención. No podía bajar de un todoterreno o de un Hummer (que sí era mi favorito) y caminar por la alfombra roja.

El evento era una recaudación de fondos para los niños en riesgo de pobreza. Era una estafa como cualquier otra organización benéfica grande. Había algunas buenas, pero normalmente eran de las pequeñas, de gente que de verdad quería ayudar y donaba una parte del poco dinero que tenían o su tiempo.

Estos eventos grandes eran solo para alardear joyas, coches y novias o novios. Los niños eran lo último en lo que pensaban, pero ya que estaba aquí, me iba a asegurar de que el dinero recaudado fuera a donde debía ir.

Para llegar al lugar donde se celebraba el evento había poca distancia desde el hotel y tardamos menos de diez minutos, pero la cola para bajar era tan larga que tuve tiempo para leer cinco capítulos de una novela de suspense.

Leer era mi pasatiempo favorito y como me aburría rápido tenía un sistema peculiar de hacerlo. Una semana, un género. No descartaba ninguno y si el libro que elegía era parte de una serie la leía toda. Si no estaba completa, pues esperaba.

El libro actual me estaba matando y no podía esperar a terminarlo porque luego tocaba romántica. Ya tenía el libro preparado, una historia de amor con muchos toques de comedia. Iba a reírme mucho o por lo menos eso decían las reseñas.

Cuando llegó mi turno para bajar tenía más ganas de quedarme y leer que de ir a ese maldito evento. No obstante, acepté la mano de Ethan y bajé del coche bajo las luces de las docenas de fotógrafos ahí presentes.

Los escuché gritar, preguntándome mi nombre. No les hice ningún caso sabiendo que nunca iban a averiguar mi nombre y que esas fotos desaparecerán de sus cámaras en menos de un minuto.

La privacidad era muy importante para mi familia. En mi país era muy conocida, igual que el resto de la familia, pero el resto del mundo no necesitaba saber mi nombre. Lo conocían, obviamente.

Hakar era un país pequeño, pero sus riquezas eran bien conocidas. Los diamantes que se sacaban de nuestras minas eran los mejores, los más brillantes y caros. El apellido Kader abría puertas y convertía a la gente en personas horrorosas, el tipo que buscaba algo que ganar. Dinero, favores, fama.

Los odiaba. Veía el cambio en sus ojos cuando escuchaban mi nombre completo, la codicia reflejándose en sus rostros.

Yo tuve suerte, me protegí de ellos, pero Bella no. Ella se enamoró a los dieciocho de un chico que estaba más interesado en lo que podía obtener de mi padre que de ella. Le rompió el corazón. Luego yo le rompí una pierna, pero fue por accidente, ¿vale?

La bancarrota de su padre, las deudas de la familia y su repentina ida del país no fue un accidente. Me sentía orgullosa por defender el honor y vengar el corazón roto de Bella. Era mi deber como hermana mayor, tres minutos más, pero mayor.

En la entrada esperaban dos jóvenes vestidas de negro y a su lado dos hombres de seguridad. A dos pasos a la derecha estaban los anfitriones, una pareja mayor. Él muy alto y con el cabello blanco como la nieve, ella pequeña, un tono gris de cabello (brillante y que le sentaba fenomenal) y sonrisa bonita.

No recordaba sus nombres, yo era más de caras, pero por el informe de Ethan sabía que eran dueños de la más grande empresa inmobiliaria de Grecia. También sabía que eran buena gente, de los pocos empresarios honestos que había en el mundo.

Le devolví la sonrisa a ella mientras escuchaba a una de las chicas.

—Su invitación, señorita.

—Kader, Aurora Kader —dijo en voz alta mirando a la pareja mayor.

El hombre frunció el ceño, intentando recordar dónde había escuchado el nombre, pero ella lo supo en un instante. Su mirada bajó hacia el collar que rodeaba mi cuello y su boca se abrió por la sorpresa.

Ah, una amante de los diamantes.

—Señorita Kader, bienvenida —dijo la mujer apresurándose hacia mí con la mano extendida.

Su marido la siguió y me saludó amablemente, el pobre aún no se había dado cuenta.

—Un placer tenerla aquí con nosotros. Los niños necesitan toda nuestra ayuda —dijo él.

—Exactamente, señor —hice una pausa en la que Ethan, que estaba justo detrás de mí, me susurró el nombre del hombre— Karalis. ¿Le puedo robar un minuto de su tiempo? Tengo una oferta que sé que le gustará.

—Nicolas, señorita Kader, a su disposición.

Con un gesto me invitó a caminar hacia una zona tranquila y sonreí mientras me dirigía hacia allá porque Nicolas, este señor de sesenta o setenta años, había cogido a su mujer de la mano para que nos acompañara.

Luego, los dos escucharon mi oferta. No estuvieron de acuerdo porque era demasiado generosa y no podían aceptarla, pero insistí y no tuvieron más remedio que decir que sí.

Helena, la señora Karalis, me acompañó personalmente al interior. Me presentó a una de sus amigas que debía hacerme compañía mientras esperaba. Conseguí escabullirme porque odiaba sonreír mientras me presentaban a personas que nunca más iba a ver y que no me interesaba conocer.

Bella estaba tardando, aunque pude ver que la madre de Tomaso ya estaba aquí. Gina se llamaba y tenía un buen gusto en lo que se refería a la moda. Su vestido era perfecto y, nada más y nada menos, que un diseño de mi madre. Antiguo, pero de mi madre.

Oh, no podía esperar a ver su cara.

La estaba mirando y sentía como una sonrisa (esa que mi hermana llamaba maquiavélica) se estaba dibujando en mi cara cuando mi vista fue tapada por el torso de un hombre.

¿Qué diablos?

Capítulo 2

Aurora

La camisa era blanca como la nieve. La pajarita del mismo color del infierno, o sea, negro, no rojo como el fuego en el que ardían los pecadores. La americana que se ajustaba a unos hombros anchos en negro también.

Estaba justo frente a mis ojos y eso era un problema. Yo era alta, vale, no tan alta, como ciento ochenta y cinco con tacones. Inclinar la cabeza para ver su rostro no me apetecía nada, pero tenía que hacerlo porque uno de mis defectos era la curiosidad y definitivamente quería saber las razones de este hombre por las que se había detenido frente a mí.

Mi mirada se fijó en sus labios cuando este abrió la boca y dijo: —¿Qué infiernos crees qué estás haciendo, Bella?

Dejé de fantasear sobre esos labios, ¿eran suaves o duros?, y lo miré a los ojos preparada para decirle que estaba equivocado. No obstante, me quedé boquiabierta.

Congelada.

Hipnotizada.

Eran verdes. Bonitos, ¿sabes? Como si alguien hubiera mezclado todos los tonos verdes del bosque en verano. No obstante, no reflejaban la promesa de un día bonito. Oh, prometían algo, pero lo contrario.

Estaba atrapada en su mirada, en su promesa de hacerme daño porque de alguna manera él y yo éramos enemigos.

Pues sí, eso era un problema porque él tenía el poder de hipnotizarme y yo no tenía nada. Bueno, ganas de dejarme hacer lo que fuera. ¿Besos? Vale, podía usar su boca para torturarme. Sus manos también.

Eso pasaba en la guerra, ¿no? Podía ser una prisionera, su prisionera.

—¡Jesús! —gruñó él.

Luego me rodeó la muñeca con su mano y me guió hacia un pasillo. Giré la cabeza y le eché una mirada a Ethan que estaba a cinco pasos detrás de nosotros. Sacudí la cabeza y él sacudió la suya, pero yo le sonreí y el pobre aminoró el paso.

¿Qué? La curiosidad era mi problema y quería ver qué era lo que quería este hombre de mí.

Se detuvo y como yo iba mirando hacia atrás choqué con él.

Gruñó algo por lo bajo mientras abría una puerta y me empujaba dentro.

—Ahora, Bella, dime qué infiernos estabas haciendo en el hotel —demandó.

El asombró me hizo abrir la boca, pero la cerré rápido.

¡Era él! El hombre que me estuvo mirando, bueno, ahora entendía mi reacción a esa mirada. Imponía y mucho. Ni hacía falta decir que era guapo. Bueno, guapo, pero no uno de esos hombres que va a la peluquería y se hace un tratamiento para suavizar el cabello y mientras tanto se hace la manicura.

Este hombre, a pesar de su traje, parecía un guerrero, ¿sabes? Uno de esos de antes que se ponían una armadura, cogían su espada y se iban a la guerra. No tenía ninguna duda de que bajo su ropa tenía músculos, músculos y más músculos.

¿Tenía curiosidad por ver? Algo, pero iba desapareciendo bastante rápido porque había tanta agresividad en sus ojos que pensaba que me iba a ahogar.

Así que, no, gracias.

Iba a dejar mi curiosidad insatisfecha por una vez ya que también empezaba a dudar de Ethan. Si este hombre planeaba lastimarme, no estaba segura de que Ethan pudiera defenderme, no en una pelea cuerpo a cuerpo. Podía dispararle, pero me parecía un poco excesivo.

—¡Bella! —insistió él.

—Eh, Bella no estaba haciendo nada en el hotel y ahora, discúlpame, tengo que...

—¡Joder! Ekaterina tenía razón, está jugando con Tomaso y es el momento de ponerle fin a esta situación. ¿Cuánto quieres para desaparecer de su vida?

Oh, me estaba ofreciendo dinero, bueno, a Bella. Me sentí ofendida en su nombre porque ella de verdad amaba a Tomaso, pero este hombre merecía una lección.

—¿Cuánto estás dispuesto a ofrecer? —pregunté.

Me miró fijamente y por un momento me dejó ver que no se lo esperaba. Preguntó, sí, ofreció dinero, pero no esperaba que dijera que sí.

Oh, lo había jodido. Bueno, todo se iba a arreglar dentro de poco.

—Medio millón —dijo.

—¿Dólares?

—Euro.

Ok, era rico, obviamente porque de otra manera no estaría aquí ofreciéndole tanto dinero a la mujer que supuestamente iba detrás del dinero de su amigo.

—Un millón y es mi última oferta —dijo sacando del bolsillo de su americana una chequera y una pluma de color negro. Noté las letras AK antes de que mi mirada fuera atraída por sus grandes dedos.

Obviamente, mi mente se fue hacia otras cosas que no tenían nada que ver con mi hermana o con escribir.

—Cien mil más y podrás comprarte un diamante de verdad no esa piedra de mercadillo —dijo.

Llevé la mano hacia mi collar mientras dejaba salir un pequeño grito, una mezcla de sorpresa y furia.

¿Cómo se atrevía?

El diamante que llevaba era especial, era único. Era de color amarillo, uno de los pocos que fueron encontrados en las minas de Hakar. El color intenso y los cien quilates lo convertían en una rareza, una muy cara rareza.

Valía cincuenta millones de dólares, más o menos.

—Al portador, por favor —dije entre dientes, aguantando las ganas de enviarlo al diablo.

Caminó hacia una mesa, se inclinó y escribió el cheque. Luego extendió la mano y lo cogí sin mirar el trozo de papel.

—¿Por qué? —pregunté.

—Tomaso es un buen hombre y necesita una buena mujer a su lado —respondió.

—Y estás convencido de que Bella no lo es —dije mirándolo a los ojos.

—La Bella que conocía sí, pero la mujer que he visto en el hotel ha confirmado los rumores que he escuchado desde el principio.

—Permíteme adivinar, esos rumores los has escuchado de las queridas hermanas de Tomaso, ¿verdad?

—¿Acaso importa eso? Has cogido el cheque y es toda la evidencia que necesitaba.

Suspiré mientras debatía entre decirle la verdad ahora o esperar un poco más. Él solo estaba protegiendo a Tomaso, pero también me había insultado así que mantuve la boca cerrada.

Se acercó a mí y sí, tuve que inclinar mucho la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Te irás ahora, me da igual la excusa que vas a usar, pero Tomaso no debe saber la verdad. Nunca.

—¿Qué verdad? —preguntó una mujer.

Miré hacia la puerta y ahí en el quicio vi a una de las hermanas de Tomaso, la más joven, la del cabello rubio y cara de haberse chupado un limón. ¿Qué diablos le pasaba a esta gente? Lo tenían todo para ser felices y aun así iban por la vida amargadas.

Bueno, decidí que un poco más de amargura no le vendría mal.

Aparté la mirada de ella y miré al amigo de Tomaso.

—No puedes tener sentimientos por la novia de tu amigo, entiendes, ¿verdad? Yo no siento nada por ti —dije y me puse de puntillas acercando mi rostro al suyo—. Lo siento.

Puse la mano sobre su hombro para apoyarme y presioné mis labios contra su mejilla. Luego le susurré al oído: —Buena suerte con esos rumores.

No fue bonito de mi parte y no va a durar mucho, pero por unos quince minutos el amigo de Tomaso tendrá que dar algunas explicaciones. Total, ser buena persona está sobrevalorado. Es mejor ser la villana de la película.

Al salir le sonreí a la hermana de Tomaso que me estaba mirando boquiabierta y al cerrar la puerta la escuché gritando, pidiendo explicaciones.

—¡Ares! ¿Te gusta Bella? Pero, pero...

Me quedé en el pasillo por si escuchaba algo más porque sus palabras contenían unas notas de celos que auguraban un buen chisme. Pero luego Ethan aclaró su voz.

—A la hermana de Tomaso le gusta el amigo —le susurré.

—La tuya estará aquí dentro de veinte minutos y eso me interesa más —contestó Ethan.

—No eres nada divertido —murmuré encaminándome hacia la sala.

Fui hacia el bar y pedí una copa de vino blanco que me tomé mientras esperaba a Bella. Obviamente, busqué un lugar alejado de la gente, algo oculto, para poder mirar sin interrupciones. Nadie me conocía aquí y había muy pocas posibilidades de que alguien viniera a saludarme.

Lo que intentaba evitar eran los hombres que veían a una mujer sola y guapa y enseguida intentaban ligar. Las mujeres solían mirarme desde lejos y no se acercaban a menos que decidieran que había algo que ganar hablando conmigo.

Estudié a los invitados. Todos ricos y bien vestidos. Todos sonriendo, sonrisas perfectas, blancas y falsas. No había nadie conocido, obvio. Yo no tenía amistades fuera de la familia y podías decir que era extraño, pero no me daba la vida para más.

Tenía tantos tíos y primos que me tenían ocupada y casi no tenía tiempo para mí misma. Si alguien no se casaba, había un cumpleaños. Si alguien no se había puesto de parto, había un bautizo. Si no había ningún evento familiar, acompañaba a mis padres a sus eventos oficiales.

Estaba ocupada. No había ni tiempo ni lugar en mi vida ni para amigos ni para hombres. Aunque, los hombres nunca estuvieron en mi lista de pendientes. ¿Para qué? Conocí a un chico cuando tenía veinte años que me hizo sentir algo de mariposas en el estómago, pero dos días después averigüé que era una gastroenteritis.

Tenía ojos, había hombres muy guapos esta noche, pero no me apetecía llevarme ninguno de vuelta al hotel. Tal vez a Ares.

¡Diablos, Ares! ¿Qué tipo de padres ponían a su hijo el nombre del dios de la guerra? Le

sentaba como un guante, eso sí.

Y hablando del diablo lo vi llegar solo. Busqué a la hermana de Tomaso y la encontré al lado de dos mujeres, su madre y su hermana. Sonreí mientras veía sus caras de sorpresa y maldad. Sí, maldad. Incluso pudo leer en sus labios las palabrotas que soltaron.

Tendría que pedirle a Ethan las grabaciones de las cámaras de vigilancia para saber exactamente lo que estaba diciendo.

Luego llegó Bella con Tomaso, pero ellos caminaron hacia una mesa. Las tres mujeres llegaron enseguida e intentaron llevarse a Tomaso para hablar. No lo consiguieron porque Ares llegó junto a Nicolas Karalis.

—¡Oh, diablos! —susurré viendo como miraba Nicolas a Bella.

Pero le sonrió lo que hizo a las tres mujeres echar humo por las orejas, bueno, no, pero no les gustó ni un pelo la atención de Nicolas hacia Bella.

Ares también la estaba mirando de una manera extraña.

—¿Vas a ir o qué? —preguntó Ethan que siempre conseguía estar cerca incluso cuando parecía que no estaba.

—Me gustaría disfrutar un poco más, ¿no puedo? —contesté.

Y me quedé. Una chica debería divertirse de cualquier manera, ¿no?

Ares no paraba de mirar a Bella, aunque tengo que reconocer que lo estaba haciendo cuando nadie estaba mirando. La hermana de Tomaso no había notado nada extraño y me pregunté si la mujer era tonta o ciega.

Yo llevaba un vestido negro, el cabello recogido y Bella iba de blanco con el cabello suelto.

Una joven le puso punto a mi diversión al decirme que dentro de poco me necesitaban. La seguí hacia el escenario y hablé con Nicolas antes de que subiera. Esperé con Helena mientras él daba un discurso, bonito por la causa, pero aburrido.

—Tenemos una invitada especial esta noche a la que me gustaría invitar para que la conozcáis todos —dijo Nicolas y el vino que había tomado, esa media copa, se subió hasta mi garganta.

Odiaba ser el centro de atención, lo odiaba tanto que de pequeña solía vomitar. Aunque conseguí vencer mi miedo y ahora tocaba demostrarme a mí misma que podía hacerlo de nuevo.

Subí al escenario y me quedé al lado de Nicolas mientras él decía mi nombre.

—La señorita Aurora Kader.

¡Putas gafas! La mesa de Bella estaba lejos y no podía ver su expresión, aunque sabía lo que estaría pensando.

¿Qué estará tramando esta chica ahora?

Pero para ser honesta lo que me interesaba era la reacción de Ares y de esas tres brujas.

—Hakar es bien conocido por sus diamantes y como cualquier hombre de esta sala sé muy bien cuánto cuestan, pero también sabemos que nuestras esposas lo merecen, ¿verdad, señores? La señorita Kader ha tenido el placer de donar un collar que será subastado y el dinero recaudado será donado a nuestra causa.

Bla, bla, bla.

La audiencia que ya se había dado cuenta de quién era yo aplaudió durante tanto tiempo que empezó a dolerme la cabeza. No obstante, Nicolas me ayudó a bajar del escenario mientras que su lugar lo ocupaba un señor que enseguida empezó la subasta de mi collar.

Me despedí de Nicolas y Helena prometiendo volver a responder a algunas de sus preguntas. Eran muy curiosos sobre Hakar y yo lo entendía muy bien, además me parecían

buenas personas así que no me venía mal hacer amigos.

Bueno, también estaba el hecho de que eran más ricos que la familia de Tomaso y yo necesitaba aliados si la relación de Bella no se terminaba pronto.

Y hablando de mi hermana, ella me miraba fijamente, disparando flechas de fuego desde sus ojos. Me acerqué a ella sonriendo.

—Hola, hermanita —dije inclinándome y dándole un abrazo.

Me devolvió el abrazo porque al fin y al cabo éramos hermanas y aunque no estaba de acuerdo con lo que acababa de hacer sabía que mis intenciones eran buenas.

—Hola, Tomaso —le dije al novio de mi hermana que estaba boquiabierto.

Tal vez él también tenía problemas de vista y no se había dado cuenta hasta ahora de que Bella y yo éramos idénticas.

—Tomaso, ella es mi hermana Ro —dijo Bella.

—Aurora —le corregí.

Bella puso los ojos en blanco, pero solo un breve instante porque estaba muy preocupada por su novio.

—Tienes una hermana —dijo él.

Abrí la boca, pero Bella me miró sabiendo muy bien lo que iba a decir así que la cerré. Me senté en la única silla disponible que estaba al lado de Bella y teniendo de vecina a la hermana de Tomaso. Al otro lado estaba la otra hermana, la madre y Ares.

Obviamente, no pude aguantarme y le regalé mi mejor sonrisa, la que decía más o menos: —¡Jódete!

Él me miró impasible.

La madre de Tomaso fue la que rompió el silencio y sí todos estaban callados, excepto Bella y su novio que estaban hablando en voz baja.

—Entonces, ¿eres hermana de Bella? —me preguntó.

—Sí, esa soy yo. Aurora Kader, hermana de Bella, hija de Namir y Evie Kader, hermana de Zaid. Creo que has escuchado hablar de nuestra familia, ¿verdad?

La madre asintió.

—Claro que sí, tu madre es mi diseñadora favorita y lloré el día que renunció.

—Ya. Mi madre llorará cuando le diré que usted llamó a mi hermana puta, que la amenazó con echarla del país, con llamar a la policía.

—¡Ro, no! —exclamó Bella.

—¿No, Bella? —pregunté apartando la mirada de la madre de Tomaso solo para mirar al culpable de toda esta situación—. Un hombre verdadero protege a su mujer de cualquier peligro, de fuera o de dentro. Es lo que dice mi padre, es lo que nos ha enseñado a buscar en un hombre y tú, Tomaso, has fallado. Mi hermana dice que la amas, bueno, pues yo no lo creo porque si ese fuera el caso la hubieras protegido de las mujeres de tu familia. ¿Qué has hecho tú? Nada, la insultaron, la amenazaron y tú nada. Ni siquiera te has dado cuenta de que Bella lo está pasando mal. ¿Qué clase de hombre eres tú, Tomaso?

—¡Ro, para! —intentó de nuevo mi hermana.

Pero no había terminado. Me incliné sobre la mesa hacia Tomaso.

—Tu familia insulta a mi hermana. Tu amigo le pagó un millón de euros para desaparecer de tu vida. Dame una razón, una sola razón para convencerme de que tú eres el hombre que merece mi hermana.

Terminé. Cogí la copa de champán de mi hermana y tomé un sorbo. Luego me apoyé en el respaldo de la silla y esperé la respuesta de Tomaso. Yo y Bella, yo y todos los que estaban

alrededor de la mesa.

Esperé tanto que tuve tiempo para echar un vistazo hacia Ares y lo encontré mirándome. Aunque ya había sentido su mirada, igual de intensa que antes en la recepción del hotel.

Como Tomaso se estaba tomando su tiempo, su madre decidió decir algo en su defensa. La suya no la de Tomaso.

—Un malentendido, fue un malentendido —dijo ella.

Me esperaba una mejor excusa, de hecho, estaba bastante decepcionada con esta justificación.

—¿Un malentendido, madre? —explotó Tomaso.

—Hijo —empezó ella.

Pero Tomaso, para mi sorpresa, no la dejó continuar.

—Igual que Cara, Elena, Alicia, ¿verdad, madre? Igual que cada mujer que te he presentado en los últimos cinco años. A ver, ¿cuál era el plan? Tú la amenazabas y Ares le entregaba el cheque, ¿o cómo?

—Yo —intentó responder ella, pero Tomaso no quiso escuchar.

—Se acabó, madre. Seguiré pagando tus gastos porque es mi deber como hijo, pero ya no te quiero en mi vida —declaró él.

Bella busco mi mano y la apretó con fuerza.

¡Diablos!

El plan fue vengar a mi hermana, pero no romper una familia. ¿Eran unas víboras? Sí, pero, escuchar a un hijo decir que no te quería en su vida era un castigo muy cruel.

Tomaso se puso de pie y alargó la mano hacia Bella.

—Tu hermana tiene razón, no te he protegido, pero si me das otra oportunidad te demostraré que soy el hombre para ti.

—¡Vendido! Cincuenta millones de dólares.

Dejé de lado el drama de mi hermana para mirar hacia el escenario donde el hombre dio por terminada la subasta de mi collar.

¡Diablos! Se me había olvidado decirle a Ethan que debía pujar. Era uno de mis collares favoritos, tenía más, pero también tenía un problema de apego emocional hacia mis joyas. Mis libros, mi casa. Ya, tenía un problema.

—¿Ro?

Miré a mi hermana que se había puesto de pie y estaba ahí, al lado de Tomaso mirándome.

—Lo siento —dijo ella, sabiendo lo que sentía por mis joyas—. Pero gracias por venir.

—No, gracias, no. Tendrás que cubrirme los próximos dos semanas porque no pienso contestar a ninguna llamada de mamá.

Oh, e iba a llamar porque nuestra madre lo sabía todo. ¡Todo!

¿Qué era demasiado mayor para tenerle miedo a mi madre? Claro que sí.

¿Qué no debería hacer cosas por las que mi madre me regañaría? Claro que no debería.

Pero a mí me daba igual todo. Actuaba y luego pensaba. Por lo menos ahora había salido bien. Bella estaba feliz. Tomaso también se veía feliz.

Su madre y esas hermanas suyas nos estaban mirando a los tres como si quisieran ver la tierra abrirse y tragarnos.

Y Ares, bueno, sonreía.

A mí.

Capítulo 3

Aurora

Miré a Bella marcharse con Tomaso mientras terminaba de beber el champán. Mi trabajo había terminado aquí, los resultados fueron buenos y el precio más grande de lo que había querido pagar, pero ya no podía cambiar nada.

Excepto averiguar quién había comprado mi collar y hacerle una oferta imposible de rechazar.

Busqué con la mirada a Nicolas y lo encontré enseguida. Estaba conversando con una pareja de famosos, él cantante y ella influencer.

Puse la copa vacía sobre la mesa y poniéndome de pie miré a la familia de Tomaso. El odio que se reflejaba en sus ojos no me sorprendía para nada, pero me preocupaba bastante, tanto que miré hacia atrás buscando a Ethan.

En un instante lo tuve detrás de mí y pude respirar tranquila.

—Que pasen una buena noche —dije porque decir que fue un placer conocerlas era mentira y yo hacía muchas cosas, pero mentir no solía estar entre mis cosas favoritas.

A Ares decidí ignorarlo porque era el tipo de hombre al que le gustaba la atención. Lo que no sabía era que también le gustaba la caza como a la mayoría de los hombres.

Llegar hasta Nicolas al otro lado de la sala fue una verdadera odisea porque todo el mundo quería presentarse y conversar conmigo. No podía mandarlos al diablo así que puse buena cara e hice lo que mi madre me había enseñado a hacer.

Dos horas después aún seguía lejos de Nicolas, pero Helena vino a rescatarme de una conversación sobre el precio de la vivienda en Europa. Yo no sabía nada de eso.

Vivía en Hakar, en una casa que mi padre había mandado construir a mil quinientos de lo que era la residencia familiar. En Lake Spring que era donde pasaba mucho tiempo la otra parte de mi familia me quedaba en casa de mis padres. En Nueva York estaba el ático de ellos. En el resto del mundo había hoteles.

Yo no había comprado una vivienda en mi vida y tampoco iba a comprar.

Era más o menos un parasito viviendo de la herencia familiar, de los dividendos que recibía mensualmente. No tenía un trabajo oficialmente porque no había encontrado nada que mantuviera mi interés más de dos semanas.

Bella amaba el arte, era dueña de una galería de arte en Nueva York y otra en Madrid. También pintaba. Mi creatividad estaba bajo el límite normal, mi madre se la había pasado toda a Bella.

Actualmente estaba viviendo, nada más que viviendo y disfrutando. Bueno, en este momento menos porque no había manera de escaparme de aquí en los próximos dos minutos. Me encantaría tener el poder de chasquear mis dedos y aparecer en mi casa, en la terraza de mi dormitorio con una copa de vino en la mano y con un libro en la otra.

No obstante, le sonreí a Nicolas y a la otra pareja.

—Si tienes un momento, Nicolas, me gustaría hablarte de un asunto —dije mirando la caja que llevaba en la mano.

La caja que contenía mi collar.

Pero Nicolas no me estaba mirando a mí, sino por encima de mi hombro.

—Hijo, aquí tienes —dijo alargando la mano que sostenía la caja.

¿Hijo? ¿Su hijo había comprado mi collar? Bueno, podía convencer a Nicolas que lo quería de vuelta. No era un problema, de hecho, era perfecto.

—El gesto es bonito, pero no entiendo yo qué vas a hacer tú con un collar de diamantes —dijo Helena rápidamente, ella también mirando a su hijo que por alguna razón desconocida se había parado detrás de mí.

Eso era de mala educación.

—Tal vez hay una mujer especial en su vida —dijo Nicolas.

¡Infiernos, no! Lo quería de vuelta. ¡Ahora!

Giré la cabeza justo en el momento en el que el hijo de Nicolas y Helena decía: —El collar es una disculpa.

¿Ares?!

Nuestras miradas se encontraron y la suya estaba diciendo algo que no entendía. He hablado con el hombre durante dos minutos, ¿cómo debía conocerlo tan bien como para descifrar lo que su expresión decía?

Lo pensé durante unos segundos en los que no aparté la mirada de Ares, segundos en los que él debió sacar el collar de la caja. Lo sentí alrededor de mi cuello, la frialdad del oro y el toque caliente de los dedos de Ares.

Y me quedé ahí como tonta mientras él termina de abrocharlo. Medio me desperté cuando dijo: —¿Un baile a cambio del collar?

No asentí, pero tampoco lo rechacé así que Ares me cogió de la mano y me llevó hacia la zona donde algunas parejas estaban bailando.

Y es así como acabé en sus brazos, con mi mano en la suya, con su mano presionando mi cuerpo contra el suyo.

—Te debo una disculpa —dijo.

—Obviamente —respondí impasible.

Verás, me había tomado por sorpresa, pero ya sabía de qué iba todo esto. Ares pensaba que Bella era una mala mujer, por eso le ofreció el millón de euros. Luego averiguó que era mi hermana y que nuestro apellido era Kader.

Bella estaba con Tomaso, pero yo no, yo era su billete hacia la riqueza o lo que fuera que necesitaba él. Por eso me había devuelto el collar. Por eso me había invitado a bailar. Por eso se estaba disculpando.

—Disculpa que no vas a aceptar —declaró Ares.

—Después de averiguar qué piensas sobre mi hermana no debería sorprenderte, además, yo solo acepto las disculpas sinceras —dije.

—¿Qué te hace pensar que no soy sincero?

—¿Me lo estás preguntando en serio? —pregunté inclinando la cabeza para encontrarme con su mirada, hasta ahora había estado mirando a cualquier otra cosa menos a mi compañero de baile.

—Sí, Aurora, es una pregunta sería.

El vuelco que dio mi corazón al escucharlo pronunciar mi nombre era nuevo e inesperado. Era una sensación intensa y bonita, pero innecesaria así que la ignoré.

—Has pagado cincuenta millones de euros por un collar que me acabas de devolver.

—Regalar —me interrumpió Ares—. Es un regalo, una disculpa, un soborno para conseguir un baile y cinco minutos de tu tiempo.

—Exactamente lo que yo decía, señor Karalis, cincuenta millones para conseguir un billete de entrada hacia mi padre. ¿Qué es lo que desea? ¿Derechos para minar en el país? ¿Invertir en alguna de las empresas inmobiliarias? Si hubiera hecho sus deberes debería saber que los extranjeros no tienen derechos en Hakar, pueden vivir y trabajar después de pasar una investigación exhaustiva, pero no pueden invertir en ningún negocio, no pueden comprar nada, ni siquiera medio metro de terreno.

Ares siguió girándonos en la pista de baile mientras yo hablaba, pero cuando paré él también paró. Nos detuvo en el centro, justo ahí a la vista de todos.

—Tú tampoco hiciste tus deberes, Aurora, así que ahí va una clase rápida. Soy Ares Karalis, hijo de Nicolas, el magnate de las inmobiliarias, y Helena, la heredera de una de las grandes fortunas de Grecia. Si abres un libro de historia, cualquier libro, es imposible no encontrar mi apellido ahí. Dinero tengo de sobra. Fama e influencia tengo más de lo que necesito. Así que no, usarte para llegar a tu padre no es mi deseo.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué esperas obtener con esos cincuenta millones?

—A ti. Te quiero a ti —declaró Ares empezando a moverse al ritmo suave de la música.

No sabía si echarme a reír o a abofetearlo por insultarme.

—No estoy en venta, ni por cincuenta millones ni por mil millones.

—Todo está en venta, querida, solo hay que encontrar el precio exacto. El tuyo no es dinero, los diamantes sí así que solo tengo que buscar al adecuado.

¡Hijo de puta!

Esta vez me detuve yo. Me solté de sus brazos y levanté la mano mientras daba un paso atrás. Con un rápido y fuerte movimiento rompí el collar de mi cuello y se lo tiré. Ares lo atrapó antes de que cayera al suelo.

—No. Estoy. En. Venta —repetí.

Me di la vuelta y me marché como alma que lleva el diablo. Escuché a Helena llamarme, pero no me detuve. Escuché a Ethan hablar por teléfono. Escuché mi propio teléfono sonar en mi pequeño bolso.

Lo ignoré todo y paré al llegar a las puertas. Ahí afuera seguían los fotógrafos, los periodistas y los cámaras como buitres esperando su próxima comida.

—Vamos por la puerta de atrás —dijo Ethan.

Dimos la vuelta, subimos, luego bajamos, pasamos por la cocina donde nadie nos hizo caso y al final salimos por una puerta en una callejuela oscura y maloliente donde esperaba una limusina.

Subí, Ethan se sentó delante con el conductor y nos marchamos.

Normalmente no tenía remordimientos ni dudas de ningún tipo sobre mis acciones o decisiones, pero hoy sí. Bella estaba bien, vale, pero yo no y el espectáculo de hace minutos no iba a ser tan fácil de borrar de la memoria de esas personas.

Había manchado la reputación de mi país con mi comportamiento y no tenía ninguna razón, nada que pudiera justificar mi comportamiento.

¿Qué me costaba mantener la boca cerrada? ¿Quién diablos era Ares Karalis? Nada más que un hombre que nunca más volvería a ver. ¿Y qué si pensaba que podía comprarme con un diamante? Pensar no era un crimen. Intentarlo tampoco.

Mi móvil empezó a sonar en el instante en el que abrí la puerta de la habitación del hotel. No era el mejor momento para hablar con mi madre, aunque sabía que era importante, lo dejé sonar. Eran las tres de la madrugada en Hakar y si ella estaba despierta a esta hora solo significaba una cosa: estaba en problemas, grandes problemas.

Y a veces, solo a veces, yo era un poco cobarde y prefería aplazar los momentos difíciles, en este caso, una discusión con mi madre.

Mi estómago rugía mientras me quitaba el vestido, recordándome que no había comido ni cenado.

¡Ah! Ahí estaba la justificación de mi comportamiento. La media copa de vino y la de champán que había tomado. Todo el mundo sabe que el alcohol te nubla la mente y que las decisiones tomadas bajo su influencia son nefastas.

Irrelevante diría mi padre.

Me puse una bata y después de llamar a servicio de habitaciones caminé hasta la terraza. Mi móvil seguía sonando sobre la cama en el dormitorio, pero fuera todo era tranquilidad. Noche y paz. Estrellas que no se podían ver ya que estaba nublado, pero la promesa de la lluvia era mejor que nada.

—Lo has jodido, Ro —dije en voz baja, el viento llevándose mis palabras y me hubiera gustado que se llevase también esa sensación extraña de mi estómago y no, no era el hambre.

Era como si tuviera un camión de dos toneladas presionándome. Era la culpa. Era la vergüenza por no haber hecho las cosas bien, por haberme dejado llevar por mis impulsos.

Llamaron a la puerta y fui a abrir, pero el carrito con la comida que había pedido se quedó ahí. No lo toqué. Ni siquiera podía pensar en comer.

Me fui a la cama y tampoco pude dormir. Me quedé en la cama mirando el techo, pensando y dándole mil vueltas a lo que había ocurrido. De madrugada llegué a la conclusión que ya estaba hecho, que ya no podía cambiar nada.

No obstante, podía comportarme como debía y arreglar el problema o los problemas. Me quedé dormida cuando salía el sol y lo hice sabiendo que yo podía con todo.



Eran las diez cuando me desperté con un dolor de cabeza terrible. Fui directamente a la ducha porque eso solía ayudarme, aunque esta vez no me hizo absolutamente nada. De hecho, empeoró el dolor y mi estado de ánimo.

Me puse un vestido ligero porque planeaba irme hoy, todavía no sabía si de vuelta a Hakar o si iba a esconderme en alguna parte mientras pasaba todo el revuelo que había creado por culpa de ese infeliz.

Iba pensando en pedir un desayuno, el más grande que había, cuando abrí la puerta de mi dormitorio y encontré que tenía visita.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté a Bella.

Mi querida hermana estaba desayunando en mi suite con su novio. La pregunta era tonta, obvio, pero ella no debía estar aquí.

—Buenos días a ti también, Ro —dijo ella.

—¿Café? —preguntó Tomaso.

Fui a sentarme a la mesa y acepté el café sin quitarle la mirada de encima a mi hermana.

—Lo he jodido bien, ¿no?

—Un poco —dijo Bella.

—Para nada —contestó al mismo tiempo Tomaso—. ¿Qué? —le preguntó a mi hermana cuyo rostro expresaba su descontento—. No hizo nada malo. Me alegro de que vino a decirme la verdad sobre mi familia.

—Eso lo dices ahora, pero ya veremos dentro de dos meses o dos años —espetó Bella.

—Sí, ya lo verás.

—Pero Ro tiene un problema mayor y es lo ocurrido con Ares. No se habla de nada más en Atenas en estos momentos y la única razón por la que no está en todas las páginas de chismes ni en las redes sociales es porque tenemos un buen equipo de seguridad digital que elimina toda mención a nosotros.

Tomaso se rellenó la taza de café como si Bella le estuviera hablando del tiempo.

—Ares no es un problema, además, se lo merecía. ¿Un millón de euros? Es idiota, es mi mejor amigo desde que teníamos dos años, pero es idiota —dijo Tomaso.

—A Bella le ofreció el millón, a mi cincuenta.

—Lo que yo decía. Idiota —dijo él.

Pero Bella no estaba contenta y me imaginaba que había hablado con mamá o con papá.

—Ro, sabes muy bien cómo tienes que comportarte en la sociedad. Tenemos una reputación, una herencia. No podemos avergonzar ni a papá ni a Zaid.

—¡El hombre me ofreció dinero para acostarme con él! —exploté—. ¿Qué querías que hiciera? Decirle que necesitaba pensarlo o llamar a Ethan para darle una paliza, ¿cuál hubiera sido mejor?

—No sé, Ro, pero papá estaba enfadado así que tendrás que hablar con él y buscar una manera de arreglar este asunto —dijo Bella.

¡Al diablo con todo!

Eso me pasaba por defender a mi hermana.

—La próxima vez no me llames a mí —le advertí a Bella.

—No habrá ninguna próxima vez —prometió Tomaso lo que me hizo sonreír.

—Al final no eres tan malo —le dije.

—Soy genial y tú, Aurora, tendrás mi eterna gratitud por lo que hiciste así que a mí me puedes llamar en cualquier momento para cualquier cosa. Dinero, favores, alibi. Lo que sea.

—¿Lo que sea? —pregunté.

—¡Oh, no! —suspiró Bella.

La ignoré y acepté la oferta de Tomaso. Un pequeño favor a cambio de asegurar el futuro de su relación con Bella.

Mi hermana no estaba de acuerdo con mi idea, nunca lo estaba, pero no le quedaba más remedio. Además, Tomaso dijo que era una buena idea y que seguramente iba a funcionar.

Total, la gente tendría otro escándalo del que hablar dentro de tres días.

—Oye, ¿y sí hablo con Ivy para buscarme algo de drama entre los famosos? ¿No hay ningún divorcio a la vuelta de la esquina, nadie está engañando a su pareja, ningún embarazo? Cualquier cosa para distraerlos —pregunté.

—La idea es buena, Aurora —dijo Tomaso.

—Ro —le corregí.

—Ok, Ro. Va a funcionar y todo lo que tienes que hacer es ir a cenar. ¿Qué puede salir mal? Yo me encargo de todo —dijo.

Lo miré con el ceño fruncido porque mi radar para las mentiras estaba sonando alto y claro. Vale, Tomaso era un buen hombre y estaba segura de que amaba de verdad a Bella, pero en este momento no confiaba en él.

Algo estaba tramando, ¿pero qué?

Si quería algo de mi familia ya tenía a Bella para conseguirle lo que fuera, no me necesitaba a mí.

—Todo saldrá bien, Ro —dijo Bella.

Tampoco me fiaba de ella, pero en este momento la situación no podría empeorar.

Se quedaron conmigo un par de horas más y pude conocer mejor a Tomaso. Y sí, ahora estaba super convencida de que era el hombre perfecto para mi hermana. Bella, bueno, ella era otra persona con él.

No diferente, solo mejor, ¿sabes? Más sonriente, más feliz (y eso que siempre fue feliz). Brillaba, sus ojos, su sonrisa.

Y él también. El amor se le notaba en la manera en la que miraba a Bella, en la suavidad de sus caricias, en la sutileza con la que la trataba.

Era un misterio como un hombre así tenía una madre como la que Tomaso tenía. ¿Qué había pasado ahí? ¿Qué había convertido a esa mujer en una víbora sin corazón?

Él se fue a la hora de comer porque tenía una reunión y Bella se quedó a hacerme compañía, aunque no lo necesitaba. Pero ya que estábamos juntas decidimos salir de compras.

Tampoco necesitábamos comprar ropa, pero a las dos nos gustaba pasear por la ciudad, aunque eso era algo que odiaba nuestro equipo de seguridad. Ethan pedía un aumento de sueldo después de cada salida.

Paseamos y llegamos frente a una famosa tienda de joyas.

—Tú estás jugando con fuego —dijo Bella.

No dije nada, pero sonreí y esperé a que me abrieran la puerta de la tienda. Pasé menos de diez minutos dentro porque ya sabía lo que quería.

¿Pagué más de lo que valía? Sí, pero merecía la pena.

Salí con las manos vacías porque un equipo de seguridad iba a entregar mis compras en el hotel.

Después pasamos dos horas eligiendo un vestido para mi cena. Uno era demasiado atrevido, otro no suficientemente atrevido. Uno muy corto, otro muy largo.

—¿Sabes qué, Ro? Yo renuncio —dijo Bella dejándose caer en la cama sobre la montaña de vestidos.

—No puedes, necesito verme hermosa esta noche —espeté girando para ver mi espalda en el espejo.

No, mi trasero se veía demasiado grande. Me acerqué a la cama para que Bella pudiera bajar la cremallera del vestido rojo.

—Eres hermosa. Puedes ponerte un pijama o una envolverte en una cortina y te verás guapa —dijo ella.

—Quiero ser la más hermosa —murmuré mirando de nuevo al vestido negro que descarté en cuanto abrí el armario.

Era demasiado todo. Demasiado ajustado, demasiado escote.

—¿Por qué? —preguntó Bella.

Después de coger el vestido lo puse delante y me miré en el espejo. Tal vez demasiado era justo lo que necesitaba para esta noche.

—Ro, ¿me has escuchado?

—Sí, Bella —suspiré—. No tengo una respuesta, por lo menos no una sola. Porque necesito arreglar la situación antes del aniversario de mamá y papá. Porque quiero mostrarle a ese infeliz lo que está perdiendo.

—¿Perdiendo? Ro, estás diciendo que...

—¡Nada! No estoy diciendo nada, solo que Ares ha cometido un error gravísimo y tiene que saberlo.

Ponerme el vestido no era tarea fácil. El material se ajustaba a mis curvas, los tirantes se

enganchaban, se enredaban y grité.

Bella suspiró y se levantó de la cama. Con su paciencia y destreza consiguió arreglar el vestido. Luego tuve que quitarme las bragas porque se marcaban demasiado.

—Le tomaré medio segundo en darme cuenta de que no llevas ropa interior —dijo Bella.

—¿Y?

Bella encontró mis ojos en el espejo. Los suyos me estaban mirando con preocupación.

—Ares es —Bella suspiró una vez, dos veces y luego otra vez. Eso lo hacía cuando no estaba segura si debía decir algo o no.

—¿Qué es Ares? —pregunté—. Es un hombre igual a los demás. Solo piensa en él mismo, en su placer, en su dinero, en contar sus aventuras sexuales a sus amigos mientras juega al golf.

—No, estás equivocada. Lo conozco, ¿vale? En estos meses he pasado mucho tiempo con él y con Tomaso. Y sí, tiene muchas mujeres, más de lo que necesita, pero no es un cabrón. Las trata bien, no lo he visto ninguna vez portarse mal con ninguna mujer. Siempre es respetuoso con ellas.

—Que sí, que es un santo y anoche mi maldad lo contagió y por eso hizo lo que hizo —espeté.

—Ro, ¿quieres escucharme? Es un buen hombre, pero no puedes jugar con él porque no ganarás. Ares es como papá, como Zaid, como cualquiera de los otros hombres de nuestra familia. Si te ve como un desafío estás jodida. No parará hasta tenerte y eres mi hermana, te conozco y sé que perderás más que tu collar favorito. Perderás tu corazón, Ro.

Oh, mi pobre corazón. Como si fuera tan tonta como para dejarme engañar por Ares.

No, gracias.

Yo era más lista que eso.

Capítulo 4

Aurora

—Tengo hambre —le dije a Ethan.

Él giró la cabeza y me miró desde el asiento delantero de la limusina. Luego le dijo al conductor que debía cambiar de dirección. Cinco minutos después, cuando ya debería haber llegado al restaurante, Ethan me estaba entregando un frapuccino de chocolate. Café (poco), nata (mucho), chocolate (doble) y tres mil quinientos calorías.

Tal vez menos, tal vez más, pero era lo único que me quitaba el hambre porque en mi caso ese era la señal de que algo se acercaba. Podía ser un ataque de ansiedad, de furia. Podía echarme a llorar o a arrojar al suelo todos los vasos del armario (solo había pasado una vez y gracias al cielo nadie estaba ahí para verlo).

No sufría de ninguna enfermedad, no era bipolar. No, simplemente lo mantenía todo en mi interior. Lo bueno, lo malo. De vez en cuando eso explotaba, muy de vez en cuando, dos veces al año o una vez (eso era peor).

Era como una olla a presión que dependiendo de lo que se estaba cocinado causaba daños pequeños o grandes.

Intentaba no hacer daño a los demás porque en esos momentos no pensaba claramente. Decía cosas de las que me arrepentía después, cosas que mi familia me perdonaba, cosas que luego me atormentaban, que se acumulaban y provocaban la siguiente crisis.

Porque, obviamente, yo no quería hablar con nadie sobre lo que me pasaba. Ni siquiera con Bella.

Llegar tarde no me preocupaba. Yo era muy puntual, pero esta noche estaba jugando con fuego. Tardé diez minutos, menos de lo que pretendía y cuando el coche se detuvo, Ethan salió para abrirme la puerta.

Pero la mano que me tendió para ayudarme no era la suya.

Era grande. Grande, hmm. Uñas bien cuidadas, aunque sin el brillo muy bien conocido de los centros de estética. Bueno, algo era algo.

El reloj que llevaba era sencillo, pero de calidad. Incluso podía meter la mano en el fuego de que era de platino y diamantes.

Respiré profundamente antes de cogerla. Los dedos rodearon mi mano en un instante y la sensación que me recorrió desde la punta de los pies hasta la coronilla no auguraba nada bueno para mí.

Salí y lo primero que vi fueron los ojos verdes de Ares. Luego sentí su aliento y sus labios sobre mi mejilla.

—Aposté que ibas a hacerme esperar más —dijo en voz baja.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez.

—¿Quién dijo que habrá otra vez? —preguntó y gracias al chute de azúcar que me había metido antes no le rompí la cabeza.

No literalmente, pero podía haberle hecho algo igual de malo.

En cambio, le sonreí mientras él deslizaba la mano para rodear mi cintura y me guiaba hacia la entrada del restaurante. Miré hacia delante, ignorando los fotógrafos y sus preguntas.

Luego ignoré las miradas de las personas que estaban cenando en el mejor restaurante de Atenas, personas que seguramente habían estado anoche en la fiesta.

Verás, yo no quería estar aquí. No quería a Ares cerca de mí, su mano sobre mí. Odiaba oler su colonia. Prefería caminar sobre vidrio roto que en este restaurante hacia la mesa bajo la mirada muy atenta de desconocidos.

No obstante, cometí un error y había que pagar, o sea, tenía que remediarlo.

Fue mi brillante idea, dejarme ver con Ares, darles algo de que hablar a las cotillas. Un romance entre el heredero Karalis y la hija del jeque. Lo de anoche había sido una pequeña pelea de enamorados y cuando se trata de amor todo se perdona.

La gente deja su imaginación tomar el control y sueña, sueña con ese maravilloso cuento de amor. Soñaban y esperaban con un final feliz y eso era exactamente lo que yo quería. Durante un tiempo pensarán en nosotros, luego, poco a poco se olvidarán de todo. Tal vez, alguien pensará de vez en cuando o verá a Ares con otra mujer y se preguntará qué ha pasado conmigo.

Pero no habrá escándalo, el apellido Kader no estará manchado y yo podré volver a mi vida. Antes de llegar a eso necesitaba cenar con Ares.

Era una sola cena, podía aguantar una hora.

O no.

Ares me ayudó a sentarme. Era todo un caballero este hombre si no fuera porque se inclinó, acercó sus labios a mi oído y dijo: —Sonríe, estás aquí para cenar con el hombre del que estás enamorada y no es tu última cena antes de sentarte en la silla eléctrica.

—Pues se siente como si lo fuera, incluso tenemos toda esta gente mirando con fascinación enferma. ¿Sabías que hay personas que se ofrecen voluntarias para ser testigos de una ejecución? Les da igual si es la silla eléctrica o la inyección letal.

Ares se sentó al otro lado de la mesa que no estaba tan grande como uno pensaría. De hecho, era tan pequeña que las rodillas de Ares tocaban las mías. En la mesa los platos no eran los normales, eran medianos y eso era extraño.

Por lo menos las copas tenían una buena medida y el camarero estaba llenando dos de agua. Cogí el mío y me bebí más de la mitad del agua pensando ahogar las malditas mariposas que sentía en el estómago y todo por culpa de Ares y su mirada.

¿Por qué no podía mirar hacia otro lado?

—En Asia, 25 estados mantienen y aplican la pena de muerte. De los 49 países de Europa solo uno la aplica. En Oceanía está abolida. En América está vigente en más de la mitad de los países y lo mismo en África.

—Fascinante —dijo Ares.

—Sí, ¿sabías que en Nigeria hay pena de muerte por sodomía? En Bahamas es por la piratería y en Bielorrusia una simple agresión te puede llevar a la silla eléctrica. En India instigar el suicidio de un niño, el soborno en Tailandia, y la homosexualidad aun significa pena de muerte en muchos países.

—Fascinante —repitió él.

—¿En serio te parece fascinante la condena a muerte? —pregunté.

—No, lo que encuentro fascinante es tu fascinación con el tema y si me permites me gustaría darte un consejo.

—No lo he pedido, no lo necesito y no lo voy a seguir, pero adelante —dije cogiendo el menú que me entregaba el camarero.

Lo abrí e intentaba decidir si me apetecía pescado o ternera cuando vi los dedos de Ares agarrar el menú y bajarlo.

—A ti también te encuentro muy fascinante, lo hacía desde antes de ver tus ojos brillar, y mi consejo es ten cuidado porque un favor que le estoy haciendo a mi amigo se puede convertir en una obsesión. Y, nena, no quieres ser mi obsesión porque entonces no pararé hasta tenerte.

¿Dónde había escuchado yo antes?

Ares pensaba deslumbrarme con sus palabras, pero consiguió lo contrario.

—¿Y te parezco fascinante así de repente o desde hace meses? —pregunté.

—Piensas que me gusta Bella —declaró Ares y yo no dije nada. Solo lo miré dejando que mi expresión lo dijera todo.

El camarero se acercó en ese momento y como ya no tenía hambre y tampoco muchas ganas de vivir pedí el plato especial del chef. Ares pidió lo mismo y luego me miró esperando a que continuara la conversación.

No lo hice. No tenía nada que decirle. A Ares le gustaba Bella y si decía que no solo se estaba mintiendo a sí mismo.

—Está en tu manera de caminar, mueves las caderas de un modo sensual. Luego están tus ojos, tu mirada intensa. Tienes esa manera de mirar a las personas, a los que consideras menos que una cucaracha y a los que amas. Tu voz también tiene un timbre diferente. Sois mellizas, idénticas para el resto del mundo, pero no para mí —dijo.

Mentira. Si no fuera por el color del cabello nadie nos distinguiría. O por el carácter, la manera en la que nos vestíamos. Si queríamos podíamos engañarlos a todos, pero no queríamos. Eso lo hicimos demasiadas veces cuando éramos pequeñas.

Sí, obviamente lo intentamos porque queríamos comprobar si podíamos salirnos con la nuestra. Mamá y papá no se dieron cuenta, pero tampoco lo intentamos muchas veces porque si nos pillaban el castigo era peor que el premio.

Lo intentamos con la familia durante una fiesta y lo conseguimos, pero por la misma razón, porque nadie pasaba mucho tiempo con nosotros para darse cuenta del cambio.

—¿Quieres comprobarlo? —pregunté.

—Depende, ¿qué gano con ello?

—La pregunta es otra —dije inclinándome hacia él—. ¿Qué gano yo? Porque vas a perder, Ares.

Él también se inclinó hacia mí y cogió mi mano. Malditas mesas pequeñas. Levantó la mano hacia su boca y dijo: —Cualquier cosa.

Luego besó mis nudillos y me di cuenta de que esas traicioneras mariposas seguían vivas.

—Quiero —empecé, la palabra collar en la punta de mi lengua, pero luego me di cuenta de que nunca más podré llevarlo sin pensar en él y eso no era aceptable.

—¿Quieres? —preguntó, su aliento haciéndome cosquillas ya que no me había soltado la mano.

¿Qué podía desear de él? Yo tenía todo lo que deseaba y si había algo no tardaría mucho en conseguirlo.

—Algo. Un favor. Lo que sea. En este momento no tienes nada...

—¿Nada? —me interrumpió.

Sacudí la cabeza.

—Entonces, dime, señorita Kader, ¿qué voy a hacer con ese collar de diamantes?

—No sé, podrás llevarlo tú, ¿no?

Ares me miró, no es que hubiera dejado de hacerlo, pero me miró de otra manera, como si me estuviera viendo por primera vez y no le gustaba.

No.

Me soltó y se reclinó en su silla.

—Mi madre me ha hablado sobre la organización benéfica de tu familia. Le harías un gran favor si pudieras ponerla en contacto con alguien. Intenta muy duro conseguir sus propósitos, pero de alguna manera siempre falla y estaba pensando que tal vez hay algo que se le escapa. Ya sabes, por los niños —dijo Ares.

Su tono había cambiado. Su mirada ya no era la misma.

—Puedo hacerlo —murmuré.

El camarero trajo nuestra comida y Ares habló. Me contó sobre la organización de su madre y lo mucho que le gustaba ayudar a los niños, a cualquiera. Me habló sobre su amistad con Tomaso, incluso sobre esas primeras semanas de la relación con mi hermana.

Por lo visto, Tomaso cayó enamorado desde el primer momento y le fue imposible ocultárselo a su amigo. No es que quisiera, estos dos lo compartían todo.

—¿Incluso las mujeres? —pregunté.

Ares me miró. Hasta ahora (y ya llevábamos media hora cenando) había estado hablando y levantando la cabeza, mirando hacia mí, pero su mirada se detenía en la parte inferior de mi rostro.

—No lo tienes muy claro, ¿verdad? ¿Soy gay, soy un mujeriego? ¿Qué necesitas para decidirte sobre mí? —preguntó.

—Eres una persona que no me gusta, pero no por tus preferencias sexuales. No me gustas por la manera en la que me has hablado o, mejor dicho, como lo hiciste cuando pensabas que yo era Bella. Estamos aquí porque lo ocurrido anoche es culpa de los dos y hay que ponerle fin a esta situación. No me gusta ser el cotilleo del día.

—Entonces, tal vez deberías aprender a no gritar en público, ¿no crees?

Era oficial.

Ares Karalis iba a morir. Hoy mismo. Por mi mano o por la de Ethan, pero iba a dar su último aliento.

Me sonrió y eso fue lo que selló su suerte.

No obstante, mi teléfono sonó en ese instante impidiéndome cometer un asesinato delante de cincuenta testigos.

El móvil estaba vibrando en mi bolso, como si me dijera que me apresurara a cogerlo. El nombre de Bella estaba iluminando la pequeña pantalla al sacarlo del bolso.

¡Infiernos! Esta hermana mía tenía un sexto sentido.

—El amigo de tu novio sigue vivo —contesté.

—Ro —suspiró Bella.

Mi corazón se encogió. Había miedo y dolor en la voz de Bella.

—¿Qué pasa?

—Papá. Infarto.

Me costó entender lo que ella estaba diciendo. ¿Qué tenía que ver mi papá con un infarto? Mi papá era joven.

—¿Infarto? —repetí.

—Sí, Ro —dijo Bella echándose a llorar.

Yo también quería hacerlo. Mis ojos se humedecieron, pero ya había gritado en público y lo último que quería hacer era llorar.

De repente, el teléfono ya no estaba en mi mano. Ares lo había cogido.

—Bella, pásame a Tomaso —dijo.

Luego habló y lo hizo en griego. No entendí ni una palabra porque lo de aprender

idiomas no era para mí. Se me daba fatal.

Mantuve mis ojos en Ares, en su boca, en el cambio que provocaba en su rostro las palabras de Tomaso.

Colgó y guardó el teléfono en el bolsillo de su americana. Luego se puso de pie, cogió mi bolso de la mesa y poniendo la mano en mi muñeca me ayudó a ponerme de pie. O más o menos me obligó a hacerlo.

No es que me hubiera opuesto. Estaba flotando en una niebla y no tenía ninguna idea a dónde ir o qué hacer.

Caminamos hacia la salida del restaurante, las miradas de la gente era lo que menos me importaba en este momento. Ethan esperaba fuera, la puerta del coche abierta y entré. Dos segundos después se abrió la otra puerta.

Ares me miró, la intensidad de su mirada había vuelto.

—Mi padre ha sufrido un infarto —susurré.

—Lo sé —dijo deslizándose sobre los asientos hasta llegar a mi lado.

Abrochó mi cinturón y luego abrió los brazos.

Ares Karalis. Mujeriego. Mejor amigo de Tomaso. Hombre capaz de pagar un millón de euros a la mujer que consideraba inadecuada para su amigo. Hombre que compraba collares de cincuenta millones sin parpadear.

Ares Karalis. Guapo. Atractivo. Me hacía sentir mariposas en el estómago con su mirada.

Ares Karalis. Un hombre que sabía que necesitaba un abrazo.

Y lo tomé.

Metí la cabeza en su cuello y di rienda suelta a las lágrimas.

No podía imaginar mi vida sin mi padre. Era el hombre más fuerte, el mejor padre del mundo. Era el amor de mi madre, era el que la hacía sonreír y el que le regalaba bombones de chocolate día sí y día también porque ella estaba obsesionada con el dulce.

Me había enseñado a montar a caballo y a defenderme de mis primos, aunque eso duró muy poco ya que pronto aprendí que el ataque era la mejor defensa. Luego mi padre les enseñó a ellos a protegerse de mí.

Me contrató a una profesora de ballet cuando tenía cinco años y decidí que quería ser bailarina. Tres meses después la despedió porque esa carrera ya no me interesaba. Quería ser minero.

Nunca se enfadó conmigo o con mis hermanos. Nos miraba pensativo mientras analizaba la situación. Si era algo aceptable nos sonreía, si no era posible nos decía que tenía que discutirlo con mamá.

Podía contar en los dedos de una mano las veces que nos dijeron que no. Bueno, cuando tenía trece años y quería saltar en paracaídas o cuando dije que quería ser actriz.

Mi padre era el mejor.

La vida no sería la misma sin él. Me negaba a aceptar que...

—Pensamientos positivos, Aurora —dijo Ares.

—La esperanza es lo último que muere, ¿no? —espeté levantando la cabeza de su cuello—. Pues es una mierda. ¿Crees que, si pienso que todo saldrá bien, llegaré a casa y encontraré a mi padre en la piscina tomando el sol o ayudando a mi madre en el jardín? No. Pasará lo que tiene que pasar, mis pensamientos no tienen poder.

—Sí, lo tienen. Ahora tienes que decir: mi papá está bien —ordenó Ares.

Lo dije en mi cabeza solo porque él seguía mirándome. Lo sabía.

—En voz alta.

Le hice caso, aunque no quería.

—Mi papá está bien.

Lo repetí de nuevo y la quinta vez Ares lo hizo conmigo. Parecíamos dos locos.

El coche paró y no sabía exactamente donde estábamos, pero Ares bajó, luego abrió mi puerta y me ayudó a salir. A pocos pasos estaba el avión privado de mi hermana.

Di un paso hacia la escalera, pero enseguida me di la vuelta. Me acerqué a Ares, levanté la mano y la posé sobre su mejilla.

—Eres un buen hombre, Ares Karalis.

Luego me acerqué, me puse de puntillas y quería besarlo en la mejilla, aunque cambié de opinión en el último momento. Presioné mis labios contra los suyos.

Solo eso. Una caricia suave. Una disculpa. Un agradecimiento. Un adiós. Un poco de tristeza por lo que pudo haber sido.

Porque sí. En otro momento, en otras circunstancias la historia hubiera sido totalmente diferente.

Un beso corto y suave. No fui a por más y Ares tampoco. No era el momento.

—Gracias —dije deslizando la mano de su mejilla, dando un paso atrás y mirándolo por una última vez.

Luego me di la vuelta y subí corriendo las escaleras.

—Aurora.

Me detuve a medio camino y lo miré. Estaba sosteniendo mi móvil y maldiciendo empecé a bajar la escalera.

Ares también se acercó y nos encontramos más o menos a medio camino, yo en el segundo peldaño de la escalera lo que me dejaba a la misma altura que Ares.

Intenté coger el teléfono, pero él lo alejó.

—Me has fascinado, Aurora Kader. Prepárate porque la próxima vez no te dejaré escapar.

Envolvió su mano alrededor de mi nuca y su boca golpeó la mía.

Abrí mis labios por puro reflejo y su lengua se metió dentro. Ares llevó el beso más profundo. Lo hizo rápido. Puse una mano sobre su pecho para estabilizarme porque mis piernas de repente se sentían como si fueran de goma.

Gemí en su boca. La dureza del beso, la profundidad, su sabor. Era nuevo, era inesperado. Era un placer que nunca había sentido.

Rompió el beso y mientras sus dedos jugaban con mi cabello dijo lentamente: —Hasta la próxima.

Asentí y como un robot me di la vuelta. Entré en el avión y el beso, Ares, lo que sentía en mis entrañas, todo desapareció al ver a Bella llorando.

Papá.

Me senté a su lado, la abracé y lloramos juntas.

Mientras apretaba fuerte los brazos alrededor de mi hermana repetí una y otra vez:

—Papá está bien.

Capítulo 5

Aurora

Tontas.

Bella. Yo. Fuimos dos tontas porque escuchamos la palabra infarto y nos dejamos llevar por el miedo. Lloramos más o menos todo el viaje en avión y cuando llegamos a Lake Spring teníamos los ojos rojos e hinchados.

Dábamos pena.

Pena, sí.

Llegamos al hospital y una enfermera nos dijo que podíamos pasar. Pasamos y encontramos a papá en la cama y a mamá sentada en una silla.

Papá leyendo el periódico, más exactamente el chiste de la última página que siempre era tan malo que nadie se echaba a reír excepto ellos dos.

Tres segundos después de entrar en la habitación mis padres se estaban riendo. Pero de verdad.

Miré a mi hermana.

—Alguien ha cometido un error —le dije.

—Chicas, no deberían haber venido —dijo mi madre.

Me acerqué a papá y le di un abrazo mientras Bella abrazaba a mamá. Mi padre se veía como siempre. Los mismos ojos brillantes y llenos de vida, la misma sonrisa. El blanco de su cabello igual, la fuerza con la que me abrazó no había disminuido.

—Estás bien —murmuré.

—Claro que sí, ¿no os ha llamado Zaid?

Sacudí la cabeza.

—¡Oh, Dios! —exclamó mi madre—. Chicas, todo está bien, solo fue un susto.

—Un susto —repetí.

Mi madre rodeó la cama y cogiéndome de la mano me llevó hasta el sofá. Nos sentamos, pero yo no podía apartar la mirada de papá que ahora estaba abrazando a Bella. Siempre había pasado eso.

Yo era la niña de papá. Los primeros abrazos eran míos. La primera felicitación el día de nuestro cumpleaños. Todas las primeras eran para mí.

Bella nunca se había quejado. Papá nunca dijo nada. Mamá tampoco. Y yo no me había dado cuenta hasta ahora.

¿Era mala persona, egoísta, malcriada?

—Tu padre tenía unas molestias en el pecho y la nueva doctora —empezó mi madre.

—Perdió completamente la cabeza, es lo que hizo —la interrumpió mi padre enfadado—. Mira a las chicas, Evie. Lo han pasado mal porque esa mujer no es capaz de distinguir entre una indigestión y un infarto.

—Vuestro hermano prometió llamar y no sé qué pasó —dijo mamá.

Respiré profundamente y luego sonreí. ¿Qué importaba quién se había equivocado? Papá estaba bien. Había pasado horas pensando en lo peor, había llorado y ya se había terminado.

Podíamos seguir con nuestras vidas.

—Bella tiene novio —dije sonriendo.

—Hey —exclamó ella.

—Lo sé —murmuró mi madre, ella también sonriendo.

—¿Cómo que novio? —gruñó mi padre, aunque él ya lo sabía lo quería escuchar de ella.

Bella se sentó en la cama, cogió la mano de mi padre y le sonrió. Luego le contó sobre Tomaso y, diablos, sus ojos brillaban tanto que podían iluminar el mundo entero.

Ah, el amor.

Por un instante deseé sentir lo mismo, ¿sabes? No obstante, luego se me pasó. ¿Amor? ¿Atarme a otra persona por el resto de mi vida? Yo no aguantaba durante mucho tiempo ni siquiera a Bella y habíamos compartido durante nueve meses el vientre de mamá.

Necesitaba tiempo para mí. Libertad.

Una pareja era de todo menos libertad. Los viajes hay que planearlos tomando en cuenta sus horarios, ya no podría subirme al avión porque tengo ganas de irme a Maldivas. Las fiestas hay que pasarla con su familia y con la tuya, hay que compartir.

Que no, gracias.

No quería ni imaginarme cómo sería si vivieran en continentes diferentes. Sería un infierno.

Bella y Tomaso, era su infierno, su problema y que por un momento había pensado en Ares era mi problema.

La próxima vez.

No habrá una próxima vez, iba a asegurarme de ello.

—¿Estás bien, Ro? —me preguntó mi madre.

Asentí mirándola a los ojos porque, verás, yo era la niña de papá, pero siempre, siempre mi madre fue capaz de entenderme con una sola mirada y saber en un instante lo que necesitaba.

Me sonrió, me rodeó con el brazo y luego con la cabeza sobre su hombro escuché a papá hacerle mil preguntas a Bella. En este momento ya no deseaba estar en sus zapatos.

Pobre Tomaso, si pensaba que lo que su familia le hizo pasar a mi hermana era malo debía esperar a ver a la mía.

Estuvimos con ellos hasta que llegó la doctora y sí, era joven, pero eso no le ahorró los diez minutos de charla que le dio la tía Isabella. Ella era la doctora de la familia, la mejor, la más lista, la que cuidaba la salud de todos.

Pero cuando mi padre empezó a sentirse mal estaba de viaje y dijo que era mejor ir al hospital. Lo que ella no sabía era que la joven doctora iba a perder la cabeza. Pudo ser porque sabía quién era mi padre y quería hacerlo todo bien. Pudo ser porque los síntomas de los hombres siempre se tomaban en cuenta más que las de las mujeres.

Isabella mandó a casa a mi padre con la recomendación de cuidar su alimentación y hacer más deporte. Lo típico.

Todo se quedó en un susto y volvimos a casa o ese era el plan hasta que mi padre salió de su habitación del hospital y vio a Bella con Tomaso.

Lo analizó durante sesenta segundos en los que no se escuchó ni una mosca. Nada. Tal vez el corazón de Bella que seguramente estaba latiendo como loco, pero obtener la bendición de Namir Kader era importante.

Más importante que cualquier cosa.

—Evie, lleva a las chicas a casa —ordenó mi padre.

—Namir —susurró mi madre, su voz conteniendo esa nota de advertencia que todos conocíamos bien.

Papá era duro, pero nadie se metía con mamá. Ni siquiera papá.

—Solo hablaré con Tomaso. Hombre a hombre, ¿vale?

No fueron presentados formalmente, pero eso parecía no importarle a nadie y Bella le echó un último vistazo asustado a su novio antes de encaminarse hacia el ascensor.

Yo le guiñé el ojo a Tomaso y me acerqué para susurrarle a mi padre: —No seas tan duro con él, es un buen tío.

—¿Si no se lo pongo difícil cómo voy a saber qué es bueno para Bella? —me susurró de vuelta papá.

Me encogí de hombros porque yo lo había intentado. Ahora Tomaso se tenía que apañar solo y si sobrevivía entonces le esperaba una buena, larga y feliz relación con mi hermana. Si no, pues...



La casa olía igual. Las sábanas también. Ese olor a fresco, a flores que le gustaba tanto a mamá. Por más que lo había intentado mi casa nunca olía de la misma manera.

Sabía antes de despertarme del todo que estaba en casa de mamá y papá. Abrí los ojos sabiendo que me esperaba un buen día, luego recordé el susto del infarto y la alegría se evaporó.

No había pasado nada, vale, pero me hizo darme cuenta de que había tantas cosas que no había hecho con mis padres, que pasaba demasiado tiempo viajando y haciendo lo que me daba la gana sin pensar en ellos.

El tiempo pasaba. El tiempo no perdonaba.

Debía pasar tiempo con ellos ahora y no arrepentirme después.

El reloj indicaba que eran las siete menos diez, demasiado pronto para mí, pero no para mis padres. Ellos siempre se despertaban pronto y me los encontraba tomando el café en la cocina o en la terraza.

Eché a un lado las sábanas a punto de ponerme de pie cuando escuché un ruido inconfundible.

Suspirando me bajé de la cama y cogí el teléfono móvil del suelo. Hacía mucho eso, quedarme dormida con el móvil en la mano o a mi lado. Rompía uno cada mes y si no fuera porque la compañía que los fabricaba pertenecía a la empresa familiar, compraría acciones y sería rica en menos de un año.

Afortunadamente, la pantalla había sobrevivido y me mostraba que tenía un nuevo mensaje.

Ares Karalis: Te lo dije.

Por qué mi móvil mostraba el nombre de la persona que me escribía era sencillo. Nuestra seguridad era tan alta que cualquiera que nos llamaba era identificado instantáneamente, incluso si no había agregado ese número a mi agenda.

Por qué Ares tenía mi número era algo que iba a averiguar. Pronto.

Yo no quería nada con él. Y sí, no lo quería porque ya sabía a donde iba a llevar todo. Ya lo había visto antes.

Mujer conoce a hombre, se enamoran, alguno hace algo estúpido, pide perdón, el otro perdona y viven felices y comen perdices.

Lo había vivido con mis primos. El amor era contagioso en esta familia. En cuanto uno se comprometía otro conocía a alguien y empezaba de nuevo. Luego seguían con la boda y los otros con el bautizo.

Yo no quería eso para mí. Era el momento de concentrarme en mis padres y no ir por la vida soñando con los ojos abiertos con un mujeriego griego. Además, los griegos eran hombres apasionados (lo que era bueno), algo misóginos (nada bueno) y poco fieles (malo, malo).

Ares Karalis podía esperar sentado nuestro próximo encuentro.

Nunca pasará.

Fui al cuarto de baño y mientras me cepillaba los dientes pensé en bloquear su número. Luego, porque me gustaba atormentarme sola, decidí no hacerlo.

Encontré a mis padres justo donde pensaba. En la terraza.

El sol había salido y brillaba, aunque no tan fuerte como lo haría un par de horas después. Los pajaritos cantaban. La mesa estaba a rebosar con comida. Mi padre estaba vivo. Mi madre estaba sonriendo.

La vida era buena.

—¡Buenos días!

Saludé con besos en la mejilla y abrazos a papá, luego a mamá. Me senté y mi madre ya tenía una taza de café preparada para mí.

—Alguien ha dormido bien —dijo mi madre.

—Y alguien no —murmuré pensando en Bella.

Yo me había quedado dormida esperando noticias sobre la charla de papá con Tomaso y todavía no tenía nada. Ningún mensaje de Bella, ninguna llamada y tampoco estaba en su habitación.

—Bella ha salido a correr con su novio —me informó mi padre tan calmado que me pregunté qué le habían administrado en el hospital.

Mi madre me guiñó el ojo, pero eso no fue suficiente para mí.

—Entonces, ¿te gusta Tomaso?

—No —gruñó mi padre—. No me gusta y no me gustará ninguno de los novios de Bella, los tuyos tampoco. Ninguno será suficientemente bueno para vosotras, pero mientras se comportan como deben, os trata como merecéis entonces vivirán —declaró él.

—¿Ninguno? Alguno habrá en el mundo —dije.

—¡Ninguno! —repitió mi padre.

—Ninguno, pero de todos modos tu padre les dará una oportunidad o más porque él también recibió dos, ¿verdad, amor? —dijo mi madre.

Miré de uno al otro porque era la primera vez que escuchaba eso. La relación de mis padres empezó como una novela romántica, con un matrimonio de conveniencia.

Mi padre necesitaba una esposa y mi madre ayuda para alejarse de su familia. El amor llegó a sus vidas y el resto era historia. Por lo visto no era tan historia como pensaba.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Nada, hija, ya sabes que al comienzo las relaciones no son perfectas —dijo mi padre.

No, no lo sabía.

Miré a mi madre y ella sacudió la cabeza.

—¿Perfectas, Namir? Lo nuestro fue un infierno, tanto que fingí mi muerte para escapar de ti.

Las palabras de mi madre me golpearon fuerte, tan fuerte que parecía que me había golpeado un camión.

Mi padre era un buen hombre, buen marido, el mejor padre del mundo. ¿Qué hizo para que mi madre huyera de él?

Me quedé mirando la taza de café como si fuera a darme las respuestas a las preguntas

que tanto quería, pero que tenía demasiado miedo a hacer.

—¡Oh, Ro! Cariño, son cosas del pasado —dijo mi madre.

Pero el daño ya estaba hecho. Ni siquiera podía mirar a mi padre. Él era mi héroe y ahora se había convertido en un villano.

—Escucha —continuó ella.

Y escuché la historia de cómo se habían conocido mis padres, la verdadera historia.

Fue un acuerdo de negocios, no fue amor a primera vista. Mi padre se dejó engañar por una empleada, creyó que mi madre era una mentirosa, le hizo daño, tanto que mi madre decidió que era mejor marcharse.

No obstante, la única salida fue la muerte y con la ayuda de la tía Ava lo consiguió. Luego se aburrió de la playa y decidió darle otra oportunidad a papá.

¡Infiernos! Fingió su muerte y luego volvió como si nada.

Mi madre lo perdonó, pero yo no podía entender cómo o por qué lo hizo.

—Necesito pensar —dije cuando mi madre terminó de contarme lo que ella pensaba que era su cuento de princesas con final feliz.

Me levanté y no miré a ninguno. Necesitaba estar sola. Pensar.

En lugar de subir a mi habitación fui hacia la puerta y llamé a Ethan. Un minuto después lo encontré delante de la casa con el coche en marcha.

Ya sabía a donde quería ir.

Era un pequeño claro en la montaña, lejos del ruido, lejos de la gente, tan lejos que no podía llegar andando. Cuando llegamos Ethan se quedó en el coche y me permitió hacer el resto del trayecto sola.

No había peligro aquí. Toda la montaña pertenecía a la familia y nadie subía aquí sin un permiso especial. Además, la gente del pueblo eran buenos vecinos.

Estaba a salvo y en paz que era lo que necesitaba.

Me tumbé en el suelo cubierto de flores amarillas y miré el cielo. Dejé mi mente en blanco mientras movía mi cuerpo de un lado para el otro intentando relajarme. Tardé más de los quince minutos habituales porque los pensamientos se empeñaban en volver.

Al final, lo mandé todo al diablo y me senté.

¿Y qué si mi padre fue un cabrón con mi madre? Ella lo había perdonado y él fue (y era) el mejor marido y padre.

¿Qué sentido tenía enfadarme con él por algo que hizo hace treinta años? Me sentía traicionada.

Quería llamar a Bella y hablar con ella porque siempre que tenía un problema ella me ayudaba a resolverlo. Pensaba de otra manera y eso era lo que necesitaba, otra perspectiva.

Pero no, no podía contarle eso a Bella. ¿Por qué lo haría?

Sin darme cuenta había sacado el teléfono de mi bolsillo y estaba mirando el mensaje de Ares.

Mis dedos se movieron a pesar de que no estaba convencida de que era una buena idea.

Ro: Vamos a decir que alguien hizo algo muy mal.

Ares tardó tres segundos en responder.

Ares: Ese sería yo.

Ro: No. Hipotéticamente, alguien trató a una persona de muy mala manera.

Ares: ¿Quieres venganza? Puedo echarte una mano con eso.

Ro: No, pero gracias. X le hizo daño a Y. Y decidió perdonar y olvidar. ¿Es justo guardarle rencor a X?

Ares: X, Y, me imagino que son dos personas que tú conoces. Habrás averiguado algún secreto o visto algo...

Este tío era demasiado listo para mi gusto.

Ro: Algo así. ¿Tengo razón al sentirme de esta manera?

Ares: Sí.

Su respuesta no me convenció, pero Ares no había terminado.

Ares: Si alguien hace daño a las personas que amamos, duele y mucho. Ellos pueden perdonar porque el amor lo perdona todo, pero los demás no podemos. Te sientes herida ahora, pero lo que debes hacer es dejar pasar un tiempo porque solo tienes dos opciones: olvidar o hacerle pagar por lo que hizo. Piensa en ello.

¿Vengarme de papá? Era imposible. Entonces, solo me quedaba la primera opción.

Olvidar.

Cerré los ojos y descansé mientras que mi móvil se quedaba en silencio. Ese fue el último mensaje de Ares.

Capítulo 6

Aurora

Seis meses después

—Tengo una mala noticia y una buena —anunció Bella.

Bajé las gafas de sol lo suficientemente para mirarla por encima y mostrarle mis ojos. Me importaba un bledo sus noticias, de hecho, el mundo se podía acabar ahora y ni siquiera me movería de mi silla. Esperaría tranquila al tsunami, al meteorito o lo que vendría para destruir el planeta.

Había salido la noche anterior con Helena, sí, con la madre de Ares.

Verás, Ares me escribió después para preguntarme cómo estaba y yo me asusté, ¿vale? No quería nada con él porque en el fondo sabía que tardaría un instante caer presa de su encanto.

Me mandó mensajes cada día durante un mes entero. Para darme los buenos días, para preguntarme cómo iba mi día, para avisarme de que iba a estar durante tres días en Nueva York para un concierto y preguntar si quería acompañarlo, para mandarme la foto del anillo de diamante más bonito que había visto en mi vida y que estaban subastando, para desarme Feliz Navidad.

Leí todos los mensajes y me costó no contestar, pero era lo mejor para mí. El único sobre lo que hice algo fue el dónde me recordaba que le había prometido ayudar a su madre.

Llamé a Helena y le di un par de consejos.

Al día siguiente ella me llamó porque tenía dudas. Al otro día le llamé yo porque me había enterado de que había un edificio en venta que era perfecto para lo que ella buscaba. Y sin proponérmelo hice una nueva amiga.

Helena era maravillosa. Era divertida, sociable, inteligente y no tenía filtro cuando estaba con sus amigos. Y por filtro quiero decir que me contó todo lo que había que saber sobre la alta sociedad griega, todos sus cotilleos y sus sucios secretos.

Oh, había alguno que me dejó boquiabierto. También me dejó obsesionada, intrigada y siempre cogía las llamadas de Helena.

Nos vimos un par de veces para cenar cuando coincidimos en el mismo país. Yo estaba en París con Bella y Helena había acompañado a su marido a una cena de negocios. Comimos juntas y nos pusimos al día.

Aunque, la que más hablaba era Helena. Me contaba sobre su ONG, sobre sus amigas y enemigas. Lo que no hacía era preguntas sobre mi vida. Solo preguntaba si estaba todo bien y pasaba al siguiente tema.

Ella respetaba mi privacidad y eso era precioso para mí. Con eso se ganó mi amistad, bueno, después de pasar la investigación de mi prima Ivy que declaró a la familia Karalis la última buena familia de Grecia.

Por buena quiero decir honesta, correcta, legal.

Tampoco me hablaba de Ares. No sabía si los cotilleos habían llegado a sus oídos (seguramente sí), pero nunca lo mencionaba. No obstante, a veces esperaba escuchar algo de él.

¿Cómo estaba? ¿Con quién estaba saliendo? ¿Estaba saliendo con alguna mujer?

La curiosidad me estaba matando, me mantenía despierta por la noche, pero no cedía. No

podía.

Así que ayer Helena me llamó que estaba en Nueva York para un desfile de moda y me invitó. De ahí fuimos a cenar con un par de sus amigas y luego a un bar para tomar una última copa.

No fue una porque, infierno, Helena era divertida, sus amigas, que estaban en sus cuarenta años y recién divorciadas las dos, estaban decididas a echar un polvo esa noche. Lo que hicieron fue analizar a todos los hombres que entraron por la puerta esa noche y le encontraron defectos a cada uno de ellos.

No valían ni para un polvo o a esa conclusión llegaron ellas. Claro que después de un divorcio es poco probable que hay algo que te guste en un hombre. Se necesita tiempo para curar las heridas.

Así que analizamos a los hombres, hablamos, nos reímos y bebimos. No solía tomar mucho alcohol y no tomé mucho, solo un poco de cada copa que habían pedido las mujeres. Pero fueron muchas y variadas y eso se me subió a la cabeza.

Prueba de eso estaba mi dolor de cabeza que me impedía pensar, hablar, alegrarme y enfadarme por las noticias de Bella.

Me había quedado en el ático de la familia en el centro de la ciudad y me desperté porque lo que había bebido anoche quería salir de mi cuerpo. Pasé media hora en el cuarto de baño, abrazando el inodoro y devolviéndolo todo, incluso el pastel de mi primer cumpleaños.

Ahora solo quería sentarme tranquila y esperar la muerte o el alivio que prometía las dos pastillas que había tomado para el dolor.

—Vale, te daré la buena noticia primero —dijo Bella ignorando mi estado deplorable.

—¿No puedes esperar un día o por lo menos una hora? —me quejé.

Y entonces lo vi.

Era grande. Era enorme. Blanco y brillante.

—¡No! —exclamé saltando del sofá y empeorando mi dolor de cabeza.

—¡Sí! —El grito de Bella contenía toda la felicidad del mundo—. ¡Me voy a casar! Tomaso me lo ha pedido anoche.

—Oh, Bella. Estoy tan feliz por ti —dije dándole un abrazo.

Su relación con Tomaso había aguantado bien los últimos meses. A pesar de las amenazas de mi padre, Tomaso se quedó al lado de Bella. Pasaba más tiempo en Haker o en Nueva York donde estaba mi hermana que en Atenas donde debía encargarse de sus negocios.

A veces tenía que viajar, pero Bella lo acompañaba lo que no le gustaba para nada a mi padre. Que sí, que le había dado el visto bueno a Tomaso, pero el hombre iba a llevarse a su hija y eso no le sentaba nada bien a mi padre.

El compromiso era inesperado porque solo llevaban juntos menos de un año, aunque la verdad es que nunca había visto tan feliz a Bella.

El problema era que él todavía no había conocido a la familia. Solo conocía a mis padres, a Zaid y a su familia. Faltaban el resto, los Diaz-Kincaid-Kader. Oficialmente, ya tenía su aprobación. El asunto era que éramos muchos, ruidosos y muy cotillas.

No había secreto en esta familia. Privacidad tampoco, si tenías un problema los demás lo sabían antes que tú e incluso la arreglaban sin pedirte permiso.

—Ahora la mala noticia —dijo Bella.

Suspiré y volví a reclinarme en el sofá.

—Puedes decirme cualquier cosa ahora y no me parecerá malo.

—Eres mi dama de honor —declaró ella.

La miré frunciendo el ceño.

—Obviamente —espeté.

Lo hablamos cuando éramos niñas, cuando jugábamos a bodas y casitas. No existía otra opción y no entendía lo que tenía de malo eso, pero Bella se veía como si tuviera delante un plato de coles de Bruselas.

—Ok, Ro, sabes que te amo más que a nadie en este mundo —empezó Bella.

—Eso se lo tienes que decir a tu prometido.

—Tienes razón, a él también lo amo y por eso os quiero ver felices a los dos.

—Bella, me estás asustando —dije.

—Su mejor amigo es Ares y será su padrino en la boda. Tú serás mi dama de honor. Y sé que te estoy pidiendo mucho, pero solo será un día, menos de un día. Has hecho lo imposible para evitar los encuentros con él y te entiendo, te apoyo, incluso te ayudé un par de veces cuando Ivy falló en avisarte de que ibas a coincidir con él, pero ahora tengo las manos atadas. ¿A quién elijo? ¿Al mejor amigo de mi futuro marido, a mi hermana? ¿Qué hago, Ro?

—Lo que harás es organizar tu boda, disfrutar de uno de los mejores días de tu vida y no pensar en nada. Ares es una tontería mía —dije.

—Ro —suspiró Bella.

Obviamente, ella sabía que mentía, pero también sabía que iba a hacer todo lo posible para que tuviera la boda más maravillosa del mundo.

Porque era una tontería. Ares era peligroso para mí porque podía perderme en su mirada, dejarme hechizar por su carisma, pero no era tan tonta. Podía prepararme.

¿Para qué tenía a Ethan? Para protegerme de los peligros y debía hacerlo incluso de mí misma y de las malas decisiones que podían afectar mi vida.

—¿Ya tienes fecha? —pregunté.

—Diecisiete de junio.

Ok, tenía dos meses para prepararme mentalmente para ese encuentro.

Lo que yo no sabía era que era demasiado poco, que esos dos meses iban a pasar sin darme cuenta.

Mi madre diseñó el vestido de Bella y como mi querida hermana estaba viajando con su prometido a mí me tocaba ir a las pruebas. Mi madre me pinchó, me midió y me pidió ponerme ese vestido tantas veces que me curó del deseo de llevar algún día uno.

Bella y Tomaso decidieron celebrar la boda en Hakar y después de la luna de miel dar una fiesta en Atenas para los amigos de él. En Hakar iba a venir solo nuestra familia porque la del novio no había recibido una invitación.

No, Tomaso no había perdonado a su familia y no pensaba hacerlo nunca porque esa madre suya era más mala que un dolor de muelas.

¿Sabes qué hizo? Mintió a todo el mundo que no tenía nada que hacer y la escuchaba. Que Bella era mala, que había engañado a Tomaso, bla, bla, bla. Como eso no surgió el efecto deseado porque la gente no era tan tonta, pasó a algo peor.

Entraron en casa de Tomaso porque él no les había pedido las llaves y tampoco había cambiado el código de seguridad de la alarma, y la llenaron de arañas venenosas.

Sí, arañas. Afortunadamente, la ama de llaves de Tomaso vio una de las arañas y como les tenía mucho miedo llamó a una empresa para deshacerse de ellas. Esa gente estaba especializada en eso y se dieron cuenta de que eso no era normal.

Luego entraron nuestros equipos de seguridad y averiguaron la verdad. A Tomaso casi le dio un infarto y mi padre cogió el teléfono y llamó al tío Vladimir porque quería darles una

lección a esas mujeres.

No sé qué ocurrió, pero la madre y las hermanas de Tomaso estaban fuera de la vida de él para siempre. Vivas, pero fuera porque mi hermana era una blanda y le pidió al tío dejarlas vivir.

Que sí, que en mi familia éramos muy vengativos.

La parte buena era que no habría ningún tipo de drama en la boda. Todo saldrá bien porque yo me encargaría de todo. Era la organizadora no oficial de Bella.

Si ella se iba yo me quedaba para acudir a la cita con la florista o para echar un último vistazo a la decoración. No me sorprendería si me pidiera que me casara en su lugar porque ella estaba demasiado ocupada viajando con su prometido.

Doble matrimonio por poderes.

Bella se echó a reír cuando se lo dije, aunque tardé dos minutos en arrepentirme por hablar porque por su expresión entendí que no era mala idea.

Fueron dos meses ajetreadas, pero en las que me sentí más sola que nunca. No entendía por qué me sentía de esa manera.

Mis padres me llamaban para invitarme a cenar o a pasar el fin de semana con ellos y me inventaba cualquier excusa. Mis primas llamaban y les decía que estaba ocupada con la boda.

Bella estaba preocupada, lo veía en sus ojos, así que cuando estábamos en la misma ciudad me obligaba a salir, a sonreír, a pasarlo bien.

Todo iba a salir bien.

Lo sabía.

Capítulo 7

Ares

—¿Me estás escuchando, hijo? —preguntó mi madre.

Oh, sí, la había oído alto y claro.

No debía en ninguna circunstancia molestar a la princesa Kader.

—Solo por curiosidad, ¿eres mi madre o la de Aurora Kader?

—Ares —me advirtió mi padre.

Llevábamos así desde hace más de seis meses, desde ese maldito día en el que conocí a Aurora.

¿Era la mujer más guapa que había visto en mi vida? Obviamente, pero eso no era lo único que me atraía de ella. No la conocía bien, lo que sabía sobre ella era menos que nada, pero me gustaba más de lo que me había gustado una mujer.

Nuestro encuentro no fue el mejor, el segundo tampoco, pero no tenía ninguna duda de que algún día ella será mía.

Aunque estaba reconsiderando mis deseos. Dudaba si ella valía la pena todas las molestias. A ella también le gustaba, estaba seguro de eso y no solo por la manera en la que había reaccionado en nuestros dos cortos encuentros.

Se propuso evitarme y lo ha conseguido hasta ahora. Me tiene miedo, a mí, a lo que siente por mí. Lo sé y me gusta. No hay nada que me gustaría más que seducirla.

Fue divertido, fue un juego de ratón y gato, una diversión, una caza con un gran premio al final. No me molestaba que ella corriera de mí. No, eso no. Lo que me sacaba de quicio era hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Al principio no me di cuenta de ello. Eran llamadas o incidentes que me reclamaban en otra ciudad, en otro país. Estaba en Nueva York y mi madre me llamaba diciendo que me necesitaba en Roma. Si estaba en Dubái me llamaban de vuelta a Atenas.

Aurora me temía tanto que ni siquiera quería estar en la misma ciudad. Me parecía divertido. Luego, poco a poco empezó a enfurecerme.

No era ningún acosador. No era un violador.

¿Qué creía que le iba a hacer? ¿Le iba a secuestrar, encerrarla en mi sótano, tenerla como mi esclava sexual o qué?

Y ahora tenía a mis padres ayudándola.

¡Al diablo con Aurora Kader!

Había más mujeres en el mundo.

—Tranquilos, no pasará nada. Además, iré acompañado a la boda —anuncié.

Mi madre me miró boquiabierta.

—No tienes novia —dijo ella.

—Madre, pasas más tiempo con tus obras de caridad que conmigo así que no te sorprendas que no sepas lo que ocurre en mi vida.

El dolor del rostro de mi madre se sintió como un cuchillo en mi corazón, pero es que de vez en cuando volvía a mi infancia y me comportaba como si tuviera cinco años. Mi justificación era tonta, ella me había herido primero al pedirme que me mantuviera alejado de su preciosa

Aurora.

¿Tan poco me conocía? ¿Tan poca confianza tenía en mí?

—¿Quién es? Si podemos saberlo, claro —dijo mi padre.

—Sofia Galanos.

—Oh, Sofia —murmuró mi madre.

Y eso fue el final de la conversación. Terminamos la cena en silencio, excepto algún que otro comentario sobre los negocios o próximos viajes de mi madre.

Media hora después de despedirme de mis padres frente al restaurante favorito de mi madre me encontraba subiendo en ascensor hacia el apartamento de Sofia.

Llamé a la puerta cinco veces hasta que por fin pude escuchar sus pasos en el interior. Sofía siempre estaba en casa, no hacía falta llamar para avisar que venía, solo necesitaba paciencia para esperar frente a su puerta hasta que ella se cansaba del sonido del timbre y decidía abrir.

Suspiró al verme y ni siquiera saludó. Me invitó a entrar dando un paso hacia atrás, luego me senté en el sofá de su pequeño apartamento mientras ella iba a la cocina a por una cerveza para mí y una infusión para ella.

Siempre era igual, era como un ritual y es que a Sofia no le gustaban los cambios. No obstante, hoy regresó con dos cervezas.

—¿Tenemos algo que celebrar? —pregunté.

Su rostro no perdió ni una pizca de su hermosura al mirarme con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres y cuánto voy a sufrir?

—Sofia, no será para tanto —gruñí.

—Sabes muy bien que la última vez que llegaste con esta misma expresión en tu cara tuve que fingir ser tu novia durante tres días y si eso no es sufrir me gustaría saber qué es —espetó Sofia.

—Wow, una tortura de verdad.

Sofia suspiró. Los dos sabíamos que si le pedía ir a la luna conmigo lo haría. Yo era un cabrón porque sabía que ella odiaba salir y aun así estaba aquí para pedírselo. Y no solo eso.

Nos conocimos cuando éramos niños, los tres mosqueteros nos llamaban nuestros padres. Tomaso, Sofia, yo. No hubo ningún lio amoroso entre nosotros, ni ella fue nuestro primer amor ni nada parecido.

Éramos buenos amigos a pesar de que ella llevaba cinco años viviendo aislada en su apartamento. Cinco años desde el incidente que había convertido a una joven alegre y feliz en una prisionera del miedo.

No salía, excepto si se lo pedía yo. He de confesar que al principio mentí solo para sacarla de casa pensando que eso le iba a ayudar.

—Se llama Aurora, Ro para los amigos —dije y Sofia no esbozó ni siquiera un gesto de interés—. Es la hermana gemela idéntica de Bella, la prometida de Tomaso.

—¿Idéntica? —resopló ella.

—Para el resto, para mí es única. No hay manera de confundirla con su hermana. Hay algo en sus ojos, algo que Bella no...

—Vale, vale, entendido. Te ha hechizado.

Esta era otra manera de ver la situación y Sofia, conociéndome bien, me sonrió.

—Y ella no ha sucumbido a tu encanto —dijo, su sonrisa convirtiéndose en una carcajada. Y luego otra.

Se estaba riendo de mí, cualquier otra persona ya estaría sufriendo las consecuencias de

mi furia, pero era Sofia y llevaba años sin escuchar su bonita risa.

—No, para Aurora Kader soy algo igual a un acosador del que se tiene que proteger a toda costa. Mis propios padres me advirtieron sobre ella y me está jodiendo.

—Obviamente... ¿has dicho Kader? —preguntó ella.

—Y tú me vas a ayudar a demostrarle que me importa un bledo —dije ignorando su pregunta—. Serás mi novia por un día, el día de la boda de Tomaso con Bella.

Sofia volvió a fruncirme el ceño.

—¿Tomaso, el mismo Tomaso que tú y yo conocemos, el que no sabe guardar un secreto? Ares, cariño, su prometida sabrá la verdad en tres segundos y tardará menos tiempo en contársela a tu Aurora.

—No es mí Aurora —gruñí.

—De todo lo que he dicho te has quedado con eso, ¿eh?

—¿Vas a venir conmigo o no?

—Iré, por Dios, iré, pero cuando todo saldrá mal, porque saldrá mal, no será mi problema, ¿entendido?

Asentí porque nada iba a salir mal.

—Pero no voy a mentir, esa es mi única condición. En ningún momento me presentarás como tu novia —declaró Sofia.

—Lo que tú digas —dije sonriendo.

Iba a matar dos pájaros de un tiro. Uno, iba a presentarme a esa boda acompañado de una mujer bella e inteligente. Dos, iba a pasar tiempo con mi amiga.

¿Qué podía salir mal?

Me tomé otra cerveza mientras escuchaba a Sofia hablar sobre su último libro. Ella escribía mucho y publicaba poco porque sus libros eran diversas variantes de lo que hubiera sido su vida.

Tenía millones de lectores, pero a ella no podía importarle menos el dinero y la fama. Era rica, no tanto como yo, pero podía vivir dos vidas enteras sin tener que trabajar ni un solo día.

Era una joven hermosa, inteligente. Solía ser la más divertida y alegre chica. Ahora pasaba todo el tiempo sola, sumida en su mundo de fantasía. Tenía esperanzas que la boda iba a devolverle un poco la alegría de vivir.

Me quedé dormido en su sofá y después de comprobar que ella estaba bien en su propia cama me marché. Eran las cinco de la madrugada y me fui directamente a la oficina donde tenía ropa de cambio.

Una ducha y dos cafés después estaba sentado detrás de mi escritorio cuando se abrió la puerta de mi despacho.

—¿Vas a llevar a Sofia a la boda? —preguntó Tomaso.

—Sí, y buenos días a ti también. ¿Te apetece tomar un café?

—No, quiero saber qué diablos estás tramando —pidió Tomaso.

Respiré profundamente porque Sofia podía reírse en mi cara porque la amaba, pero Tomaso por muy amigo mío, no podía levantarme la voz.

—Sofia me acompañara a la boda, nada más y nada menos, ¿acaso necesito tu aprobación para ello?

—¡Joder, no! —dijo él.

Luego se sentó en la silla y pasó los dedos a través de su cabello. Al terminar se veía bastante despeinado. Continuó con la corbata de la que tiró como si su vida dependiera de ello. La tiró encima de la otra silla.

Tomaso se comportaba así cuando tenía un problema que no sabía cómo resolver. A veces se ponía a organizar su armario u ordenar su escritorio. Una vez limpió el jardín de mi madre de hierbajos.

—Está jodido, Ares —dijo.

—¿A qué te refieres?

—A ti, a Ro. Bella está segura de que sois perfectos el uno para el otro y jura que la boda será el momento en que todo pasará. Y si tú llevas a Sofia eso no pasará —dijo él.

—Tomaso, siento decirte que tu futura esposa está equivocada. Tendrás que encontrar la manera de decirle que no hay nada entre nosotros, nunca habrá. Su hermana no es perfecta para mí —declaré.

—Pero te gusta —insistió él.

—Me gusta para una noche o dos, pero eso no es posible con una Kader y menos con la hermana de tu prometida. No entiendo a qué viene todo este revuelo.

—Una noche —repitió mi amigo.

La decepción era evidente en su expresión.

—O dos, pero, aunque ella estuviera interesada no estoy ni tan loco ni tan estúpido como para liarme con ella. Me gustaría guardar mi cabeza sobre los hombros. La otra también.

—¡Jesús, ok! Hablaré con Bella.

Una vez el asunto arreglado, Tomaso se quedó un cuarto de hora más para ponernos de acuerdo con un par de cosas.

No quería una fiesta de despedida, pero no estaba en contra de una cena y como éramos solo nosotros dos decidimos invitar a los parientes masculinos de Bella para conocernos mejor.

Esto era el jueves.

Para el viernes Bella había planeado un día de diversión en familia. Un tour de la capital de Hakar, una visita a un museo, un almuerzo en el jardín.

La boda iba a celebrarse el sábado por la tarde e iba a durar hasta medianoche o más así que el domingo estaría libre. Podía marcharme.

Si a Sofia le apetecía podíamos pasar unos días en mi casa en Hawái. Sol, playa, paz.

Luego tocaba volver a mi vida. Trabajo. Casa. Más trabajo.

Tal vez había llegado la hora de pensar en sentar la cabeza. Encontrar a la mujer adecuada iba a tomar bastante tiempo y si no quería empujar el carrito del bebé con una mano y con la otra apoyarme en un bastón tenía que empezar ya.

La mujer con la que quería pasar el resto de mi vida era un misterio.

Hermosa, cualquier mujer es hermosa en los ojos de su amado.

Inteligente. Divertida. Alegre. Independiente, pero no demasiado porque lo que yo buscaba era una asociación y no una guerra de sexos.

Rica. Sí, tenía que ser rica porque no quería pasar el resto de mi vida pensando en si ella estaba conmigo por mi dinero.

También quería hijos. Míos. Si ya los tenía había que pensar en ello porque después de lo que le ocurrió a Sofia era muy difícil confiar en los hermanastros.

Físicamente no tenía preferencias. Rubia, morena. Me daba igual.

El carácter importaba más. La honestidad era un punto extra.

Pues sí, encontrar a mi futura esposa iba a ser un reto. Tal vez debería buscar otra opción. Yo quería una familia, pero ¿de verdad quería la esposa?

¿Valía la pena todo el proceso de buscar, seducir, casarme?

Al fin y al cabo, lo que más quería eran hijos y para eso no necesitaba una esposa, solo

una mujer para traerlos al mundo.
Sofia sería una gran madre.

Capítulo 8

Aurora

Era guapa, muy guapa.

No era alta, estaba a unos cinco centímetros de confundirla con una niña de once años.

Era rubia con un cabello largo que llevaba recogido en una coleta alta. Sus ojos eran azules, sus labios de un rosa palo y no tenía ninguna arruga alrededor de su boca. Ninguna, o sea, esta mujer no reía mucho.

Su vestido era elegante, pero casual, perfecto para una cena entre amigos.

Llegó con Helena, pero ya sabía quién era. La acompañante de Ares.

Decir que me tomó por sorpresa era poco. Me quedé en shock y no quería analizar demasiado mi reacción. Bella me avisó con dos minutos de antelación.

—Helena está de camino y viene con la novia de Ares.

Cuando entraron por la puerta todavía no me había recuperado. Me quedé en una esquina mirando. Analizando con mucha atención (y envidia, y celos) a la mujer de Ares.

Era hermosa. Sin siquiera verlos juntos sabía que se veían perfectos.

Debería alegrarme porque ya no tenía por qué preocuparme por nuestro siguiente encuentro. Ya estaba a salvo del encanto de Ares Karalis.

Debería odiar a esa mujer y la odié durante quince minutos, pero luego la vi escabullirse hasta un rincón. Vi lo que intentaba esconder detrás de su pequeña sonrisa y mi corazón se rompió por ella.

Había visto esa mirada en los ojos de muchas mujeres, sabía qué significaba y ya no pude odiarla por haberme robado a Ares. Ella merecía toda la felicidad del mundo.

La perdí de vista cuando Bella me recordó que tenía que encargarme de los juegos.

¡Infiernos! Eso me pasaba por organizar una noche de juegos y no, señor, no podía haber elegido algo sencillo. Lo quería divertido. Caza de regalos, un taller de creación de plastilina, adivinanzas, rompecabezas, concurso de chistes.

Fue divertido, pero cuando todos pasaron al comedor para cenar yo caí rendida en el sofá.

—Ahora lo entiendo —dijo alguien, y al girar la cabeza averigüé que ese alguien era la novia de Ares.

—¿El chiste de las focas? Sí, es un poco tonto —dije.

—Sofia, ¿vienes? —Helena apareció de repente y se llevó a mi rival.

Eh, no. No era mi rival porque yo no era una mujer sin corazón. Además, Ares era solo un hombre. Había millones más en el mundo si quería uno y no, no quería a ninguno en este momento.

Todos los invitados de la boda eran familia y algunos tenían ya residencias aquí, pero para los que no tenían el hotel estaba disponible.

Es donde se alojaban los Karalis.

Es donde me fui cuando la cena terminó con la excusa de comprobar que todo estuviera bien. Al fin y al cabo, yo era la organizadora de la boda (más o menos) y todo tenía que estar perfecto.

No sé por qué mis pasos me llevaron al jardín. Era una noche tranquila y bonita. Paseé

unos minutos porque necesitaba despejarme un poco. Incluso me quité los zapatos porque cada paso que daba era una tortura.

Mi destino era la fuente de la parte del sur del jardín, la zona más oscura de donde podía ver mejor las estrellas. Ethan no estaba conmigo porque no había peligro aquí. Todos los huéspedes del hotel eran familia. Tíos. Primos. Sobrinos.

Escuché voces antes de llegar a la fuente y no me detuve porque me parecía reconocer la voz. Pensaba que era mi prima Vy y se me había olvidado preguntarle algo en la cena.

Seguí, pero me paré en seco cuando una voz de hombre dijo: —Hay algo que quiero proponerte.

Entonces los vi. No era Vy. Era Sofia. Era Ares.

—Oh, Dios, estoy segura de que no me a gustar —respondió ella.

—¿Quieres tener un bebé conmigo? —preguntó Ares.

En un instante me di la vuelta y eché a correr hacia el hotel.

¿Qué diablos había escuchado?

Hace seis meses este hombre me escribía mensajes, me invitaba a cenar. Ahora, ahora quería tener un hijo con otra mujer.

Me sentía mal. Mi cabeza me daba vueltas y por poco no vomité sobre los lirios importados por el gerente, esos lirios que necesitaban cuidados especiales y a los que el jardinero protegía como si fuera su primer nacido.

No recuerdo llegar hasta mi coche, solo sé que iba conduciendo y que de repente estaba frente a la puerta de mi casa.

Un bebé.

Mira, intenté convencerme de que Ares no era bueno para mí, que no lo quería en mi vida, que no quería nada con él.

Era mentira.

Lo quería.

Quería verlo luchar por mí.

Entré en mi casa, en mi oasis blanco y tranquilo. No había ningún sonido, solo silencio porque era eso lo que había añorado durante la primera parte de mi vida. Silencio.

Por lo visto era lo que me tocaba tener el resto también.

Ya. Drama era mi segundo nombre.

Subí a mi dormitorio y las ganas de llorar se convirtieron en furia. No con Ares. No con Sofia.

Conmigo misma.

Por cobarde. Por jugar juegos. Por no ser honesta conmigo misma. Por no ir a por lo que deseaba.

Ahora era demasiado tarde y solo esperaba tener otra oportunidad de sentir lo mismo por otro hombre, lo mismo que sentía cuando pensaba en Ares. Porque, maldita sea, sentía demasiado por un hombre que había visto dos veces en mi vida.

Ni siquiera intenté meterme en la cama porque sabía muy bien que era imposible cuando estaba tan enfadada. Tomé un baño caliente y luego me senté en la terraza con una infusión de plantas.

Y pensé.

Era el momento de pensar, analizar y aprender de la situación porque una vez era un error, dos veces era estupidez y Aurora Kader no era ninguna estúpida.

La próxima vez no iba a desperdiciar mi oportunidad.



—¡No, no, no! —exclamé tirando el móvil en la mesa. Por poco no acabó en el plato donde se había quedado mi tostada cuando recibí el mensaje.

El peor que podía recibir esta mañana. Bueno, no, pero era el que menos necesitaba. Una de mis brillantes ideas fue llevar a los invitados de la boda a conocer Hakar o por lo menos una pequeña parte.

Lo que no contaba es con la cancelación de mis pocos familiares que se habían apuntado al tour. Claro, ellos ya lo habían visto todo, pero Tomaso no y sus invitados tampoco.

Que eran pocos, los Karalis y su hijo con su novia, futura madre de su hijo o hija.

Y no, no me apetecía pasar media mañana con ellos. No podía fingir una enfermedad y luego aparecer en el almuerzo. Además, era la boda de mi hermana, esto iba de celebrar y no de mentir, de engañar.

Lo que necesitaba era una sola persona a mi lado, me daba igual quién fuera. No obstante, todas mis primas tenían planes. Ir al spa, de compras o simplemente pasar una mañana tranquila en sus habitaciones.

Y lo intenté. Prometí favores, usé sobornos, incluso amenacé. Pero nada, era como si se hubieran puesto de acuerdo para joderme.

Mi última esperanza era Reid que estaba a punto de llegar.

Me senté en la silla y terminé mi café. Comer ya era imposible, había un tornado en mi estómago o eso parecía.

En cuanto recibí el mensaje de Ethan salté y eché a correr. Ethan condujo más despacio de lo normal y cuando llegamos al hotel corrí hacia la habitación que le habían asignado a mi primo. No primo de verdad, pero en esta familia la sangre no era lo que más importaba.

Llamé a su puerta antes de entrar y lo pillé hablando por teléfono. Me miró con las cejas enarcadas y me encogí de hombros. Reid continuó con su llamada y yo esperé impaciente.

—¿Quién se ha muerto? —preguntó en el instante en que terminó la llamada.

—Nadie, pero necesito ayuda con el tour de la ciudad. Todos me han cancelado al último momento y yo no puedo con todo sola —dije.

Reid, bueno, tenía más o menos mi edad. Eso era algo que nunca recordaba y me negaba a apuntar el año de nacimiento de mis familiares. Cumplían años, había fiesta y tarta, eso era más importante que un número.

Y era guapo, ya sabes. Alto, moreno, en buena forma, unos ojazos que la mayoría de las veces veían más de lo que uno quería mostrar.

—¿Por qué no lo intentas de nuevo?

Suspirando caminé hacia la ventana. Esta era mi ciudad natal, mi país. Eran mis raíces. No podía defraudar a mi familia, a mis ancestros convirtiéndome en una mujer patética y amargada. Solo por un hombre.

Con Reid no funcionaban las medias verdades así que si quería su ayuda debía contárselo todo.

—Sentí mariposas. Me mareé. Estaba como en un sueño cuando lo conocí y obviamente, ignoré todo lo que sentía porque... no sé por qué. Esperaba verlo de nuevo en la boda, ya sabes, darle de entender que no estaba interesada para luego ceder a sus intentos de conquistarme. No me esperaba verlo aparecer acompañado por la madre de su hijo.

—No sabe lo que está perdiendo —declaró Reid.

Le sonreí.

—En media hora abajo, ¿vale? —le dije.

—Ahí estaré.

Por lo menos tenía un primo que no me dejaba cuando necesitaba ayuda. Me fui a la suite que siempre estaba disponible para mi familia en la última planta y me senté en el sofá. Hice algunos ejercicios de respiración para darle una hostia a mi nervio vago que por lo visto pensaba que estaba en peligro.

Unos diez minutos después estaba preparada para pasar la mañana con Ares y su mujer, pero de todos modos eché un último vistazo en el espejo.

El vestido era blanco y largo, mangas largas, ajustado en la parte de arriba y ancho abajo. Era elegante y discreto. No decía “mira lo que has perdido”. Quería verme como cualquier otro día, como si Ares fuera cualquier otra persona.

Él no era importante y se lo iba a demostrar.

El plan era sencillo, aunque no era tan tonta como para no saber qué iba a necesitar todos los conocimientos que había aprendido en esas clases de actuación que me habían pagado mis padres.

Faltaban cinco minutos y estaba dudando cuando llamaron a la puerta.

—Hora del tour, prima —dijo Reid al abrirle.

Correr ya no era posible así que sonreí y le permití a Reid guiarme hacia el ascensor. Dentro y luego fuera. Los vi a los cuatro a pocos pasos del mostrador de recepción. Helena y Sofia estaban disfrutando de un vaso de agua con menta y limón (un detalle que se ofrecía a todas las personas que entraban en el hotel).

Miré a Ares por un segundo, igual que hice con su novia y su padre. Mi mirada se quedó con Helena que me estaba sonriendo.

—¡Oh, Dios, Ro! Dime que vamos a visitar el museo —dijo.

—Claro que sí.

Les presenté a Reid y él tenía a Helena comiendo de la palma de su mano en menos de un minuto. No era una sorpresa, Reid tenía un carisma especial y pocas mujeres se quedaban inmunes.

La sorpresa me la llevé cuando escuché reír a Sofia. Vale, el chiste de Reid era bueno, incluso Nicolas se echó a reír. ¿Pero Sofia? Y no solo eso, lo estaba mirando como si fuera un caballero de armadura brillante que acababa de bajar de su negro caballo.

Nos pusimos en marcha y Reid cogió la delantera, Helena a su izquierda y Sofia a su derecha. Nicolas me ofreció el brazo y los seguimos. Me permití echarle un vistazo a Ares que estaba mirando pensativo a su novia y a mi primo.

Al parecer, la boda sin drama que quería mi hermana no iba a suceder.

La primera parada fue el centro de la ciudad donde nos sentamos a tomar un café y les hablé un poco sobre la historia del país. Luego fuimos al mercadillo semanal de productos artesanales. Todo lo que se vendía ahí estaba hecho con materiales del país, nada estaba de fuera. La comida, la ropa, todo.

Helena estuvo a mi lado en todo momento, escuchando atentamente, haciendo preguntas, parándose a probar productos alimenticios o comprando. Nicolas se mantuvo en silencio, también pendiente de mis palabras.

De vez en cuando le pagaba las compras a su mujer y le llevaba las bolsas que cuando salimos del mercadillo eran más de lo que él pudiera llevar.

Luego estaba Sofia que podía jurar que no se había enterado de ninguna de mis palabras, pero recordaba cada una de las que había pronunciado Reid. No se había separado de su lado y

estaba empezando a preocuparme por la vida de mi primo.

Aunque Reid mantenía una conversación cordial con ella, no estaba flirteando ni nada. No sabía si Ares pensaba lo mismo o si quería romperle las piernas o la cabeza a Reid por acaparar la atención de su novia.

Y era raro, ¿eh? Él iba más pendiente del tour y de su madre que de su novia. De vez en cuando se acercaba a ella, le sonreía, le guiñaba el ojo y volvía a acercarse a nosotros.

Era jodido, incluso lo dijo Reid en un momento en que Sofia se dejó cautivar por la belleza de una tienda de pañuelos.

—Dijiste madre de su hijo, ¿no? —preguntó Reid en voz baja.

—Sí, pero tal vez los escuché mal. No lo sé.

Obviamente, viendo a Sofia con Reid estaba dudando de su compromiso con Ares. Sentía un poco de pena por él, un poco de vergüenza también. Además, la curiosidad me estaba comiendo por dentro.

¿Cómo es que no se daba cuenta? ¿Cómo pudo elegir tan mal a su novia?

Terminamos el tour en el museo y cuando llevaba unos quince minutos me quedé atrás contestando a un mensaje de Bella que por fin se había dado cuenta de que mañana era su boda y estaba muy nerviosa.

No me di mucha prisa en alcanzarlos porque mi cerebro (mi corazón también) necesitaba una pausa de tanta tensión. Caminé despacio a través de las salas vacías del museo que habíamos cerrado especialmente para los invitados de la boda.

No me relajé mucho, pero suficiente como para apresurarme y buscarlos. Por desgracia, primero encontré a Ares que estaba estudiando el primer mapa de Hakar. Levantó la mirada al escucharme.

—Es increíble.

Tenía la impresión de que no estaba hablando del mapa o del museo.

—Sí, lo es —contesté.

—Crecimos juntos. Tomaso, Sofia, yo.

Vale, menuda información más interesante. No sabía por qué me lo contaba, pero calmó un poco mi curiosidad.

—Ok —murmuré sonriendo amablemente, o, mejor dicho, nerviosa.

—Es mi amiga —continuó Ares mirándome y de alguna manera olvidé que estaba evitando mirarlo a los ojos.

—Ok, deberíamos buscar a los demás. Es hora de volver al hotel —dije y enseguida me encaminé hacia la siguiente sala.

—Aurora.

Me paré y no quería, juro que no quería darme la vuelta, pero algo en su voz me picó la curiosidad.

—¿Qué? —espeté. Sí, tenía prisa y quería mostrar que no tenía tiempo de perder con conversaciones aburridas.

—¿Me has escuchado? —preguntó Ares.

—Sí, amigos desde la infancia. Me alegro por vosotros.

Ares dio dos pasos hacia mí y se paró justo delante, tan cerca que tuve que inclinar la cabeza para seguir mirándolo a los ojos. No podía haber elegido peor día para ponerme zapatos planos.

—¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, perfectamente.

—No lo haces, pero lo entenderás —declaró él dando un paso hacia atrás—. Ven, Reid dijo algo sobre la sala de los diamantes.

Lo seguí en silencio y a mi pesar Ares aminoró sus pasos para caminar a mi lado. Incluso me agarró del brazo cuando tropecé. No, no era ninguna mujer torpe que tropezaba con sus propios pies. Alguien debería comprobar el suelo del museo.

Los escuchamos antes de verlos. La voz alegre de Helena, la ronca de Reid y la risa de Sofia. Reid me miró de una manera extraña y no pude averiguar la razón en ese momento. Tuve que esperar hasta estar de vuelta en el coche que nos llevaba al hotel.

Los Karalis habían cogido otro coche y eso no le había gustado nada a Sofia que miraba a mi primo con ojitos de cachorro.

—No hay bebé —declaró Reid sin siquiera tener que preguntarle—. Además, no hay nada entre ellos. Solo amistad y déjame decirte, prima querida, que si no haces sufrir a Karalis serás expulsada de la familia.

—No me pueden expulsar —protesté.

—Sí, podemos. Ro, ¿sabes por qué Sofia está aquí? Porque él está enfadado, está teniendo una rabieta porque lo has rechazado. Necesita esforzarse un poco más, de hecho, mucho más. Vendrá con palabras bonitas y flores, pero tú no cederás si no lo tienes de rodillas. ¿Entendido?

Asentí sabiendo muy bien que cogería las palabras, las flores y lo que fuera porque había prometido no desperdiciar ninguna oportunidad.

¿Ares estaba libre? ¡Genial! Podía dejar fluir lo nuestro. ¿Era amor verdadero? ¿Era solo atracción física pasajera? Iba a averiguarlo.

Me despedí de Reid en el hotel y me fui a mi casa para cambiarme para la comida, luego volvería otra vez para ponerme algo adecuado para la tarde de juegos. De repente, me sentía mucho mejor. Más alegre. Más ágil.

No obstante, luego recordé la conversación que había escuchado la noche anterior. Ares no dijo que ella estaba embarazada. Dijo que quería un hijo con ella y eso no decía que eran solo amigos.

¿Era buena idea meterme en este lío?

Podía averiguar la verdad. Yo no, Ivy sí.

Pero ¿era buena idea hurgar en la vida privada de Ares?

Capítulo 9

Aurora

El almuerzo había ido fenomenal. Los juegos no tanto porque mis familiares no conocían la palabra perder. Todos querían ganar y seguían jugando para conseguirlo. Por esa razón estaba ahora mismo viendo el partido de futbol más largo del mundo.

El primer equipo era el de los Diaz-Kincaid y el segundo de Kader-Karalis. Llevan dos horas y media jugando y no tenía pinta de acabarse pronto. Estaban en empate, pero luego el equipo perdedor pediría otra oportunidad y empezaban de nuevo.

Y era tarde. Yo estaba cansada, Bella debía irse a dormir ya porque mañana se casaba y necesitaba estar descansada y brillando de felicidad no con ojeras y bostezando.

He de reconocer que también estaba de mal humor porque Ares no me había hecho ni caso.

¡Sí! Lo que te estoy diciendo.

Durante la comida se sentó lejos de mí, tan lejos que ni siquiera podía verlo. Luego nos miramos un par de veces durante los juegos, pero no se acercó. Podría ir y empezar una conversación, pero eso sería un suicidio delante de mi familia.

Ya sospechaban algo y lo último que quería hacer era darle más de lo que hablar. También estaba el hecho de que no sabía flirtear.

Que no me hizo falta, ¿vale? Los hombres, los pocos que han conseguido acercarse a mí, hacían todo el trabajo. Ponerme en ridículo frente a mi familia no estaba en mis planes ni ahora ni nunca.

Lo que me apetecía era marcharme a casa, pero no, el dichoso partido no acababa.

Me dirigí hacia la zona de las tumbonas donde mi madre y mis tías estaban charlando.

—¿Vais a ponerle fin a este tonto juego? —les pregunté.

Mi madre inclinó la cabeza y miró hacia donde los hombres y tres de mis primas estaban jugando.

—¿Por qué? Se lo están pasando muy bien —me contestó.

La tía Isabella me miró con sus ojos violetas y juro que sentí esa mirada hurgando en mi cerebro.

—Podría —empezó, pero la tía Ava se le adelantó.

—Tengo un prototipo de arma que quiero probar —declaró ella y no esperó a que le dieran el visto bueno. Se puso de pie y se encaminó hacia los jugadores.

—Ava, no. Estoy segura de que no hacen falta medidas tan drásticas —dijo la tía Isabella.

Pero Ava estaba analizando al grupo y no sabía qué tipo de arma quería probar, pero empecé a temer por el bienestar de los jugadores. Por su vida no, Ava no mataría a uno de los nuestros.

No obstante, ya que yo le había metido la idea en la cabeza necesitaba sacársela.

—Tengo una idea.

Ava me miró y después de murmurar lo que quería hacer, sonrió. Mientras me daba la vuelta y me dirigía hacia la casa escuché a mi madre decir: —¿Deberíamos advertirlos?

—¿Y perdernos la distracción? No —dijo la tía Isabella.

Diversión querían, diversión iban a obtener.

El jardinero de mi padre fue muy amable, no se enfadó con nosotros por interrumpir su serie favorita y nos dijo donde podíamos encontrar lo que necesitábamos. Nadie nos echó ni siquiera una mirada mientras íbamos llevando las mangueras y eso nos permitió tomarlos por sorpresa.

A las diez en punto de la noche Ava y yo presionamos el botón de las mangueras y se desató el infierno. Mis primas, las que estaban jugando, gritaron. Sus maridos gritaron en su defensa. Los demás jugadores simplemente echaron a correr alejándose del agua como si fuera lava.

—¡Se acabó el juego! Todos deben irse a dormir un poco —ordenó Ava.

—¡Estábamos ganando! —exclamó Reid y a Ava, no podía importarle menos.

Un chorro de agua golpeó a Reid en la cara.

—Te voy a regalar una sartén para tu cumpleaños —amenazó Reid, el agua chorreando de su rostro, deslizándose sobre su camiseta que ya estaba empapada.

—Que sea de hierro porque la cabeza de Pablo es muy dura —le devolvió Ava.

Con mi misión completada presioné el botón y empecé a recoger la manguera. Podía dejarla caer al suelo para el jardinero que estaría despierto y trabajando en cuanto saliera el sol, pero prefería alejarme de la tentación.

Ares. Nadie podía decir que el hombre era feo, era tan guapo que si lo mirabas demasiado podías marearte. Con camiseta mojada que se ajustaba a su torso era tan apetecible que estaba a punto de meterme yo misma bajo la manquera.

Y de los pantalones de deporte de color gris no había mucho que decir. Tal vez debían ser prohibidos en público. Estaba caliente, enfadada y cansada.

Necesitaba marcharme a mi maldita casa. Ahora.

Me tomé mi tiempo para enrollar la manguera esperando volver al jardín y no encontrar a nadie. Mi esperanza fue en vano.

Ares se había quedado atrás porque, ¿cómo no?, su camiseta estaba empapada y necesitaba escurrir el agua. Obviamente, tenía que quitársela para conseguirlo.

Maldije a mi suerte y al que había proyectado el jardín con todas las luces que había colocado. ¿No podían dejarlo a oscuras? ¿Por qué tenía que ver yo cada detalle del pecho musculoso de Ares?

Y los abdominales. Los brazos que también se veían genial.

Necesitaba salir corriendo o saltar sobre él.

—Hey —dijo él.

—¿No te ibas? —espeté.

Me miró en silencio y podía decir que estaba asombrado por mi pregunta.

—Hubo un fallo en la organización y me he quedado sin coche. Bella dijo que tú podías llevarme de vuelta al hotel para no tener que esperar media hora para otro coche.

Oh, bueno.

—Si Bella lo dijo entonces eso hay que hacer —murmuré empezando a caminar.

—Si tanto te molesta mi presencia puedo caminar, ¿sabes?

No era mala idea y si Hakar fuera un país como todos los demás del mundo Ares se encontraría con un ladrón que le daría una paliza para robarle el reloj y el teléfono móvil. Dicha paliza iba a llevarlo a pasar unos tres días en el hospital.

Pero mi país era tan seguro que una casa con cinco sistemas de seguridad. No había robos ni crímenes ni nada. Bueno, crímenes de vez en cuando sí, pero menos de diez al año y la

mayoría eran por celos.

No había ninguna posibilidad de deshacerme de Ares de una manera fortuita.

Menudo lío.

—Te llevaré de vuelta —murmuré.

Y es lo que hice.

Ethan esperaba fuera con el coche y me senté en silencio durante el corto trayecto. Intenté ignorar al hombre sentado a mi lado y su silencio.

¿De qué iba este hombre? ¿Me quería o no me quería? ¿Iba a hacer un movimiento o no? ¿Qué diablos esperaba? ¿Una invitación escrita con tinte de oro y firmada con mi sangre?

—Ethan, para primero en mi casa —ordené.

Y es lo que mi guardaespaldas hizo. Tardamos menos de tres minutos en llegar a mi casa y salí del coche murmurando un adiós y sin siquiera mirar a Ares.

¡A la mierda con él!

Entré en casa y subí directamente al dormitorio. Debía cambiarme para volver a casa de mis padres porque le había prometido a Bella pasar esta noche allí. Las dos juntas.

Tomé una ducha, me puse unos vaqueros y una camisa blanca. El cabello estaba hecho un asco después de no parar en todo el día, pero eso ya era el problema de la peluquera que me iba a atender mañana.

Ahora lo recogí en una coleta y bajé. Ethan ya estaba esperando y me sentí un poco culpable por todo este ir y venir. Mi casa estaba en el mismo terreno que la de mis padres, pero la propiedad era enorme. Caminar desde una casa a la otra llevaba unos buenos minutos.

Antes de coger el camino que llevaba hacia su casa cambié de opinión.

—Ethan, vamos al hotel. Olvidé algo.

Si Ethan sabía que estaba mintiendo no dijo nada. Se limitó a seguir mi orden.

Capítulo 10

Ares

¡Me he enamorado!

Había leído el mensaje de Sofia cinco veces y aun no me lo podía creer. Reid había conseguido en menos de un día algo que no creía posible.

Estaba feliz por Sofia, aunque tenía dudas porque no había visto a Reid tener la misma reacción a la presencia de ella. Enamorarse era un gran paso hacia la salida de su sufrimiento, pero si eso terminaba con un corazón roto iba a ser peor que antes.

En ningún momento Reid mostró interés por ella, pero ya que estábamos Aurora tampoco me dejó ver que estaría dispuesta a una relación conmigo.

Empezaba a creer que estaba equivocado. Me había convertido en un acosador y eso no era peor. Era uno de esos hombres que piensa que es como un regalo del cielo, un milagro enviado para las mujeres y ellas debían caer a mis pies y jurar sumisión.

Era jodido.

Con Sofia enamorada tenía que buscar otra solución a mi deseo de formar una familia. Un vientre de alquiler no era una mala idea, pero si mi madre lo averiguaba se armaría la tercera guerra mundial.

Tal vez debía probar con un matrimonio de conveniencia.

Acababa de salir de la ducha cuando escuché que llamaban a la puerta. Los vaqueros los tenía a medio abrochar y cogí una camiseta pensando en quién podía visitarme a esta hora.

Seguramente era Sofia.

Llegué a la puerta y antes de abrir abroché el último botón de mis vaqueros. Luego tuve la sorpresa de encontrarme cara a cara con Aurora.

Y, infiernos, la mujer estaba furiosa. Puso las dos manos en mi pecho y empujó y lo hizo con bastante fuerza. Me envió un paso atrás.

—¿Qué diablos pasa contigo? —me gritó.

Después de eso, Aurora me empujó y me golpeó con su hombro en su prisa por entrar en la habitación.

Me giré con ella, cerré la puerta y apenas logré darme la vuelta antes de que ella se girara, se inclinara hacia mí y gritara: —¿Qué diablos pasó con la próxima vez?

¡Joder!

—Aurora —empecé, pero ella levantó una mano y empujó mi pecho con un dedo.

—Dijiste que no me ibas a dejar escapar.

Otro golpe de su dedo. Otra mirada aún más furiosa que la anterior.

—¡Vete al diablo, Ares Karalis, y llévate tus promesas contigo!

Sí, le prometí eso y no cumplí. Hice peor, llevé a otra mujer para engañarla, para mostrarle que yo podía tener a cualquier mujer cuando la verdad era que solo la quería a ella.

Fui un cabrón.

—Ro —susurré.

En un instante ella estaba en mi espacio, en mi cara, su pecho rozando el mío, su hermoso rostro retorcido por la ira, su boca gritando: —¡No me digas Ro, Karalis! ¡Que te jodan!

—Cálmate —insistí y fue un error.

—¡A la mierda con la calma!

Levanté ambas manos hasta su mandíbula, bajé la cabeza para poner mi cara en la de ella y le susurré: —Lo siento. Fui un cabrón. Me dejé llevar por mi ego y fue una estupidez, lo reconozco. Pero, Aurora, mi corazón se aceleraba cuando pensaba en ti, cuando caminaba por la calle y me parecía ver a alguien que se parecía a ti. Y me jodió muchísimo averiguar que tú no sentías nada por mí cuando yo no podía parar de pensar en ti.

La tenía tan cerca que la vi parpadear, la rabia vacilando y comenzando a parecer confundida.

¡Joder! ¿Cómo podía ser tan hermosa?

Y ella estaba tan cerca. Todavía podía sentir su cuerpo contra el mío, su piel suave en mis manos. Podía oler su cabello, algo increíblemente maravilloso y exótico como ella.

Necesitaba quitarle las manos de encima para poder hablar de esto.

No le quité las manos de encima.

—Lo siento —murmuró ella.

Sacudí la cabeza. Ella no había hecho nada.

—Tenía miedo. Tengo miedo —confesó.

—Aurora —empecé, pero no llegué a ninguna parte porque ella agarró mis mejillas entre sus manos. Ambos nos quedamos quietos. Nos miramos a los ojos.

¡Joder!

Ella estaba demasiado cerca.

Y que yo tuviera mis manos sobre ella era una cosa. Que ella tuviera sus manos sobre mí era otra.

—Tenemos que hablar —le dije.

—No, ya no —respondió ella.

Y luego Aurora Kader me besó.

¡Joder!

Por un instante pensé en alejarla de mí, pero en ese momento, la punta de su lengua tocó mis labios, y no tenía nada en mente más que abrir la boca y chupar esa lengua hacia adentro.

La probé, finalmente probé a Aurora.

Cerré mi brazo alrededor de ella, apretándola contra mi cuerpo, la otra mano la deslicé en su suave cabello y la agarré con fuerza, sosteniendo su cabeza firme mientras sacaba su lengua de mi boca, empujaba la mía y reclamaba la de ella.

Aurora hizo un pequeño ruido que sentí en el miembro. Y fue entonces cuando me perdí. Rompí el beso, tomé su mano y la arrastré hasta el dormitorio.

La llevé a mi habitación deseando que fuera en mi casa y no en un hotel. La solté y al instante me quité la camiseta.

Cuando miré a Aurora vi que su chaqueta estaba en el suelo y sus ojos estaban puestos en mi pecho. Medio segundo después tenía los pantalones abiertos y estaba experimentando el alivio de sacar mi dolorida polla mientras la veía bajar la cremallera de sus vaqueros.

Levantó la mirada hacia su rostro sonrojado y vi sus ojos fijos en mi polla, su expresión llena de una necesidad tan extrema que nunca había presenciado algo así.

Bien, entonces... ¡Al diablo!

La levanté y la puse de rodillas en el borde de la cama, de espaldas y le bajé los vaqueros.

Esa necesidad que había visto en sus ojos me quemaba por dentro.

Aurora estaba con los vaqueros alrededor de los muslos, acomodándose con los brazos

metidos debajo de ella contra el edredón, con la cabeza vuelta. Su culo levantado, su bonito culo cubierto por encaje negro fue mi perdición.

Ella era tan hermosa, pero en este momento era la mujer más maravillosa del mundo.

De pie en el borde de la cama alargué la mano hacia la mesita de noche y cogí un condón. Me lo puse, deslicé sus bragas y entré.

—Ares —susurró ella.

Deslizando la cabeza de mi polla a través de su humedad, mi atención en su rostro, mi mente desgarrada, deseando tanto estar dentro de ese coño que su sabor subía por mi garganta.

También quería frenar esto para no hacerle daño.

—Ares, por favor —susurró ella.

¡Joder! No podía resistir.

Deslicé dentro la cabeza de mi polla y mientras ella me rodeaba con fuerza, observé cómo sus ojos se cerraban lentamente y sus labios se separaban, su mejilla se deslizaba sobre el edredón mientras su cabeza se inclinaba hacia atrás.

No.

Ahora esto, esto era una maravilla. Su rostro. La sensación de su elegante cierre a mi alrededor. Todo.

Miré su redondo trasero, la raíz de mi polla era lo único que podía ver mientras el resto estaba incrustado dentro de ella. Mi garganta se apretó y mi pecho se hundió al luchar contra la necesidad de follarla, duro y áspero.

—Ares, yo...

—¡Dios!

Aurora se levantó sobre sus antebrazos y arqueó la espalda.

¡Jesús! Esta mujer me iba a matar.

¡Mierda!

—Por favor —suplicó—. Fóllame.

Mi mente estaba desgarrada, queriendo hacer esto amable y bueno. Ella no era cualquier mujer. Ella era mía para el resto de mi maldita vida. Ella necesitaba cariño, suavidad.

Pero mis caderas respondieron a su súplica. Se alejaron, embistieron, su cabeza voló hacia atrás, ese increíble cabello se fue por todas partes.

—¡Oh, sí! —ella gimió.

Agarré sus caderas y la tomé, jodiéndola, Jesús, sí, joder, sí, follándola rápido, empujándola con fuerza, penetrando profundamente, su coño ondeando alrededor de mi polla, su cuerpo balanceándose hacia el mío.

Deslicé una mano, me incliné hacia ella, buscando su clítoris y Aurora se levantó sobre sus manos, se incorporó hacia mí, con el cabello volando nuevamente, y gritó mi nombre. Su coño era un puño con espasmos alrededor de mi polla.

¡Jesús Cristo!

Ella estaba jodidamente fenomenal.

La follé más rápido y más fuerte.

—Ares —susurró, agitando su cabello para mirarme por encima del hombro.

No pudo contenerme, no lo intenté. Su calor, su suavidad. Mi nombre en sus labios. Era demasiado. Cerré los ojos, me estrellé hasta la raíz, arqueándome hacia ella, y exploté con un rugido sordo.

Enterrado dentro de Aurora.

¡Joder! Finalmente la tenía. La mejor de todas. La mejor que jamás había tenido.

Con los dedos alrededor de sus caderas, me estaba moviendo suavemente recio a salir. Aurora enderezó su cuerpo, su cuello y me miró. Su interior apretado y cálido, aceptando la caricia de mi polla.

—Hola —susurró.

Mis labios dibujaron una sonrisa: —Hola.

—Entonces, bueno, en este momento —comenzó, con voz entrecortada, dulce y ardiente—. Creo que no hace falta decirlo, pero estaba esperando esa próxima vez.

Eso me hizo sonreír mientras me deslizaba dentro, permanecía dentro, observaba cómo su rostro se suavizaba (o más suave) cuando ella lo tomaba todo.

—Lo sé.

Luego me puso serio.

—Pero tenemos que hablar —dije.

Me levanté, me subí los vaqueros hasta las caderas. Luego agarré sus bragas con los vaqueros y se los subí.

—Voy a deshacerme de este condón —le dijo al oído, deslizando los brazos alrededor de ella para abrazarla contra mi pecho —Luego hablaremos.

Ella giró la cabeza para captar mi mirada.

Quizás quería decir algo. Pero no lo hizo porque la besé de nuevo. Sí.

No fue el calor del momento. Fue el beso que llevaba mucho tiempo deseando.

Tenía un sabor cálido, como el de un buen bourbon que se siente en el estómago. Pero mejor.

Esta vez fue lento, dulce. Me tomé el tiempo para explorar su boca y sólo cuando ella se giró para hacerlo más serio lo rompí.

—Condón. Charla —dije, le toqué la nariz con los labios y luego me alejé.

Cuando me encargué del condón y volví a ir al dormitorio, Aurora tenía sus vaqueros abrochados e intentaba abrochar los botones de su camisa. Su cabello estaba de nuevo recogido en una coleta.

—No esperaba que eso sucediera —dije.

Ella permaneció en su espacio, pero inclinó la cabeza hacia un lado y preguntó: —¿No?

—Hubiera querido que fuera diferente. Más lento. Más gentil. Definitivamente quería que durara mucho más.

—A mí me gustó.

La miré fijamente.

—¿En serio?

—No jodas, Ares, ¿quieres decir que no te has dado cuenta? —preguntó.

—Aurora.

—Oh, bueno. Si quieres saberlo, pero recuerda que pensaba llevarme esto a la tumba conmigo. No obstante, puede que tengas razón y esto ha sido un desastre teniendo en cuenta de que mi experiencia sexual se resume a unos pocos minutos bajo mis sábanas con mi fiel amigo Purpley.

—¿Purpley?

No tenía ni puñetera idea por qué estábamos hablando sobre esto. No quería saberlo. Nunca. Mucho menos a tres minutos después de haberla tomado por primera vez.

¡Joder!

—Sí, Purpley. Es de silicona, color morado, de ahí le viene el nombre, ¿sabes?

Diablos, no.

Pero...

—¿Qué estás diciendo, Aurora?

—Ro, por favor —me interrumpió—. Y sí, eso es lo que estoy diciendo.

Exploté.

—¿Y no pensaste que me gustaría saberlo antes? ¡Joder! Te he tomado como...

—¿A quién le importa? Es una experiencia que se quedará para siempre grabada en mi cerebro igual que tu pecho increíblemente asombroso.

—Aurora.

—Y luego tu polla estaba dentro de mí y follas mucho mejor que Purpley. Y luego...

Había estado cerca, pero no tan cerca así que la atraje en mis brazos. Aurora deslizó sus brazos sobre mis hombros.

Ella me sonrió. Esta mujer era asombrosa. Era atrevida, dulce, satisfecha. Movié una mano para frotar el dorso de sus dedos a lo largo de mi mandíbula, un toque que sentí calentar mi pecho.

—Fui un idiota.

Aurora me sonrió mientras se presionaba contra mí.

No quería soltarla. Si fuera por mí nunca la dejaría abandonar mis brazos, nos quedaríamos a vivir aquí, justo en esta habitación de hotel. Pero teníamos que hablar, así que regresamos al salón donde ella fue la primera en alejarse.

Caminó hasta el sofá, se sentó y dijo: —Sofia.

—Es mi amiga, ya te lo he dicho.

—¿Y por qué quieres tener un hijo con ella? —preguntó.

Todo mi cuerpo se tensó y me quedé allí mirándola. ¿Cómo sabía ella sobre eso? No lo había hablado con nadie, solo con Sofia y por muy enamorada que estuviera ella no traicionaría mi confianza.

Luego obligué a mi cuerpo a relajarse y pregunté: —¿Cómo lo sabes?

—Os escuché en el jardín.

Caminé hasta el sofá y me senté deslizando el brazo sobre el respaldo. Aurora estaba un poco tensa y no se relajó así que no insistí.

—No me tomé bien tu rechazo e invité a Sofia a la boda. Me di cuenta de que lo que quiero es una familia, hijos y ella parecía la mejor solución. Luego me explicó y me hizo entender porque nunca hubiera funcionado, pero eso es otra historia.

—Quieres hijos —dijo ella.

—¿Tú no?

Aurora se encogió de hombros y luego se acercó, pasó su mano por mi mandíbula.

—No sé qué quiero, Ares. Pensaba que no quería verte, que lo mejor sería tenerte en otro continente, pero como acabamos de ver los dos, eso era mentira. Quiero intentarlo y si eso nos lleva hacia el matrimonio entonces bien. Y si no, pues no sé.

—Está pasando —dije.

Sus ojos se agrandaron un poco antes de que se suavizaran.

Una canción empezó en alguna parte de la habitación y Ro pasó sus dedos sobre mi mejilla.

Ro sonaba bien, pero Aurora le sentaba como si hubieran creado el nombre para ella.

—Bella me espera —explicó.

—Ok.

Pero no se movió.

—¿Te importa mantener el secreto por unos días? Mi familia se va a volver loca y no es lo que quiero en este momento. Es la boda de Bella y ella debería ser el centro de atención.

—Sin problemas —dije y ella movió sus manos hacia mi cuello y me apretó con fuerza.

Me miró, su corazón en sus ojos, y juraría que ella no tenía idea de que sus sentimientos se reflejaban allí. No me lo esperaba, pero era lo más bonito que había visto en mi vida, algo que no sabía que necesitaba más que mi siguiente respiración.

Deslicé mis manos en su cabello y la besé. Un beso que se convirtió en otro y luego en otro. A cabo de quince minutos pudo levantarse y regresar con su hermana.

¡Joder!

Lo había hecho.

Aurora Kader era mía.

Ahora era yo el que sentía miedo porque, maldita sea, su padre no iba a tomárselo bien. Tomaso me contó en detalle la conversación que tuvieron los dos, mejor dicho, el monologo en el que Namir le explicó que le iba a suceder si le rompía el corazón a su hija.

Me gustaba Aurora, más que cualquier mujer que haya conocido en mi vida. Pero no estaba preparado para jurarle amor eterno, no si tenía que vivir con un hacha colgando sobre mi cabeza.

El amor verdadero y duradero era algo que actualmente pocas parejas conocían, la mayoría de la edad de mis padres. De mis amigos solo había una pareja que llevaba cinco años casados. Los demás habían pasado por diferentes situaciones.

Unos se comprometieron y rompieron dos días antes de la boda. Otros se casaron y no aguantaron ni siquiera un año. Hubo de todo, desde infidelidad hasta engaños de tipo económico.

El amor se había convertido en algo tan raro como un unicornio rosa.

No obstante, Aurora Kader me amaba. Lo había visto en sus ojos.

Era la primera vez que alguien me amaba.

Tuve mis relaciones, pero ninguna seria y los te quiero que había escuchado eran más falsos que un diamante en un mercadillo.

El amor de Aurora era precioso.

Esperaba no romper su corazón.

Capítulo 11

Aurora

Mantener el secreto de lo mío con Ares era buena idea, pero me duró menos de treinta minutos. Llegué a casa de mis padres y Bella me esperaba en mi habitación. No tuve tiempo de arreglar ni mi cabello ni el maquillaje.

—¡Oh, Ro! Lo hiciste —exclamó Bella.

A veces tener una hermana gemela era un dolor en el trasero.

—¡Shh! ¿Quieres darle un infarto a papá la noche antes de tu boda?

Bella se levantó de mi cama y cerró la puerta. Las habitaciones de mis padres estaban en el otro ala y no podían escucharnos de todos modos.

—Ahora. Habla.

No podía mentir a mi hermana y especialmente no el día antes de su boda, pero podía retrasar el momento.

—¿Puedo, al menos, tomar una ducha antes? —pregunté.

—Ok, pero si no has vuelto en quince minutos entraré, me sentaré en la bañera y tú me contarás todo lo que quiero saber —declaró Bella.

Me di la vuelta y caminé hasta el cuarto de baño donde no necesité un cuarto de hora. La parte mala es que mi querida hermana seguía despierta en mi cama. Y no solo eso, había tenido tiempo a bajar a la cocina a por una botella de champán.

Me ofreció una copa diciendo: —Un brindis por...

—¡No! —exclamé—. ¡Infiernos, Bella! No lo digas, por favor.

—Ok, pero que sepas que este es uno de los momentos más importantes de la vida de una mujer. Si el hombre la trató bien, si se sintió bien o mal, si fue bueno con su boca o si tenía las medidas correctas.

—Bella, maldición, no vamos a hablar de esto —espeté.

Luego me tomé la mitad de la copa de champán.

No podía hacer esto, ni siquiera con mi hermana. Lo que había sucedido en la habitación de hotel de Ares era nuevo y no hubo tiempo suficiente para analizarlo todo. Había tanto que considerar.

¿Éramos novios? ¿Cuándo nos íbamos a ver? ¿Éramos exclusivos?

—¿Por qué no?

—No lo sé, porque es privado, ¿no crees? —dije.

—Eres mi hermana, estuvimos juntas durante nueve meses en el vientre de nuestra madre. Creo que podemos hablar sobre sexo. Además, puedes preguntarme lo que quieras sobre Tomaso y te lo diré.

—¡Oh, no! Vete a tu habitación a dormir porque si no tu Tomaso estará esperando a su novia durante mucho rato. Durante una eternidad, de hecho, porque te voy a matar —amenacé.

—Vamos, Ro, dime por lo menos si besa bien. ¿Te dejó con las piernas temblando?

—¡Sí! ¿Vale? Sí. Besa tan bien que ni siquiera podía recordar mi nombre. Me trató bien, ¿vale? Tan bien que aun puedo sentir sus manos sobre mí. Tan bien que no sé si podré dejar a otro hombre tocarme. Lo quiero a él y solo a él. ¿Estás feliz ahora?

Su sonrisa decía que sí. Sonrisa de oreja a oreja.

Me dejé caer a su lado en la cama y ahí tumbada en la que había sido mi cama desde que tenía trece años cogí la mano de mi hermana y la apreté. Luego dije en voz baja: —Tengo miedo, Bella. ¿Y si no soy la mujer que él cree que soy? ¿Y si sale mal? ¿Y si me hace sufrir?

—¿Y sí él no es el hombre para ti? —dijo Bella—. Esa es la pregunta, Ro, la que de verdad importa. ¿Es Ares el hombre adecuado para ti? Piensa en el amor de papá, en cómo ha tratado a mamá durante toda su vida. Si Ares no te trata igual entonces no vale la pena.

Ya.

De eso no le había hablado a Bella. Nunca encontré el momento adecuado y la noche antes de su boda tampoco lo era.

—Lo tendré en cuenta —dije y luego, sin mirar a mi hermana a los ojos le pregunté si estaba nerviosa.

Dijo que no, aunque dos minutos después dijo que sí. Nos quedamos hasta la dos de la madrugada hablando que es cuando me fui al cuarto de baño. Al regresar encontré a Bella dormida.

Me metí en la cama, apagué las luces e intenté dormir.

Iba a perder a mi hermana. No del todo, pero ya será lo mismo. No podré llamar y pedirle que vaya conmigo de viaje o de compras porque deberá tener en cuenta a su marido. Quién sabe si podrá venir porque tendrá un bebé o dos.

La vida iba a cambiar y era normal, pero costaba acostumbrarse.

La parte buena era que mientras lo hacía podía entretenerme con Ares.

Solo el universo sabía lo que me esperaba con este hombre.

∞∞∞∞

A las seis de la mañana nos despertó mi madre o algo así porque abrí los ojos y la encontré sentada en el sillón tomando café y mirándonos pensativa.

Bueno, por lo menos no era la única que sentía un nudo en la garganta por la boda de Bella.

—Tenéis media hora para ducha y desayuno —dijo y luego se marchó de la habitación, pero no sin darnos un beso en la frente a las dos.

—Me siento como si tuviera seis años —declaró Bella.

Luego ella también se marchó y yo me fui a duchar. Con el cabello mojado bajé al desayunar y dos segundos antes de entrar en el comedor mi móvil vibró. Eran las seis y veinte y a pesar de haberlo dejado todo arreglado con la organizadora de boda estaba segura de que ese mensaje era sobre algún problema.

Estaba equivocada.

Ares: ¡Buenos días, Aurora! ¿Has dormido bien?

¿Qué diablos?

Metí el móvil en el bolsillo de mi vestido camisero y entré en el comedor donde mis padres y Bella ya estaban desayunado. Me llené una taza de café y me senté a la mesa. Un tiempo después, dos o doce minutos después me di cuenta de que nadie estaba hablando.

Levanté la mirada y vi que todos estaba muy pendientes de mí. Mi madre me miraba preocupada, Bella asombrada y mi padre triste.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada, hija, nada —respondió mi padre.

Pero Bella dijo: —No has saludado a papá.

—Ah, perdón, tengo muchas cosas en la cabeza.

Era una mentira a medias, estaba pensando en la boda, en Ares, pero también estaba el hecho de que algo había cambiado en la relación que tenía con mi padre. Algo se había roto ese día y no había sido posible repararlo.

Bella continuó mirándome como si estuviera esperando abrir la boca y decir la verdad. No lo hice. En cambio, repetí el programa para hoy para no tener problemas. Eso los mantuvo ocupados a todos.

Las peluqueras y maquilladoras llegaron cuando ni siquiera había terminado mi primera taza de café. Y mientras me dejaba peinar miré de nuevo el mensaje de Ares.

Me parecía tonto contestarle. No sé.

La peluquera se fue y me quedé en mi habitación esperando a la maquiladora. Ni siquiera levanté la mirada cuando abrieron la puerta. Lo hice poco después cuando vi una mano poniendo una taza de café sobre mi tocador.

Levanté la mirada despacio, de la mano arriba por el brazo hacia el hombro, luego hacia el rostro de Ares.

—Bella dijo que sin tu dosis de cafeína te conviertes en un monstruo —dijo.

Era verdad, pero mi hermana no tenía por qué compartir eso con Ares.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Aprovechando un recado de Tomaso para robarte un beso —dijo inclinándose hacia mí. En cinco segundos tenía su mano en mi nuca y su boca sobre la mía.

El beso que me robó fue húmedo, duro y muy corto.

Estaba agradecida de estar sentada en la silla porque cuando separó nuestras bocas yo ya no tenía músculos. Yo era una masa gelatinosa que lo único que podía hacer era mirar a Ares y asombrarse de lo guapo que era. Y de lo bueno que era besando.

Deslizó su mano de mi nuca hasta mis labios donde sus dedos se quedaron mientras Ares me miraba a los ojos.

—Vendré a darte un beso cada vez que no me contestas a los mensajes —declaró.

Asentí.

Ares sonrió.

—Deberías decir que vas a contestar.

—Sí, claro. ¿Y perderme tus besos? —espeté.

La maquiladora eligió justo ese momento para llegar y Ares se fue murmurando: —Te veré luego.

Para ese luego faltaban dos horas, cuarenta y ocho minutos.

Esperé paciente para que terminaran mi maquillaje y después me puse el vestido blanco. Eh, sí. Bella había elegido blanco para su boda. Las invitadas debían venir de blanco, largo o corto, y los invitados de negro, traje o esmoquin.

Yo misma podía pasar por novia y viéndome en el espejo dudé de la brillantez de esta idea. Claro, toda la familia nos conocía y nos podían distinguir, pero no estaba yo tan segura de Tomaso.

¿Y si me veía caminando hacia el altar y pensaba que yo era Bella?

Menudo problema, pero era demasiado tarde para cambiar algo. No obstante, cuando me fui a la habitación de Bella entendí que me había preocupado por nada.

El recado de Ares era un regalo de Tomaso para Bella. Una diadema de esmeraldas que había pertenecido a su bisabuela y que él dijo que le gustaría que Bella llevara.

Bella aceptó en un abrir y cerrar de ojos y tengo que admitir que iba a la perfección con su vestido. Era sencillo, un blanco, de corte sirena y con escote corazón palabra de honor. Tenía unos pequeños detalles de encaje en la parte de atrás y unos botones que iban a ser una pesadilla abrochar.

Pero era Bella. Totalmente el vestido perfecto para ella.

Y la boda fue perfecta. O por lo menos lo que pude ver porque desde el momento en el que empecé a caminar con mi ramo de dama de honor no pude apartar la mirada de Ares. Estaba al lado de Tomaso al que yo le eché un vistazo de un segundo antes de mirar hacia el hombre que era mi novio.

¿No? Ares era mi novio, ¿verdad?

Aparté la mirada para ver caminar a Bella acompañada por mi padre. Ella brillaba. Su sonrisa era más grande que el Gran Cañón igualado por el amor con el que miraba a su futuro marido.

Mi padre se veía muy orgulloso y feliz.

Luego la ceremonia fue un momento borroso para mí porque Ares me mantuvo hipnotizada con su mirada. Para cuando Bella y Tomaso fueron declarados marido y mujer conseguí despertar un poco del hechizo bajo el que había caído.

No obstante, sonreí como una boba cuando Ares me ofreció su brazo para poder seguir a los novios. Si hubiera prestado un poco de atención ya me habría dado cuenta de que lo mío con Ares ya no era un secreto para nadie y nadie tenía la culpa.

Solo yo porque no era capaz de controlarme.

Tampoco lo fui después de la sesión de fotos cuando Ares me atrapó en una esquina oscura y me besó hasta que gemí su nombre, suplicando más que besos.

—¿Vas a pasar la noche conmigo? —preguntó mordisqueando el lóbulo de mi oreja.

—Sí —susurré sin dudar.

—Bien.

Ares sonrió y después de acomodar un mechón de mi cabello detrás de la oreja me cogió la mano y nos dirigimos hacia el salón. Me soltó cuando nos acercamos, aunque hubiera sido difícil que alguien notara nuestras manos juntas a través de mi voluminosa falda.

Incluso se quedó para charlar con su padre fuera y entré sola. Busqué mi mesa que por lo que recordaba estaba a dos pasos de la mesa principal. Yo me encargué de sentarlos a todos en la mesa y ya sabía que me tocaba comer con mis padres y los Karalis.

No obstante, alguien lo había jodido. La mesa de cinco personas había crecido de la noche a la mañana y ahora era de ocho personas. Y obviamente, eché un vistazo a los cartelitos con los nombres.

A la derecha tenía a Helena y a la izquierda a Ares. Luego estaba Reid y Sofia, Nicolas, mi madre y mi padre.

Prometí venganza, pero sabía que no la iba a llevar a cabo porque la única persona que podía haber hecho el cambio era Bella. Y era su boda, solo por eso obtenía el perdón instantáneo.

Reid fue el primero en llegar a la mesa y se sentó. Me sonrió de una manera que me hizo fruncir el ceño. También entendí que algo no estaba bien.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —respondió Reid y sabía que me estaba mintiendo.

Por desgracia, llegaron mis padres y los Karalis y no pude obligar a mi primo a decirme la verdad. Ares se sentó a mi lado, Helena al otro y charlé un poco con ella sobre la boda. Luego empezaron a servir la comida y una silla de nuestra mesa seguía vacía.

Me giré hacia Ares y le pregunté en voz baja: —¿Y Sofia?

—No lo sé, no contesta a su móvil.

Se veía preocupado y me preocupé yo también al recordar el comportamiento extraño de Reid. Algo había pasado.

—Voy a buscarla —dijo Ares.

—No —susurré, poniendo la mano sobre su rodilla—. Voy yo y te llamaré si hay algún problema.

Su rostro se oscureció.

—¿Qué problema?

—No sé, se lo podría haber enganchado el vestido en algo e intenta arreglarlo. O necesita un producto de higiene. Cosas de mujeres, Ares.

Esperaba de todo mi corazón que tuviera razón.

Me levanté e intenté caminar despacio hacia la salida del salón. Ethan ya me esperaba detrás de la puerta.

—El aseo de la segunda planta —dijo.

La seguridad no era un problema para nosotros. La privacidad era un cuento para niños, o sea, inexistente. En el momento en el que me levanté de la mesa le mandé un mensaje a Ethan y había tardado menos de un minuto en averiguar su paradero.

No sabía lo que me esperaba arriba y pensaba, deseaba de todo el corazón, que no fuera nada malo.

Pero estaba equivocada.

Abrí la puerta y la escuché. El llanto, los sollozos. Nunca en mi vida había escuchado a alguien llorar de esta manera. Con tanto dolor, con tanta desesperación.

—Sofia —murmuré delante del cubículo.

Me escuchó, pero no me contestó así que abrí la puerta porque el cerrojo no estaba echado.

Una de las cosas que más me gustaba de Hakar era que de verdad le importaba la comodidad de las personas. Los aseos en resto del mundo eran espacios pequeños con un inodoro y a veces ni siquiera tenían un gancho para colgar el bolso.

Aquí eran grandes. El inodoro al fondo con un pequeño lavabo al lado (y había más fuera, con un gran espejo y secadores y toallas para las manos) y en una esquina había un sillón. Ni grande ni pequeño, lo suficiente como para descansar o para tomar un respiro del mundo exterior.

Y ahí estaba Sofia. Sentada en el sillón, los pies sin zapatos en el asiento y las manos rodeando sus piernas. La cabeza la tenía sobre las rodillas y su cabello que antes estaba recogido en un mono ahora estaba cayendo sobre su rostro.

—Sofia, ¿cómo puedo ayudarte? —pregunté.

Se asustó y levantando la cabeza pude ver su maquillaje echado a perder, pero eso no era peor. ¡Joder! Si Reid era culpable de lo que veía en su rostro yo misma iba a romperle la cabeza.

—Lo siento, no quería asustarte, pero dime lo que puedo hacer.

Ella sacudió la cabeza.

—No hay nada imposible, Sofia, no para mí. Dímelo —insistí.

—Quiero morir —dijo ella y tuve que apoyarme en la pared porque mis piernas cedieron. Sofia era joven. Guapa y lista.

—¿Por qué? —pregunté.

Su silencio duró tanto que pensaba que no me iba a contestar, pero al final lo hizo.

—¿Sabes qué los niños, todos los niños del mundo tienen sueños, tienen deseos? Juguetes nuevos, vacaciones, quieren ser doctores o astronautas. Algunos nunca lo consiguen y otros trabajan duro para cumplirlos. Yo nunca he tenido un sueño, siempre he tenido lo que he querido. Padres adinerados y cariñosos, lo tenía todo hasta que mi padre falleció y mi madre volvió a casarse. El hijo del marido de mi madre, mi hermanastro, me hacía sentir incomoda con sus miradas, pero pensaba que eran imaginaciones mías. Yo tenía diecisiete años y él quince, creía que era un enamoramiento tonto hasta que un día me encerró en el sótano y abusó de mí. Sí, ese chico delgado y debilucho que era el saco de boxeo de todos los chicos del instituto.

Sofía hablaba sin apartar la mirada de mí y aguanté las ganas de llorar porque ella no necesitaba mis lágrimas ahora.

—Estuve ahí durante una semana entera mientras mi madre estaba arriba viviendo su vida como si nada. Él había cogido mi móvil y le había enviado un mensaje diciendo que me iba con unas amigas de vacaciones. Si no hubiera sido por Ares que notó algo extraño en mis mensajes aun estaría ahí o quien sabe, tal vez estaría muerta. Y desde ese momento tuve un solo sueño. Morir. No pasa. Por alguna maldita, estúpida razón, Dios me mantiene aquí, reviviendo cada día, cada minuto los horrores sufridos. Suicidarme sería la solución, ¿no? Pues no, porque esa semana de torturas sería nada en comparación con una eternidad en el infierno. Intenté salir de noche solo para ver si alguien me haría el favor de matarme. Pasa todo el tiempo, ¿no? Un robo que sale mal, un accidente, pero no. Aquí sigo años después, cada noche yéndome a dormir deseando, rezando morir porque por dentro yo ya estoy muerta.

No tenía nada que decir. ¿Lo siento? No le servía de nada. ¿Cumplir su sueño? No, no podía.

—Luego Ares me invitó a la boda porque Tomaso ya sabía que no iba a venir, pero le debo una a Ares, ¿sabes? Y conocí a Reid. Por primera vez en mucho tiempo no pensé en morir. No entré en una habitación buscando lo que tenía la mejor posibilidad de acabar con mi vida, una barandilla pequeña, una terraza donde un paso equivocado podía hacerme caer metros abajo. Mi corazón empezó a latir de nuevo, el cielo es azul, el sol brilla y el aire que entra en mis pulmones ya no me hace daño. Vivo de nuevo.

—Eso es bueno, Sofía —susurré.

—No —dijo ella, las lágrimas apareciendo nuevamente en sus ojos—. No es bueno porque Reid no quiere nada conmigo.

Oh.

—Yo...

—¿Y sabes qué hice? Me lancé. Dije al diablo con todo, me gusta y aunque no me ha dado ninguna señal de que siente lo mismo no iba a ser tan mal, ¿no? No soy fea ni nada. Sucia, estropeada, maldita, pero eso es mi interior. Él no lo puede ver o eso pensaba yo. Lo ha visto y ha dicho diablos no, no quiero nada con esta mujer. Y lo que es jodido es que lo entiendo, ¿qué hombre tocaría una mujer como yo?

Me alejé de la pared y caminé hasta ella, luego me agaché delante y le cogí la mano.

—Sofía, nada es imposible. No puedo cumplir tu deseo de morir porque sé que algún día encontraras la alegría de vivir, pero mientras tanto puedo prometer que Reid lo va a pagar —dije.

—¿Qué? No, por Dios, no quiero eso —exclamó ella.

—Sí, Sofía, ¿y sabes por qué? Porque incluso un ciego puede ver el sufrimiento en tus ojos igual que cualquiera pudo ver lo que estabas empezando a sentir por Reid. El muy estúpido también lo vio y no hizo nada. Debería haber hecho algo para ahorrarte este sufrimiento.

—No, Aurora, lo que yo quiero es...

—Justicia —dije poniéndome de pie—. Y la vas a obtener. Es mi primo, pero debe aprender a cuidar a las mujeres. Además, después de acabar con él le voy a contar a su madre lo que hizo, ya verás la diversión.

Le sonreí antes de salir del cubículo y sentí su mano sobre mi brazo antes de dar dos pasos fuera.

—No puedes decir nada. Por favor, no —suplicó.

—Lo sabrán, Sofia, lo sabes, ¿no? Saldrás ahí fuera, te mirarán a la cara y lo sabrán. Tal vez todos no, pero Ares, Helena. Ellos lo sabrán. Mi familia también y créeme, harán todo lo posible para averiguar lo que te ha pasado para poder ayudarte.

—Entonces no pueden saberlo —dijo apresurándose hacia los espejos. Vertió todo el contenido de su bolso y empezó a arreglar su maquillaje.

Sus manos estaban temblando y me acerqué a ella. Le cogí el pañuelo de la mano y después de girar su cabeza hacia mi empecé a limpiar su máscara.

Mi móvil vibró algún tiempo después, cuando ni siquiera iba por la mitad de lo que iba a ser un retoque milagro del maquillaje.

Vibró una vez, luego dos y tres.

—Qué hombre más impaciente —murmuré.

—¿Ares? Es el más impaciente, pero tú lo tienes arrodillado a tus pies —dijo Sofia.

—Ah, ¿sí? Cuéntame más —pedí mientras les enviaba una respuesta a los cinco mensajes de Ares.

Ro: Emergencia femenina.

Lo más divertido de lo que me contó Sofia fueron todos los idillos (los que duraron más de tres días) de Ares del instituto, luego los de la universidad e íbamos por los últimos tres años cuando terminé el retoque.

Si la mirabas de cerca o si la conocías bien entonces te darías cuenta en un segundo de que ella había llorado.

—Listo —declaré.

Sofia se miró en el espejo y suspiró.

—Gracias, Aurora.

—Gracias no, me debes la última parte de la vida amorosa de Ares Karalis —dije.

Sofia me sonrió y continuó con la historia. Cuando regresamos a la mesa seguía sonriendo e intentó no mirar hacia Reid. Ares se levantó no sé para qué, pero aproveché que le estaba preguntando a Sofia si estaba bien, para cambiar los cartelitos de los nombres. Puse el de Sofia en mi lugar, entre Helena y Ares.

Luego me senté al lado de mi querido, muy pronto en mucho sufrimiento primo, Reid.

—No —gruñó él en cuanto cogí la servilleta para colocarla en mi regazo.

Lo ignoré.

—Ro, no te metas en esto porque no sabes lo que ha ocurrido —dijo Reid.

—¿Ha ocurrido algo?

Me concentré en mi plato de comida que un camarero acababa de colocar en la mesa, pensando con qué debería empezar. Tenía una manía de comer los alimentos en una orden específica, desde el que menos me gustaba al que más.

—Ro, te advierto —gruñó Reid.

Giré la cabeza lentamente hacia él y lo miré. Solo eso. Reid no era tonto, nos conocíamos de toda la vida y sabía de qué era capaz. Sabía que era lo que más odiaba en el mundo.

—¡Joder! —dijo entre dientes.

Esa era la manera de advertir a una persona. A veces una mirada era más poderosa que mil palabras.

Disfruté de mi comida y conversé con Nicolas sobre tonterías sin sentido. La mirada de él iba de mí a Sofia y Ares. Había prometido no decir nada, pero tenía que hacerlos.

—Sofia estará bien —dije en voz baja.

Nicolas me miró sorprendido, pero después de unos segundos me sonrió.

—Eres una mujer extraordinaria, Ro.

Acepté su halago con una sonrisa.

La comida terminó y todos se levantaron para pasar al salón de baile. Reid desapareció sin decir una palabra lo que me parecía muy bien ya que no sabía si podía aguantar las ganas de romperle la cabeza.

Vi a Sofia alejarse con Nicolas y Helena lo que también me parecía perfecto porque necesitaba un minuto o dos para poner mi plan en marcha. No obstante, se me había olvidado algo.

Ares.

—¿Emergencia? —preguntó.

—Eh, sí. Ya sabes —dije sonriendo.

Eso solía funcionar con mi padre, mi hermano y cualquiera de mis primos, pero falló con Ares.

—Ro —gruñó él.

—¡Diablos! ¿Qué os pasa a todos hoy? Soy una mujer que puede y va a hacer lo que le da la gana. Si te digo que tuvimos una emergencia es que la tuvimos y ya —espeté.

—Sofia no tiene... ¡Maldita sea! —exclamó Ares.

Y entonces él se dio la vuelta y se dirigió hacia la terraza.

—Pero... ¿será idiota? —murmuré viéndolo salir.

Vale, ya que no le había podido gritar a Reid iba a aprovechar la furia y decirle a Ares lo que pensaba de darme la espalda y dejarme con las palabras en la boca.

¡Hombres! Ya decían mis tías, solo traían problemas.

Capítulo 12

Ares

—¿Me puedes decir qué diablos te pasa? —gritó Aurora.

Esta mujer gritaba mucho cuando estaba nerviosa y eso era algo que no podía decir que me molestaba mucho. Era guapa siempre, pero verla enfurecida me daba ganas de besarla hasta hacerle olvidar su nombre y la razón de su enfado.

Aunque, ahora no, ahora la necesitaba lejos de mi porque los recuerdos volvían y me iban a dejar jodido.

—Necesito un momento, Ro —dije.

En el jardín no había nadie, obviamente, porque todos estaban dentro esperando el primer baile de Bella y Tomaso.

—¿Y por qué no hablamos de lo que yo necesito? —preguntó ella y como yo había seguido el camino sin parar, ella me agarró del brazo y más o menos me forzó a hacerlo.

Me di la vuelta y deslicé una mano alrededor de su cintura, la otra en su cabello y la empujé hacia un gran árbol. La presioné contra el tronco e ignoré su gemido de dolor. Ignoré. Me culpé por ello. Me maldije.

—Una semana encerrada en la oscuridad, sin asearse, sin comer, sufriendo abusos a diario. Lo primero que me viene a la mente cuando pienso en ese momento es el olor, no te puedes imaginar lo horrible que era, como se me quedó grabado en la mente. Bajé las escaleras pensando que iba a encontrar un perro muerto o algo parecido, pero la vi en la cama, Ro. La vi y pensé que estaba muerta. Su cuerpo desnudo, maltratado, cortado, golpeado, hinchado por moretones. ¿Necesitas eso? ¿Necesitas estar cerca de mi mientras recuerdo el peor momento de la vida de Sofia? ¿Lo necesitas, Ro? —pregunté.

No se sobresaltó, su expresión no cambió, ni siquiera parpadeó. Lo que apareció en sus ojos fue una tristeza infinita y una furia aún más intensa que la de antes.

—Necesito su nombre —dijo.

La miré frunciendo el ceño, pero sacudí la cabeza. Lo que le había pasado a Sofía no era de conocimiento público. Pagamos a todas las cadenas y a todos los periodistas de la ciudad para que se asegurarnos de que lo ocurrido fuera un secreto.

La ficha del hospital era privada, la policial estaba enterrada bajo montones de otras fichas y solo accesible a los mandos de arriba. El juicio se celebró antes de que Sofia tuviera tiempo de recuperarse de las heridas.

—Puedo averiguarlo —dijo Aurora.

—Está pagando por lo que le hizo.

—Déjame adivinar, ¿está pagando por su crimen en una celda viendo sus series favoritas, haciendo deporte y comiendo tres comidas al día? ¿A eso lo llamas tú pagar? No he visto a Sofia en ese momento como tú, pero he visto sus ojos y déjame decirte que no habrá día o minuto de su vida en la que no piense en lo que sufrió. Vivirá mejor sabiendo que él ha pagado el precio justo.

—¿Y cuál es ese, Ro? Fue condenado a cuarenta años que es el máximo que podían darle.

—¿Qué harías si fuera tu hija? Piensa en ello, Ares, piensa y luego ven a buscarme y

dime si es justo —espetó ella.

Luego puso las manos sorbe mi pecho y empujó. Un segundo después caminaba hacia las puertas de la terraza.

—¡Jesús! —gruñí.

Esta mujer iba a matarme, pero no, no me estaba quejando.

Razón no le faltaba. Si fuera hija mía nada sería suficiente. Después de dejar a Sofia en las manos de los médicos que intentaban salvarle la vida fui a buscar a su hermanastro. Lo encontré y después de acabar con él llamé la policía. Luego ellos llamaron a una ambulancia y los médicos trataron de salvar su miserable vida.

Deberían haber intentado menos.

Había llorado. Me había suplicado perdón.

Infiernos, ni siquiera podía ser suficientemente hombre y asumir sus acciones. Que Sofia lo había tentado con sus faldas pequeñas y sus sonrisas, con andar por casa con su pijama corto.

Odiaba los hombres y las mujeres que les echaban la culpa a las víctimas.

Ah, si no hubiera salido, bebido y bailado con él... ¿qué podía hacer el pobre hombre si ella lo había calentado?

Patéticos.

El mundo debería ser seguro para las mujeres. Ellas deberían salir a la calle con falda corta, midi o larga y saber que nada les iba a pasar. Ellas deberían estar en sus propias casas con camisón corto y saber que estaban a salvo, que los hombres de su familia no pensarán en ellas de esa manera.

No pude dormir durante semanas. En cuanto cerraba los ojos recordaba lo que había visto. Ni siquiera podía imaginar lo que había sufrido Sofia, lo que le esperaba en el futuro si quería ser madre.

Los daños internos que sufrió fueron graves, tanto que ella no podía tener hijos. Su única opción era la fertilización in vitro. Eso si lo quería llevar ella y si estaba preparada para la cesárea porque un parto natural era imposible.

Tuve la brillante idea de tener un hijo con ella porque, obviamente, mi mente estaba nublada por Aurora. No pensé detenidamente en lo que le pedía. Creía que tal vez un bebé le traería de vuelta la alegría de vivir.

También pensé lo mismo al verla con Reid. Era casi la misma Sofia de antes, pero por desgracia, no duró mucho. Me gustaría saber qué diablos había pasado e iba a averiguarlo. Sofia dijo que nada. Aurora me mintió.

Mi única opción era Reid, pero tenía que esperar hasta después de la boda porque estaba seguro de que no iba a darme las respuestas que necesitaba si se los pedía amablemente. No estaba dispuesto a arruinar la boda de mi mejor amigo con darle una paliza al primo de su esposa.

Regresé dentro donde Tomaso estaba girando a su nueva esposa en sus brazos. Por lo menos alguien se lo estaba pasando bien. Sofia no se veía por ninguna parte, pero encontré a Aurora con una de sus primas cuyo nombre se me escapaba en ese momento.

La verdad es que solía pensar que se me daba bien recordar los nombres y los rostros de las personas que conocía. Era mentira. Esta familia tenía tantos miembros que necesitaría una semana entera para leer sus nombres si alguien me hiciera el favor de ponerlos en un libro con una foto al lado y con el grado de relación al otro.

—Lo quiero hecho ahora —decía Aurora.

Su prima me vio y la avisó. Aurora se dio la vuelta enseguida y me miró desafiante, pero

no dijo nada y su conversación continuó como si yo no estuviera ahí.

—Ro, tendrás que hablar con Reid sobre esto —dijo la prima.

—¿Qué tiene que ver Reid con esto? —preguntó Aurora.

—Me lo ha pedido primero. Habla con él y luego me dices porque yo ahora tengo que buscar a mi marido que me ha prometido un baile.

La prima se marchó y Aurora la siguió con la mirada hasta que desapareció entre los invitados.

—¿Qué sabes sobre Reid y Sofia? —me preguntó ella como si no se hubiera marchado del jardín odiándome y deseando verme muerto.

—No mucho, pero si tuviera que adivinar diría que ella dio el primer paso y que él no está al bordo.

—Ya, pero entonces no tiene sentido —murmuró ella—. ¿Por qué mandarías a alguien para acabar con el hombre que le ha hecho daño a la mujer que no te interesa?

—¿Perdona?

Aurora se acercó y enganchó su brazo con el mío. Luego se inclinó y me susurró al oído: —No puedo explicártelo porque entonces tendrás que estar bajo la vigilancia de mi familia para asegurarnos de que no vas a hablar de ello.

—Claro que sí, Aurora, porque los Kader son mafiosos que van por el mundo rompiendo piernas y matando a gente que está en la cárcel porque no están contentos con el castigo que ha decidido un juez.

Su silencio dijo mucho. O sea, lo que yo acababa de decir en broma era de todo menos divertido.

—¡Joder, Aurora! ¿Van a matar a Rick?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quieres bailar? —preguntó sonriendo.

Y sí, su sonrisa casi me hizo olvidar que estábamos hablando sobre asesinato. Casi.

—¿Me vas a decir la verdad?

—No puedo, si fueras parte de la familia sí, pero como no lo eres...

—Mi mejor amigo se ha casado con tu hermana. Si eso no es familia no sé qué es —murmuré.

—Haremos un trato, ¿quieres? Si Sofia se casa con Reid te lo diré.

—¿Y sí no?

—Pues entonces tendrás una última oportunidad para averiguar la verdad —dijo Aurora.

Luego se inclinó y con los labios pegados a mi oído susurró: —Casarte conmigo.

Ya no sonreía cuando me miró. Yo tampoco sonreía porque esas dos palabras me hicieron entender que era capaz de hacerlo ahora.

Ahora mismo.

No tenía dudas.

¡Joder!

Llevaría a Aurora Kader delante de un sacerdote en un abrir y cerrar los ojos. Tendría mi anillo en su dedo, mi bebé en su vientre y a ella a mi lado por el resto de mi vida.

¡Sí, maldita sea, sí!

—Ares —murmuró ella.

—No tengo un anillo, pero prepárate —le dije.

Luego la llevé a bailar.

Capítulo 13

Sofia

¿Por qué no me había quedado en casa?

Bueno, sabía la respuesta a la pregunta. Porque oficialmente le debía la vida a Ares. En el fondo lo odiaba por salvarme.

¿Qué sentido tenía mi vida? ¿Recordar esa semana día y noche, cada minuto, cada hora? ¿Recordar cada acto atroz que había sufrido?

También odiaba a mi abuela que era la creyente en mi familia, la que me había llevado a la iglesia cada domingo. Iba y me sentaba ahí en el banco fingiendo escuchar al cura mientras mi mente vagaba por lo que fuera interesante en mi vida en ese momento.

Libros, dramas escolares, novios, películas.

Pero de alguna manera las palabras, la fe se coló en mi alma, en mi corazón y ahí se había pegado. No podía deshacerme de ella.

Y como si mi vida no hubiera sido un asco suficientemente grande ahora tenía que sufrir un poco más. ¿Por qué no? Ya estaba acostumbrada al sufrimiento, ¿qué importaba un poco más?

Vale, he de reconocer que, en el fondo, muy en el fondo tenía la esperanza de salir del pozo en el que estaba viviendo desde hace años. Conocer a Reid fue como si alguien hubiera lanzado una cuerda para rescatarme, pero la verdad es que después de usarla y salir había encontrado más desesperación.

Oh, no eres tú, Sofia. Eres una mujer hermosa y muy interesante, pero no es un buen momento para mí.

Oh, no me jodas.

Claro que lo entendía. No era tonta, cualquier persona que me miraba podía ver que estaba arruinada. Ni siquiera sabía si podía soportar el toque de un hombre.

Mi terapeuta estaba segura de que no iba a tener problemas, pero ¿qué sabía ella? Le contaba lo que ella quería escuchar y ni siquiera se daba cuenta de que dos de cada tres palabras mías eran mentira.

Reid tenía razón. ¿Por qué liarse conmigo cuando había tantas mujeres normales en el mundo? Y él era rico y guapo, estoy segura de que tenía una cola de diez mil kilómetros de mujeres esperando una oportunidad para salir con él.

Y ni siquiera podía llorar. Ya lo había hecho y seguía sintiéndome como si quisiera morirme. La otra opción que me mantenía anclada a la realidad no era disponible en este momento. Podía intentarlo, pero por lo que había averiguado de este país estaría en una celda antes de tuviera la oportunidad de poner en marcha mi plan.

Tenía que aguantar y no era fácil porque sentía las miradas sobre mí. Helena y Nicolas, Ares y Aurora. Incluso Tomaso que solo tenía ojos para su esposa me miró un par de veces preocupado.

Luego estaban los demás, hombres y mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, familiares de la novia que parecían esperar algo de mí.

¿Qué era? ¿Qué querían? Verme perder la cabeza era lo más probable, aunque daba igual

lo difícil que era aguantar no iba a hacerle eso a Tomaso. Era su día, suya y de Bella y merecían una boda inolvidable. Bonita, maravillosa.

Luego una mujer se acercó y me dijo: —Ven conmigo.

No podía decir su edad, pero era guapa, morena de ojos verdes. Me parecía familiar, pero como todos eran parientes de Bella aquí era normal. Podía haber conocido a la hermana o a la prima de esta mujer.

La habían elegido a ella para sacarme de una patada de la boda porque la estaba arruinando. Su rostro impasible y sus ojos fríos la convertían en la persona adecuada para el trabajo.

—Yo —empecé, pero ella no me permitió hablar.

—Soy Ava —dijo mientras su mano deslizaba a un lado la falda de su vestido negro y me mostraba su pierna.

Ok, eso era raro.

Luego subió un poco más la falda y vi la funda de una pistola. Y la pistola.

Ok, pensaban que necesitaban amenazarme para marcharme.

Me di la vuelta y con la mirada en el suelo me dirigí hacia la salida. Sentía demasiada vergüenza para mirar a los invitados.

Un coche con chofer nos esperaba fuera y subimos. Ella no dijo nada, yo no dije nada. Pensaba que me iban a llevar de vuelta al hotel, pero cuando el coché paró frente a un edificio blanco mi corazón empezó a latir más fuerte.

¡Sí!

O me iban a echar en una celda para el resto de mi vida o me iban a matar. Aunque, la verdad es que me parecía un poco drástica la medida. No había hecho nada. ¿O sí? No me había leído el libro de las reglas de Hakar. Aurora dijo que tenían unas leyes algo diferentes de los otros países.

¿Y si había roto alguna?

Bajé y mis piernas temblaban, pero de todos modos seguí a la mujer. A Ava. Abrió una puerta, luego otra, caminamos por un gran pasillo y llegamos a una sala.

—No entiendo —dije.

—Lo entenderás, pero primero necesitas calmarte.

Me preocupaba mucho que esta mujer sabía lo que yo hacía para relajarme, pero no tanto como para no caminar hacia la estantería y coger una pistola de las docenas que estaba ahí expuestas.

La comprobé, la cargué y luego me acerqué a la mesa donde ignoré los cascos. Disparé una vez y suspiré. Luego disparé de nuevo y no paré hasta no acabar las balas. La cargué, disparé y así seis veces seguidas.

Escuché el sonido inconfundible del blanco que se acercaba, aunque no lo miré. Fui a devolver la pistola a su sitio. No obstante, Ava miró.

—Wow, estoy impresionada —dijo.

Ya. El blanco, que no sabía yo por qué siempre era una forma de papel de un hombre, tenía un agujero perfecto en la cabeza y otro grande e imperfecto en los genitales.

—¿Gracias?

—¿Quieres algo de beber? —preguntó y sacudí la cabeza—. Yo sí, han pasado muchos años, pero aún no puedo hablar de esto si no tengo algo de alcohol corriendo por mis venas.

Luego se marchó y la seguí. Me había ayudado y eso significaba que no era mala persona. Podía confiar en ella.

Entramos en una sala de descanso con sofás, bar y cafetera. Cogí una taza de café porque de repente la necesitaba y mientras tanto seguí con la mirada a Ava que se había llenado una copa con un líquido incoloro.

¿Vodka?

Se sentó. Me senté. Ella volvió a levantarse y sentarse después de medio minuto.

—¡Joder! No pensaba que fuera a ser tan difícil, ¿sabes? Han pasado más de cincuenta años —dijo Ava.

Y entonces lo supe.

El mundo era una mierda. Cualquier mundo donde una mujer podía ser violada porque un hombre quería era una mierda. Y no era de ahora, no era porque las mujeres bebían más, salían más o se vestían de manera provocadora.

Ocurría hace cincuenta años. Ocurría ahora.

—Tenía trece años —empezó Ava y el café que había bebido tomó el camino de vuelta hacia mi garganta—. Era el hijo de mi mentor, del hombre que me había acogido porque mi madre era una perra. Estuve en coma un año y al despertarme me fui, no recordaba nada de lo que había pasado, ya no tenía a nadie. Viví mi vida y de repente apareció una chica de quince años que me dijo: —Eres mi madre.

—Oh, no —susurré.

—Sí, me había quedado embarazada y me practicaron una cesárea mientras estaba en coma. Alguien se hizo cargo de mi bebé. Y era perfecta, es perfecta. Mi Eva es lo más bonito que tengo, mis otros hijos también y a mi marido lo amo más que a cualquier otro ser humano, pero ella es especial. ¿Sabes? ¿Cómo algo tan bonito podía salir de algo tan feo, tan atroz? Es algo que siempre me he preguntado.

No tenía palabras.

Mi terapeuta había insistido en los grupos de apoyo donde conocer a otras víctimas, pero siempre me negué. ¿Qué sentido tenía sentarme, hablar y escuchar a otras personas con historias similares?

No obstante, viendo a Ava, escuchar su historia fue como recibir un balde de agua fría en la cara. Nunca lo había pensado, ella se veía tan fuerte, tan... normal.

—Sé lo que te ha pasado porque en esta familia somos así, puedes decir que somos cotillas, pero yo prefiero decir que cuidamos a los nuestros y a partir de este momento nadie volverá a hacerte daño. Y escucha mis palabras, Sofia, volverás a vivir, la vida será un milagro y te despertarás dando las gracias por cada día.

—Lo dudo mucho —murmuré.

—Es una promesa y yo siempre cumplo mis promesas. Ahora, tengo que decirte que Rick como se llama está en un avión de camino a Estados Unidos donde esperará tranquilo mi llegada.

El escalofrío que recorrió mi columna me paralizó. La sangre se congeló en mis venas y el corazón dio un vuelco.

—¿Qué? Pero sí está en la cárcel y no debería salir...

—Oficialmente ha fallecido en un accidente, un incendio en la cocina de la prisión. Está muerto para el estado y muerto de verdad estará pronto. ¿Sabes por qué? Después de muchos años de investigación he averiguado que las víctimas de abusos curan sus heridas y traumas más rápido cuando los culpables tienen la oportunidad de experimentar lo mismo.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté en voz baja.

Ava se inclinó en el sofá y dijo: —Lo mismo, Sofia, lo mismo que él te hizo a ti y luego más, mucho más porque es lo que merecen los violadores. Perdón y misericordia nunca. Que se

puدران en el infierno, pero antes tienen que pagar aquí en la Tierra.

Eso iba en contra de lo que yo creía, pero por alguna razón desconocida mantuve la boca cerrada. ¿Quién era para decirle a esta mujer que cometía un pecado? Era ella, su alma, su eternidad y dónde la pasaba era entre ella y Dios.

—Eres una luchadora, Sofia y...

—No —espeté—. Luchadora no, soy, no sé qué soy. Un fraude, una mentirosa, una pecadora porque no quiero vivir. Cada mañana me despierto y me pregunto si tendré la suerte de morir hoy.

—Lo eres, pero no te das cuenta todavía. Paciencia y mientras tanto te voy a pedir un favor —dijo Ava.

Se puso de pie y la imité.

—Ten paciencia con Reid, él es mi sobrino favorito.

Y luego se marchó.

Reid. El hombre que había hecho mi corazón latir de nuevo. Ava. La mujer que me dijo que iba a vengarme.

La vida daba muchas vueltas y no sabía si debía estar feliz o buscar una manera de volver a casa para escapar de esta gente. ¿Eran normales? ¿Era yo capaz de distinguir entre normal y anormal?

Escuché una puerta abrirse y pensaba que era Ava, pero era Reid y eso no, de ninguna manera. Él se encaminó hacia mí y yo me dirigí hacia la puerta.

—Sofia.

Y una mierda.

Sofia no estaba aquí. Ya no existía para este tipo.

Seguí mi camino, abrí la puerta e ignoré la voz de Reid llamándome mientras caminaba a través del pasillo. Luego salí y maldije. Solo había un coche frente al edificio, un deportivo negro.

Ava me había dejado aquí. Con Reid.

Me di la vuelta en cuanto lo escuché pararse detrás de mí.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Un pago por lo que Ava le hará a Rick? ¿Dinero, joyas, favores?

—Sofia —gruñó Reid.

—¿Qué quieres, Reid? Porque los dos sabemos muy bien que no me quieres a mí. ¿Qué? —grité.

—No sabes nada, pero lo que debes aprender es escuchar —dijo él.

Resoplé.

Oh, lo había escuchado bien.

—¿Hubo algo que me perdí en tus palabras? No eres tú, soy yo, no es el momento adecuado. ¡Dios! Es la excusa más antigua del mundo y todos sabemos lo que de verdad significa.

—Estás equivocada —declaró.

—Lo que tú digas, ¿puedes llevarme de vuelta al hotel?

—Depende, ¿te sientes mejor?

Sí, de hecho, sí. Estaba furiosa, pero no como antes, no quería matar a nadie, por lo menos no por el trauma sufrido. No diría que no a infringirle un poco de dolor a Reid.

—¿Me dejarás dispararte si te digo que no? —pregunté.

—Diez disparos, el que tiene más heridas mortales gana y pide lo que quiere —sugirió

Reid.

Por desgracia, el blanco no era él.

Volvimos al interior del edificio y empezamos con nuestro reto. Un disparo mío en la cabeza del blanco. Uno de Reid justo al lado del mío.

Otro en el corazón. El suyo justo por encima.

Ni siguiera íbamos por la mitad y entendí que nadie ganará, pero seguimos. Y fue empate.

—Esto ha sido divertido —espeté.

—Eres buena.

No me esperaba el halago y evité su mirada mientras iba a colocar la pistola sobre la mesa. Reid me siguió.

—Gracias —murmuré.

Esperé a que él terminara con la pistola que había usado, pero en lugar de marcharnos él se acercó a mí. Como en acercarse mucho, como en casi tocarme.

—¿Quieres ser la primera en pedir? —preguntó.

—Empate, Reid. Nadie pide nada —le recordé.

—Mi juego, mis reglas. Los dos vamos a pedir algo.

Quiero ser feliz. Quiero olvidar. Quiero sentirme normal. Quiero amar y ser amada. Quiero hijos y Navidades llenas de alegría. Quiero una boda como la de Bella. Quiero un novio. Quiero a Reid.

—Quiero mirar —susurré y no sé si Reid era un mago o un extraterrestre, pero supo a lo que me refería.

—Hecho.

Así sin más. Ya se verá más tarde si seré capaz de hacerlo.

—¿Y tú? —pregunté.

—¿Prometes no echar a correr gritando, pidiendo auxilio?

—No, obviamente no voy a prometer algo así —espeté.

Reid sonrió como si hubiera esperado esa misma respuesta.

—Ven, vamos a dar un paseo —dijo y sin esperar me cogió de la mano y volvimos a salir.

Caminamos en la dirección contraria a la que habíamos llegado, ahí donde no había nada más que oscuridad y desierto. No voy a mentir y decir que mi corazón no dio un vuelco al pensar en que mi vida iba a terminar aquí y ahora.

Que sí, estaba sola en un desierto con un hombre. Que sí, que era rico y más o menos famoso y no necesitaba asesinar a nadie, pero eran las mismas razones por las que podía hacerlo. Por aburrimiento, por obsesión o enfermedad, por excentricidad.

Había peores maneras de morir.

—Cuando mi padre conoció a mi madre ignoró lo que sentía por ella. Para mi madre fue amor a primera vista y para él también, pero él no quiso aceptarlo. Perdieron tiempo precioso, sufrieron no mucho, pero lo suficientemente para que él se diera cuenta de que ella era la mujer de su vida, de que no quería pasar ni un solo momento sin ella —dijo Reid.

La envidia apareció de la nada en mi corazón. Desde que había llegado solo había escuchado y visto historias de amor como las de los cuentos, finales felices de las que yo había deseado para mí.

—Yo no iba a perder el tiempo, me lo prometí cuando todavía era muy joven para saber de qué iba la vida.

—Muy bonito, Reid, pero ¿por qué me lo cuentas a mí?

—Porque ya he conocido a la mujer de mi vida —declaró él.

Obviamente.

Agradecí la oscuridad y a los años de llorar en silencio que me permitieron dar rienda suelta a las lágrimas. ¿Y qué si eran dos días? ¿Y qué si tal vez no hubiera ido bien? Mi corazón estaba roto como si hubiéramos sido pareja toda una vida.

Reid se paró y cuando sentí sus dedos bajo mi barbilla estaba demasiado sorprendida para resistirme. Incliné mi cabeza y me miró a los ojos. Luego deslizó sus dedos hacia mi mejilla, secando lágrimas.

—La he conocido y hay tanto dolor en sus ojos que quiero matar a la persona que le hizo daño. Quiero borrar su tristeza. Quiero ver su sonrisa. Te quiero a ti, Sofia, pero no así, no ahora. Quiero que esto sea bonito para ti, quiero que pienses en ello y recordar el día en el que te has enamorado sonriendo. Nos encargaremos de devolverte la alegría y entonces, solo entonces será el momento adecuado para nosotros.

—¿En serio? —exclamé asombrada—. Ahora entiendo por qué eres el favorito de Ava, porque eres tonto. Es que, de verdad, de todas las tonterías que he escuchado en mi vida...

—¿Tonterías?

De un manotazo me quité sus dedos de mi rostro y retrocedí, aunque luego regresé y le grité a la cara: —¡Tonterías! Estás dañada, vamos a arreglarte y luego ya hablamos. Eso dijiste, Reid, y si crees que después voy a querer algo contigo estás muy equivocado.

—No he dicho eso —gruñó él.

—Oh, sí, eso dijiste —espeté enfadada.

Pasó en un instante. Ya no estaba de pie, estaba tumbada en la arena y Reid me cubría con su cuerpo. Gran, duro, pesado cuerpo.

—Esto. Te vi cuando salía del ascensor y quise tenerte justo así. El tiempo que tardé en llegar hasta donde estabas te imaginé de mil maneras y en todas ellas me imploras, te tomaba, gemías mi nombre. Luego levantaste la mirada y vi tus ojos. No podía tomarte, ni siquiera podía tocarte porque sabía que iba a romperte y por eso decidí esperar. Mi familia está loca, pero es capaz de hacer milagros y sabía que no iba a esperar mucho por ti. Te quería, te quiero feliz y preparada para lo que significa una relación.

—Muy considerado de tu parte, Reid, pero es más de lo mismo. ¿Puedo besarte, puedo sentir sus manos sobre mi sin tener un ataque de pánico? No lo sé, pero vale, voy a dejar a tu familia milagrosa a arreglarme, ¿vale? Pero necesito saber con quién voy a practicar. ¿Quién será el hombre que probará conmigo? He visto uno de ojos violeta por ahí, ¿crees que le importará echarme una mano?

—Nadie te va a tocar.

—Oh, pero, Reid, la cosa no funciona así. Es ahora o nunca, me aceptas con el dolor, el sufrimiento, el trauma confiando en que podré salir adelante y ser normal de nuevo. Lo que no aceptaré es hacer todo el trabajo duro sola mientras tú estés mirando desde las gradas esperando tu oportunidad para follarme. No, señor, no gracias. Prefiero regresar a mi apartamento, a mi miserable y solitaria vida a estar con un hombre que se niega a estar conmigo en los momentos difíciles.

—No...

—¿No? —grité—. Es la maldita verdad. Dices que me quieres, que soy la mujer de tu vida, pero mientras yo estaré luchando contra mis demonios tú estarás con otras porque eres hombre y por supuesto, tienes necesidades. Si no puedes follarme, no te sirvo de nada, ¿verdad?

Lo dejé sin palabras. Incluso pensé que le había dado un ictus o algo porque estaba ahí, mirándome fijamente.

De repente se levantó y me hizo lo mismo, simplemente me cogió y me puso de pie. Nos encaminamos hacia el edificio, aunque no entramos. Abrió la puerta del coche y sin una palabra me ayudó a entrar.

—¿Reid? —murmuré cuando se sentó detrás del volante.

—Shh.

¿Perdona?

Me dejó boquiabierta y furiosa. ¿Quién se creía este hombre para mandarme a callar? Aunque medio minuto después escuché la voz de Aurora en lo que debía ser el altavoz.

—Reid, si necesitas ayuda ya sabes lo que tienes que hacer. Saltar de un puente —dijo ella.

—Necesito el número del hombre que ofició la boda de Bella.

—¿Por qué? —preguntó Aurora—. ¿Lo necesitas para la última confesión?

Esta mujer me gustaba. Bueno, me gustaba porque le gustaba a Ares y porque me estaba defendiendo. Reid era su primo o algo, pero aun así ella estaba de mi parte.

—Me voy a casar con Sofia. Ahora —declaró Reid.

No hizo falta decir nada, lo hizo Aurora y debía darle las gracias porque la sorpresa me había dejado sin aliento.

—¿Vas a hacer qué? —gritó ella.

—Casarme. Voy a pedirle el anillo a mi madre así que date prisa en darme el número de ese hombre.

—No, Sofia merece el anillo de la bisabuela, ¿sabes ese con la esmeralda en forma de corazón? Es perfecto para ella —dijo Aurora.

—Ro, sabes que no puedo. Es tuyo.

—Escucha, bobo, hay millones de piedras preciosas bajo la tierra de este país. Puedo elegir uno, cualquiera o todos para mi anillo de compromiso. Puedo coger el de mi madre o el de la abuela. Pero ese esmeralda tiene el nombre de Sofia, lo sé. Así que calla y déjame a mí. Yo me encargo de todo.

—Gracias, Ro —dijo Reid y colgó.

Yo seguía en shock. Sin poder hablar, sin poder pensar. Solo podía mirar a Reid que iba conduciendo.

Giró la cabeza para mirarme y me guiñó el ojo.

¿Me estás jodiendo?

—¿No están prohibidas las drogas en Hakar? —pregunté, encontrando mi voz.

—Sí, pero, aunque no lo fueran nunca tocaría esa mierda.

Ah, bueno. Eso era bueno. No había nada peor que un marido adicto a las drogas.

—Entonces no lo entiendo, ¿qué te hace pensar que me voy a casar contigo? Tendrás algún problema mental, ¿a qué sí?

—Sé que tú eres la única mujer para mí, mi media naranja, mi alma gemela, lo que sea que dicen sobre el amor verdadero. Pensaba que necesitabas tiempo, pero estaba equivocado y en cambio necesitas ver por ti misma que estoy preparado para comprometerme. Me casaré contigo y estaré a tu lado. Lo haré sin siquiera haberte dado un beso.

—Has perdido toda tu fortuna en Las Vegas o has invertido el dinero en malos negocios y ahora necesitas capital para continuar con lo que haces —dije.

Porque, obviamente, el hombre o estaba loco o me necesitaba para algo. Que no me creía

su cuento del alma gemela, que no era posible. Hubiera creído ayer, antes de ese discurso de no eres tú, soy yo.

Hoy no.

—No soy pobre si eso es lo que querías saber. Tengo un porcentaje de la empresa familiar y heredaré una parte de la fortuna de mi abuelo, pero no necesito tanto dinero. Nadie lo necesita. Lo que necesito lo puedo obtener de mi granja, trabajando duro, desde la salida del sol hasta la noche.

Parecía que este hombre o me enfurecía o me dejaba boquiabierto.

¿Reid era granjero?

—Granjero —murmuré.

—Sí, ¿quieres saber el número de animales o cuantas hectáreas poseo?

De hecho, no, no quería saber eso.

—¿Gallinas?

—Gallinas, patos, gansos, pavos.

¡Oh, Dios mío!

Tuve un sueño cuando era pequeña, quería ser granjera, despertarme por la mañana y recoger los huevos de las gallinas, preparar el desayuno para mis hijos. Oh, sí, lo tuve durante meses. Volví loco a mi padre hasta que me compró todos los animales de juguete y me armó una mini granja en el jardín.

Tenía bebés, tres niñas y dos niños. No tenía marido, a menos que convenciera a Tomaso o a Ares para que vinieran a jugar conmigo.

Ahora tenía la oportunidad de jugar a la granja con un marido de verdad. Tal vez no era mala idea casarme con él.

—No voy a casarme contigo antes de hablar con un abogado. Necesitamos un contrato prenupcial y...

—Mi hermano es abogado, él puede asesorarte —dijo Reid y me miró al escucharme resoplar—. Mi padre se ha jubilado hace tres meses después de ser el sheriff de su ciudad natal casi toda su vida adulta. Mi madre usaría ese palo de la escoba que guarda en la despensa, el mismo con el que lleva amenazándonos desde que empezamos a gatear, el que nunca usó, pero que sí usaría si se me pasara por la cabeza hacerte daño. De todos modos, te entiendo y te buscaré otro abogado.

—Ok.

—¿Ok? —repitió él.

Asentí porque sí, iba a casarme con él.

—Tienes razón con algo. He cambiado desde que te he conocido, ya no pienso en mi muerte. Pienso en la tuya y yo diría que es un gran avance. Al fin y al cabo, esta boda será buena para mí, ¿qué puede salir mal? ¿Me romperás el corazón? Ya lo hiciste y estoy bien, ¿no? ¿Vas a ser un marido horrible? Se tarda menos de un día en pedir el divorcio. Al final tendré nuevas ideas para mis libros.

—Me alegro de que te lo tomas con tanto optimismo.

Si Reid esperaba un matrimonio feliz estaba muy equivocado y lo comprobaría pronto. Además, era su culpa y de nadie más. La boda fue su idea.

Capítulo 14

Aurora

Organizar una boda exprés mientras celebrábamos otra boda fue mucho más fácil de lo que pensaba. Lo primero que hice fue hablar con Bella que tardó medio minuto en recuperarse del shock.

—¿Reid y Sofia?

—Ella lo mira como si fuera uno de los dioses del Olimpo venido a la Tierra a rescatarla de las garras de un maléfico rey —dije.

—Por mí no hay problema, pero habrá que ver que dice Ayala.

Ella era mi siguiente parada y como siempre con mi querida tía, ya lo sabía. Ni siquiera tuve que abrir la boca y decir algo, solo me senté en la silla vacía a su derecha y dejó a su marido con las palabras en la boca para girarse hacia mí.

—Ve a por el anillo y yo me encargaré del resto —dijo.

Le sonreí y obviamente, le di un abrazo durante el cual ella me susurró al oído: —Son perfectos uno para el otro.

Eso me quitó un poco del miedo que sentía, porque, maldita sea, era demasiado pronto. Un día, se conocían de un día.

A Ares lo había perdido durante el baile de Bella y Tomaso y encontrarlo se me hizo muy difícil.

—¿Dónde diablos se habrá metido este hombre? —murmuré en voz baja.

No sabía cómo iba a reaccionar a la noticia y por eso quería llevarlo lejos para decírselo en privado y darle el tiempo necesario para calmarse. Estaba llamando a Ethan para ponerlo en busca y captura cuando lo vi.

En el bar, con una cerveza en la mano mirando ceñudo a sus padres. Ya, mi misión se acababa de convertir en una imposible. Si ya estaba de mal humor estaba jodida.

Caminé hasta él y me detuve justo delante.

—Necesito un favor —le dije.

—¿Sabes cuánto tiempo hemos pasado juntos? —preguntó y sacudí la cabeza no porque no lo supiera, porque fue tan poco que ni valía la pena contarlo—. Lo suficiente para saber por tu sonrisa que lo que me vas a pedir no me va a gustar.

—Vale sí, pero estaba pensando en un plan para compensarte.

Y justo en ese momento, rodeados de mi familia que celebraba la boda de mi hermana, lo sentí. El amor. Ese sentimiento que empieza en la boca del estómago y construye su camino hacia el corazón y desde ahí al fondo de mi alma.

Ares. Mirándome con intensidad. Su ceño fruncido. Sus labios que no se habían decidido si sonreír o mandarme al diablo.

Se sentía bien, ¿sabes? Esa sensación de perfección, de felicidad, de saber que todo va a salir bien, que el resto de mi vida va a ser igual de bonito como lo fue hasta ahora. O más.

No pude y no quise aguantar el deseo que sentía. Me incliné y presioné mis labios contra los suyos. Fue un instante y cuando volví a mirarlo a los ojos vi ahí calidez. Ternura. ¿Amor? ¿Podía ser amor?

¿A quién le importaba? Me encantaba ver cómo me miraba y daba igual lo que era.

—Me acabas de meter en problemas, señorita Kader —dijo Ares.

Giré la cabeza, pero ya sabía lo que iba a ver. A todos mis familiares, por lo menos los que estuvieron suficientemente cerca para ver nuestro beso, mirándonos. Aunque también vi a mi padre y a él definitivamente no le había gustado nada.

No me importaba. Mi vida. Mis decisiones. Como él había hecho antes y nadie le pidió cuenta de sus actos.

—Necesito ese favor ahora, Ares —murmuré apartando la mirada de mi padre solo para mirar a Ares y ver que estos dos seguían con una guerra silenciosa.

Si no fuera por la boda que se iba a celebrar dentro de poco y por el amor que sentía por mi hermana, iría a decirle un par de palabras a mi padre.

¿Él? ¿Él se atrevía a advertir, a amenazar a Ares? ¿Él que hizo lo que le dio la gana con mi madre y luego esperó el perdón, vivió una vida como si no fuera un maltratador?

Ares me cogió la mano y nos encaminamos hacia la salida. No pude disfrutar del calor de su mano, ni de la suavidad con la que me agarraba, ni de las sonrisas cómplices de mis familiares porque estaba furiosa.

Tan furiosa. Parecía que tenía una bola de fuego en la boca del estómago.

Ethan estaba fuera, esperando con el motor del coche encendido y en los treinta segundos que tardamos en bajar las escaleras él salió del coche. Nos encontramos a medio camino y me entregó las llaves del coche.

—Ares, si eres uno de esos hombres que no soporta ir en un coche cuando lo lleva una mujer deberías quedarte aquí —dije.

—Lo soy, sí —declaró él mientras se acercaba a mí, forzándome a inclinar la cabeza y mirarlo—. ¿Qué pasó, Aurora? Pasaste de la alegría a la furia en un instante.

—No puedo, no ahora. Mañana o pasado, tal vez nunca, pero ahora tengo que calmarme y hacer ese recado. ¿Vienes conmigo?

—Voy.

Pero no se movió. Inclino la cabeza y presionó sus labios contra mi mejilla. Este beso duró más que el que le di yo antes, fue casto, pero de alguna manera me hizo sentir mejor.

Luego me abrió la puerta del coche y cuando lo puse en marcha no dijo nada. Se quedó en silencio mientras aceleraba. Tampoco dijo nada cuando el Bugatti alcanzó los cien kilómetros por hora en menos de tres segundos. O cuando aceleré más.

Fueron quince segundos de velocidad máxima. De hecho, no máxima porque el coche podía alcanzar los cuatrocientos noventa por hora, pero yo siempre paraba justo antes de llegar a los doscientos.

Frené al acercarme a la puerta de la casa de mis padres y giré la cabeza hacia Ares. Lo bueno es que no se estaba agarrando al asiento como hizo mi hermano la primera vez que me dejó conducir su coche. Tampoco se vio como si iba a vomitar como mi hermana y no había ganas de rodearme el cuello con sus manos y matarme como quiso hacer mi tío Zein.

Se veía normal. No obstante, me hubiera gustado saber qué pensaba, pero si le preguntaba pensaría que era una de esas mujeres que necesitaba saber en todo momento qué pasaba por la cabeza de sus parejas.

Así que esperé y Ares habló cuando tenía el coche parado frente a la casa, el motor apagado y a punto de abrir la puerta y salir.

—Así que te gusta conducir.

—No. Me gusta, no, eso no es correcto. Necesito la velocidad para calmarme —dije.

Luego salí del coche y esperé a que él hiciera lo mismo para poder entrar. Me siguió mientras iba hacia la sala de las joyas. Por alguna razón sentía la necesidad de explicar a Ares lo que me pasaba.

—Cuando estoy enfadada hago lo que hace todo el mundo para calmarse, ya sabes, pasear, contar hasta cien, correr, comer, tomar un baño caliente, escuchar música. Lo normal. Pero hay momentos en los que eso no es suficiente y si no quiero terminar haciendo algo de lo que luego me arrepentiría cojo el coche. Quince segundos de velocidad son como dos horas hablando de mis sentimientos con un terapeuta. Es lo que funciona para mí.

—Hasta que un día vas a terminar matándote porque no has querido decir la verdad y herir los sentimientos de otra persona.

La conclusión de Ares era correcta y no había nada que pudiera decir. Además, eso mismo me lo habían dicho ya la mayoría de mis familiares. Obviamente pensaba antes en el bienestar de mi familia que en el mío.

Hasta ahora no me había pasado nada y tampoco iba a pasarme nada en esos quince segundos. No era tonta. Sabía que lo único que hacía falta era un segundo para provocar un accidente, pero como he dicho, tonta no era y tomaba todas las precauciones necesarias para no morir.

Solo con la carretera libre. Sin otros coches. Nada de curvas. Nada de lluvia. No más de quince segundos. Nada de apartar la mirada de la carretera. Siempre, pero siempre con el Bugatti porque era el coche más fiable del mundo. En caso de accidente no iba a morirme, tal vez me quedaría parapléjica, pero seguiría viva.

Abrí la primera puerta que llevaba a la sala donde se guardaban todas las joyas de la familia. Estaban expuestas porque fue una de las manías de la bisabuela y nos habíamos acostumbrado a tenerlas ahí.

Luego seguía el pasillo de unos tres metros y al final la puerta de seguridad porque detrás había joyas que valían muchísimo dinero y no es que tuviéramos miedo de la gente que vivía aquí. No, lo que temía mi padre era a los ladrones profesionales, a los que querían hacerse un nombre por robar una de las mejores, famosas y más caras joyas del mundo.

La sala era grande con sus paredes llenos de expositores porque por razones conocidos solo por mi abuela no había que esconderlas en cajas fuertes. Había rumores de que ella solía venir por la noche y mirarlas.

Podía entenderla, algunas eran tan bonitas que era una pena no llevarlas, no mostrarlas al mundo entero. No eran mías, eran de mi madre y después pasarán a la esposa de mi hermano, luego a su primera hija.

Pero algunas sí que eran mías, unas pocas piezas que había heredado y ese anillo me pertenecía. Debía ser mi anillo de compromiso, pero no lo sentía. Era un anillo bonito, pero nada más, aunque sí lo veía perfecto para Sofia. No sé, tal vez eran sus ojos que eran del mismo tono de la esmeralda.

—¿Te gusta? —le pregunté a Ares, olvidando la discusión anterior.

Eché un vistazo al anillo que había colocado en una caja pequeña.

—¿Me estás proponiendo algo?

—No, ya tenemos suficiente con dos bodas para hoy.

—¿Dos?

Respiré profundamente y sin perder más el tiempo lo dije rápidamente: —Reid se va a casar con Sofia esta noche.

No parecía haberme entendido así que empecé a decirlo de nuevo.

—Ya lo tengo, Ro —murmuró él.

Eso decía, pero había asombro en su expresión además de algo (mucho) incredulidad.

—¿Esta noche? —preguntó.

—Sí, en mi familia la paciencia no sobra. Si ves algo que te gusta vas a por ello, ¿para qué perder el tiempo?

—Será porque la tienes tú toda —gruñó Ares.

—Si te refieres a lo nuestro, yo diría que es más cobardía, ¿sabes? Y algo más, pero no estoy preparada para hablar de ello. Viendo que no has perdido la cabeza por el anuncio de la boda ¿te importa si nos vamos ya? Conociendo a Reid ya nos está esperando y quiero buscar algo más para Sofia.

—Quiero un momento con ella antes de la boda —exigió él.

No me gustó. ¿Qué? Yo era así.

—Ok.

Me di la vuelta e hice el camino de regreso al recibidor de la casa, pero en lugar de salir caminé hasta la cocina y de ahí al jardín. Me detuve para coger las tijeras de la cesta de mi madre y caminé hacia los rosales.

Los elegí blancos. Sin abrir. Pequeños y bonitos. Puros.

Sentía y escuchaba a Ares detrás, siguiendo mis pasos, pero no dijo nada, ni siquiera cuando maldije porque me había pinchado los dedos. De vuelta en la cocina los puse sobre la mesa y corté todos los pinchos. Luego los até con una cinta blanca y les hice un lazo.

No era un ramo de novia tradicional, pero era bonito.

—Listo —dije mirando mi obra de arte.

Era una obra, sí, señor. A mi madre se le daba genial crear de la nada vestidos maravillosos, mi hermana era igual de genial con un pincel o con un lápiz. Yo nada. Creatividad, imaginación cero.

Había fallado en todas las clases de manualidad.

El silencio de Ares seguía y lo miré. Me eché a reír al entender que ahora podía matarlo y no diría nada. Estaba mirando el ramo como si fuera algo que hace mucho tiempo había muerto.

—No ha quedado tan mal —me enojé.

—Veo que tendré que encargarme de ayudar a los niños con los proyectos y...

—¿Niños?

—Sí, Aurora, niños, nuestros —declaró.

Ok, tres bodas en un día no era tan mala idea. Pero no podía, había algo que me lo impedía. Sabía que Ares era el elegido, el único para mí, pero no estaba preparada para dar el paso definitivo.

—Mis hijos no irán al cole, estudiarán en casa o en el colegio de Lake Spring.

—¿Por qué? —preguntó Ares y noté el interés en su voz. No me lo preguntaba solo para seguir con la conversación, de verdad quería saberlo.

Cogí el ramo y nos encaminamos hacia la puerta.

—La idea del colegio es buena, es un lugar donde aprender, pero hace mucho que ya no es lo que debería ser. Los estudios han pasado en segundo, tercero o cuarto plano para algunos profesores y para la mayoría de los alumnos. Todo es sobre ropa, dispositivos electrónicos, fiestas y redes sociales. Es tóxico. Un niño tiene que ser muy fuerte para salir adelante y sin traumas de ese ambiente. No pienso enviar a mis hijos a ninguno de esos sitios, ni público, ni privado. ¿Quieres conducir? A mí no me gusta —dije.

—¿Sabes, Aurora? Eres una caja de sorpresas —declaró.

Lo tomé como si fuera algo bueno y le entregué la llave. La cogió, pero también se llevó mi mano hasta su pecho donde la presionó contra su corazón.

—No sé por qué razones Sofia eligió casarse el día después de conocer a Reid, pero la entiendo. Yo me casaría ahora mismo contigo.

Fue difícil tragar el nudo que se había formado en mi garganta. No sabía cómo decir que yo no había llegado a ese momento y tal vez nunca llegaría, nunca sería capaz de darle el sí, quiero.

Ares bajó la cabeza y de nuevo presionó sus labios en mi mejilla. Luego susurró: —Pero puedes estar tranquila, esperaré. Te lo pediré en el momento adecuado para ti. Mientras tanto disfrutaré conociéndote.

Oh, ok.

Me gustaba sentir sus labios sobre mi mejilla, su aliento cálido, aunque la verdad es que prefería sus besos. Giré la cabeza y tomé lo que deseaba. Un beso que sabía a promesas, a felicidad. A Ares.

Luego nos marchamos de casa, Ares conduciendo y yo compartiendo con él mi opinión sobre el sistema educacional. Después de aparcar, se giró, puso el brazo sobre el respaldo de mi asiento y dijo:

—Educación en casa o en el colegio de Lake Spring. Estoy de acuerdo si tú prometes no protestar cuando te diga cuántos hijos quiero.

Era divertido pensar en un futuro con Ares. No me preocupaba demasiado no ser compatibles, cualquier cosa se podía resolver si los dos lo deseaban y se empeñaban en hacerlo.

—De acuerdo.

Ares selló el acuerdo regalándome una gran sonrisa y un beso con lengua que me dejó mareada.

Luego entramos porque teníamos que celebrar otra boda y como no había olvidado la promesa que le hice a Ares fui a buscar a Sofia. Me la llevé a una sala vacía y pensaba desaparecer para darles privacidad.

Que no quería saber si Ares le pedía escaparse con él, ¿vale?

Fui un poco (más que un poco) insensible a la preocupación que mostraba el rostro de ella y muy (mucho, mucho) celosa cuando la vi correr a abrazar a Ares.

—¡Oh, Ares! —exclamó ella.

Ya. Debía marcharme y no hubiera dicho que no si la tierra se abría para tragarme. Era más rápido y me impediría volver a sentir esa sensación fea que me corroía por dentro. Nunca lo había pensado hasta este momento, pero yo no era buena persona.

Era egoísta.

Justo como mi padre.

Tomaba lo que deseaba y me importaba un comino los demás. Sofia lo había pasado tan mal que se merecía toda la felicidad del mundo, ¿no? Pues ahí estaba yo envidiando y odiando el abrazo que estaba compartiendo con Ares.

Yo estaba bien, siempre lo estuve y si lo mío con Ares no funcionaba iba a sentirme triste un tiempo y luego volvería a mi vida. Sofia podía tenerlo.

Una cosa pensaba y otra sentía.

Puse el ramo sobre una mesa y me di la vuelta para marcharme, pero el maldito universo me quería aquí.

—Aurora.

Si fuera Ares hubiera abierto la puerta sin pronunciar una palabra, sin mirarlo dos veces.

Pero era Sofia y había tanto en su voz que, aun siendo tan mala persona como pensaba que era, no pude marcharme.

Sabía que a veces mi rostro mostraba sin filtro alguno lo que pensaba, lo que sentía. Hoy era una de esas veces. Había pasado tanto que controlar mis pensamientos era casi misión imposible.

No era lo mejor, peroforcé una sonrisa en mi rostro antes de darme la vuelta.

—¿Necesitas algo más? —pregunté.

Sofia ya no estaba en los brazos de Ares y mantuve mi mirada al nivel de su cuello porque mirarlos a los ojos era demasiado arriesgado. Además de mala persona también era cobarde.

Ares debería haberse tomado más tiempo para conocerme antes de declarar que yo era la mujer de su vida.

—Reid —dijo Sofia—. Tengo la sensación de que el hombre es perfecto, ¿sabes? En el fondo sé que es una locura, pero siento que es lo que tengo que hacer.

—Es tu decisión, Sofia, aquí nadie te está obligando —le recordé.

—Lo sé, pero no sé nada de él, de su familia. ¿Y si hay un secreto oscuro que debía saber? ¿Si hay...?

Sofia se calló y tuve que mirarla. Entonces me maldije en mi mente y después me acerqué a ella. La empujé suavemente hacia un sillón y yo me agaché delante porque muy lista yo había elegido una sala en la que no tenías donde sentarte excepto el en que estaba sentada Sofia.

En fin. Ya me encargaría después de mis rodillas y mis pobres pies.

—La madre de Reid se llama Ayala, es la hija ilegítima de mi tío abuelo, no es la única, pero eso ya te lo contaré en otro momento. Sus ojos son morados y cuando te mira tienes la impresión de que sabe todo lo que sientes, todo lo que pasa por tu cabeza y la verdad es que no es solo una sensación. Ella tiene un don que no estoy muy segura de cómo funciona, pero siente el dolor de los demás. A veces incluso lo ve, lo sabe antes de pasar y puede prevenirlo. Si esto fuera a traerte dolor a ti o a Reid, Ayala no estaría en este momento arreglando el jardín para vuestra boda. Luego esta Linc que se pasó toda la vida protegiendo a los ciudadanos de Lake Spring y él tampoco os permitiría hacer esto si pensara que es una mala idea. ¿Es una locura? Sí, pero en mi familia nos importa muy poco lo que piensan los demás. No seguimos las mismas reglas. ¿Es amor, lo sentimos de verdad? Pues hacemos algo sobre ello, no esperamos a ver si la cosa cuaja, a ver si somos compatibles. Lo nuestro es más alargar el momento de la verdad porque el amor nos convierte en idiotas. Teníamos la impresión de que solo pasaba con los hombres, pero en los últimos años hemos llegado a la conclusión de que nos pasa a las mujeres también. El comportamiento de Reid es un buen ejemplo de esa idiotez, ¿no? Piensa en lo que te dijo, en lo que estás a punto de hacer.

—Oh.

Me eché a reír al escuchar su susurró, al ver su rostro. La había asustado, maldita sea.

—Reid tiene tres hermanos. Luca, el mayor es abogado y está casado con Vy. Andrew es policía como su padre, aunque yo creo que nos está mintiendo y se ha metido a trabajar en alguna de esas organizaciones secretas que derrotan gobiernos. Aria es la única hija de la familia y es, obviamente, la niña de papá. Su sueño es enamorarse, ser esposa y madre, mientras tanto es la directora del colegio de Lake Spring esperando a su príncipe azul que se habrá perdido por alguna parte. Son una familia unida y feliz. Todos los sábados nos reunimos en casa de alguno, nos turnamos para hacerlo, y deberías saber que tu presencia será obligatoria. No se puede faltar,

es la única regla que no rompemos en esta familia. Los almuerzos de los sábados son sagrados. Las únicas excusas aceptables son si te mueres o si estás pariendo.

Sofia esbozó una sonrisa.

—No somos perfectos, Sofia, pero puedo prometerte que estarás a salvo en nuestra familia y si en algún momento sientes que no, lo único que tienes que hacer es decirlo. Reid es uno de los nuestros, pero nunca le permitiríamos que te hiciera daño. Ningún tipo de daño. Tienes mi palabra.

—Aún tengo miedo —confesó ella.

—Es normal, pero... dame un momento —dijo.

Me puse de pie y salí corriendo de la sala. Encontré a uno de los guardaespaldas de la familia, no recordaba de quién porque éramos demasiado además de que solían cambiarse de uno a otro.

—¿Tienes un móvil? —le pregunté.

El hombre me sonrió, tenía unos cuarenta años y me miró como si fuera su hermana pequeña que acababa de hacer una tontería que quería ocultar a sus padres.

Me lo entregó en un instante y eché a correr de vuelta. Sofia no se había movido y me estaba mirando. Le sonreí al sacar el teléfono de su bolsa.

—Este es el mismo teléfono que tiene toda la familia. Los números ya vienen guardados, de toda la familia y del equipo de seguridad. El 911 no es el número de emergencia que todos conocen, es nuestra propia organización que se encarga de nuestra protección —expliqué mientras encendía el teléfono—. Ahora, al presionar tu dedo en la pantalla leerá tu huella y hará magia. Tendrás tus datos ahí, todo lo que tienes en tu dispositivo actual más lo que pertenece a la familia.

—¿Por qué pienso en la mafia cada vez que dices la palabra familia? —preguntó ella.

—No eres la primera en pensarlo —dijo riendo—. Pero la idea es que este móvil será tu salvación. Si necesitas ayuda solo tienes que mantener presionado el dedo en la pantalla. Luego Ivy se encargará de añadir dispositivos de pánico y un montón de mierdas para tu protección a todas tus pertenencias.

—¿A todas?

—Bueno, no. Se lo hizo a mi prima porque lo perdía todo, desde móviles, a relojes y a bolsos. Normalmente, solo es el objeto del que no te separas, como un reloj o una joya. Me estoy enrollando, da igual si estás en la calle y alguien te persigue o si estás en tu casa y tienes un ataque de pánico. Tú llamas y alguien vendrá a ayudarte. Si Reid está siendo un idiota, no lo será, pero por si acaso, presionas el botón y alguien vendrá a llevarte lejos si eso es lo que necesitas.

—Estás insistiendo mucho en esto —murmuró ella.

Y entonces me di cuenta.

Conocía a Reid desde que ni siquiera era capaz de decir mi propio nombre. Sabía que era capaz de dar su vida por la mía, por la de cualquier persona de nuestra familia. No obstante, no confiaba en él con Sofia, de hecho, con ninguna mujer.

No me había dado razones para pensar de esta manera. No era su culpa, él siempre había tratado bien a sus novias.

Era culpa de otra persona.

—Tienes razón, solo quiero asegurarte de que estarás a salvo.

Lo hice bien.

Sofia se levantó y dijo que estaba preparada. Menos de diez minutos después Nicolas la

llevaba hacia el altar improvisado. Estaba hecho de flores blancas. Oh, Ayala era capaz de hacer milagros. Tampoco era una sorpresa para mí y era una de las razones por la que la boda con Reid era una buena idea para Sofia. Ella necesitaba a Ayala.

Reid la esperaba ahí viéndose muy guapo. Muy paciente. Luca estaba a su lado mirándome, enviándome un mensaje que no conseguía entender.

—El anillo —susurró Ares.

¡Oh, infiernos! Se me había olvidado.

Tuve que rodear a toda la gente y luego escabullirme hasta Luca para darle el anillo. Como la boda fue tan de prisa, Reid tenía que ponerle el anillo de compromiso y encargarse luego de los anillos de boda.

Regresé al lado de Ares y él deslizó la mano alrededor de mi cintura. Juntos fuimos testigos de la segunda boda del día.

Ayala había elegido una pequeña área despejada del jardín para la ceremonia y era perfecta, pero no contaba con que el resto de la familia estuviera aquí. Yo había pensado que solo estarían los padres y hermanos de Reid, los Karalis y nadie más.

Estaba equivocada.

Las tías estaban aquí, mis padres, Tomaso y Bella, y todos los que consiguieron una silla. Algunos incluso estaban de pie. Pensaba que Sofia iba a echar a correr nerviosa o llorando, pero no.

Miró a Reid y fue como en las películas, sus ojos se iluminaron y caminó hacia él con una pequeña sonrisa en los labios.

Sofia iba a vivir de nuevo, será feliz y si no, ya me encargaría yo de protegerla. Ella era parte de mi familia ahora.

Pero todo saldría bien. No había ninguna duda de ello.

Ninguna.

Capítulo 15

Aurora

Había sobrevivido.

Organicé dos bodas, las dos parejas estaban disfrutando de su noche de bodas y, a partir de mañana, de su luna de miel. Los invitados se lo pasaron muy bien (esta familia nunca se lo pasaba mal), estaban de vuelta en sus habitaciones y por la mañana regresarán a sus casas.

Todo había salido bien.

Y yo, pues iba descalza a través de los pasillos del hotel, mis zapatos en la mano, buscando a Ares. Lo había perdido de vista cuando me despedí de Bella y Tomaso y fue imposible encontrarlo.

No le pedí ayuda a Ethan porque solo podía estar en un lugar. En el hotel. Estaba cansada y un poco enfadada porque él no me había esperado. No mucho, solo poco porque Ares no había tenido la oportunidad de conocerme y no sabía lo que me gustaba, lo que me sacaba de quicio y lo poco que necesitaba para mandarlo todo al diablo.

Llegué a la puerta de su habitación y usé mi teléfono para abrir la puerta. Era mágico mi teléfono, un pequeño bonus que había introducido mi prima Ivy hace unos años. Entré y no había nada.

La luz estaba apagada y lo supe en ese instante.

Ares se había ido.

No obstante, lo comprobé. No había ropa en el armario. Ningún objeto personal sobre la mesita de noche. Nada en el cuarto de baño.

Ares me había abandonado.

Por qué lo hizo era lo que debía interesarme ahora mismo, pero el dolor que sentía era tan grande que no podía pensar en otra cosa. Me senté en el suelo, apoyé la espalda en la cama de él y saqué del bolso mi móvil.

El último mensaje de Ares era de horas atrás cuando me había preguntado si iba a tardar mucho más. Le dije que no y me contestó recordándome que le había prometido un baile.

Estaba feliz entonces, feliz y sin ningún problema. El dolor iba a desaparecer, no era ni la primera ni la última mujer en ser abandonada. Tal vez era una de las pocas mujeres que habían tenido una relación tan corta, pero ahora debía dejar las cosas claras.

Ro: *Estás muerto para mí. Estarías muerto de verdad si no fuera porque tu amigo se ha casado con mi hermana y tu amiga con mi primo. Me guste o no, te guste o no, ahora somos familia. Te veré en las fiestas, en las cenas, en los cumpleaños y lo único que me vas a decir es hola. No saldrá de tu boca ninguna palabra sobre lo ocurrido entre nosotros. Ninguna porque entonces acabaré contigo y esto es una promesa. Yo sí cumplo mis promesas.*

Leí el mensaje dos veces antes de enviarlo. Luego bloqueé su número y di rienda suelta a mis lágrimas.

Odiaba llorar, pero a veces era necesario dejar salir el dolor, la rabia. La tristeza. Lo estaba viendo, ¿sabes? El futuro. Era maravilloso, bonito como un cuento de hadas. Bueno, por lo menos había averiguado ahora que Ares era un ogro disfrazado de príncipe, mejor ahora que después.

En el suelo de una habitación de hotel juré que nunca más iba a dejarme engañar. Ningún hombre volverá a tener la oportunidad de acercarse tanto a mí. No valían la pena.

Total, en todas las familias había una tía soltera que se encargaba de malcriar a los niños y a decir todo sin preocuparse por ofender. Yo iba a ser esa tía.

A la mierda con el amor, con los hombres y con sus promesas vacías.

Después de un tiempo las lágrimas secaron y fui al cuarto de baño para limpiarme la cara. Luego salí de la habitación y cogí el ascensor. Ethan iba a tardar unos minutos en llegar porque le había dado la noche libre.

Estúpida yo por pensar en que iba a pasar el resto de la noche en la cama de Ares.

Iba hacia el bar para tomar algo cuando vi a mi padre. Me detuve a medio camino porque sentí algo romperse dentro de mí. Él no tenía que estar aquí. Se habían marchado a casa, los escuché hablar en voz baja y sonriendo igual que los he visto toda mi vida. Eran mis padres, sí, pero eran una pareja que no evitaba las muestras de afecto en público, sabía que su relación iba bien y que no se iban porque estaban cansados.

Él no debería estar aquí y no dejaría a mi madre si no fuera importante.

Algo tan importante como deshacerte del hombre que estaba viendo tu hija.

—Dime que no tuviste nada que ver —dije.

El rostro de mi padre era el mismo, no hubo ningún cambio, ningún indicio de culpabilidad, pero, de todos modos, mi padre era un maestro en ocultar sus pensamientos.

—Ro.

Pero su voz, oh, en su voz encontré todo lo que necesitaba saber. Levantó la mano y me entregó un sobre. Lo cogí y lo hice pedazos.

—No —susurré acercándome a él—. Eres mi padre y te debo respeto. A mi madre le debo todo, mi amor, mi respeto, todo y por ella no te diré lo que de verdad siento y pienso en este momento. Si pudiera te mandarí al diablo, pero eso le rompería el corazón a mamá.

—No sabes lo que...

—Sí, lo sé y se acabó —declaré.

Me di la vuelta y afortunadamente Ethan ya estaba ahí con el coche. Tiré al cubo de basura los pedazos de papel antes de subir al coche. ¿Hacia dónde? No lo sabía.

No pensaba volver a casa. Ni ahora ni nunca. Esa ya no era mi casa.

Mucho drama para un día, demasiado.

Mañana me arrepentiría de haber sido tan dura con mi padre, pero por ahora solo me preocupaba el vacío que sentía en mi corazón.

Me sentía vacía.

Sola.

No tenía a nadie, ni siquiera a Bella.

Decían que siempre salía el sol después de la tormenta. Esperaría y mientras tanto me encargaría de curar mi corazón y mi alma, de construir un muro tan alto y fuerte que sería imposible de derrotar. Sin puerta porque conociéndome sabía que algún día me sentiría tentada de entregarle la llave a alguien.

Pero no habrá llave, solo un muro alto. De rocas. De alambre. Impenetrable.

Ethan me llevó al aeropuerto y durante el corto trayecto mi móvil sonó sin parar. Mi padre, luego mi madre. Ivy también llamó y aunque me mataba la curiosidad prefería no coger su llamada.

Pero luego llamó Bella y maldije a todos los que pensaron que era buena idea molestarla durante su noche de bodas.

—Bella —contesté.

—Has perdido la cabeza. Totalmente —espetó Bella.

—¿Yo?

—Sí, tú. Es que no puedo entender qué diablos está pasando por tu cabeza, Ro, en serio.
¿Cuándo te has convertido en una mujer sin corazón? ¿Qué diablos te ha pasado?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

No había hecho nada.

—¿Cómo pudiste enviarle ese mensaje a Ares? ¿Justo en este momento?

—Bella, eso es entre él y yo, no es tu asunto.

—Sí, lo es porque en este momento me avergüenza ser tu hermana.

Me colgó.

Mi hermana que era la persona más importante de mi vida, por la que daría la vida. Y el vacío que sentía se convirtió en un abismo.

Algo estaba pasando, algo de lo que yo no estaba al tanto, pero cabezota como era me negaba a averiguar qué.

Al diablo con todo y todos.

A mí me dejaron sin una palabra, sin una maldita nota. Ni siquiera me enviaron un mensaje de ese de no eres tú, soy yo.

Y la mala era yo. Pues muy bien, mejor sola que mal acompañada.

Capítulo 16

Sofia

Estaba casada y no podía creerlo. Cada dos minutos bajaba la cabeza y miraba el anillo de esmeralda que Reid me había puesto en el dedo. Y sí, aun me costaba creerlo.

No hubo noche de bodas como lo habitual, como Bella y Tomaso. Nosotros nos marchamos directamente al aeropuerto porque Reid dijo que teníamos algo pendiente. Sabía qué era y eso era algo que me mantenía despierta.

Reid estaba en el asiento a mi lado en el pequeño avión y en algún momento se había quedado dormido o fingía. No sé, tenía los ojos cerrados. De hecho, estaba segura de que no estaba dormido porque yo hubiera hecho lo mismo.

Fui una maleducada con él. Intentó conversar conmigo desde que nos marchamos, pero le contesté de mala manera porque, maldita sea, tenía miedo.

Miedo a decirle que no quería consumir nuestro matrimonio. Miedo a decirle que sí y luego arrepentirme. Miedo a no poder hacerlo. Miedo a verlo enfurecerse.

Creo que en el fondo lo que quería hacer era ponerlo a prueba, a ver qué podía hacer y cuánto aguantaría él sin perder el control. Es que, de verdad, yo pensaba que Reid lo haría, se enfurecería y me haría daño.

Era una respuesta al trauma y bla, bla, bla. Lo sabía, estaba preparada para sentir y pensar eso, pero no sabía cómo ponerlo en práctica.

El vuelo duró unas horas y después de aterrizar nos subimos a un todoterreno que nos llevó a no sé dónde. No pregunté y Reid no me lo dijo.

Llegamos a otro edificio que se parecía al de la noche anterior donde me había llevado Ava, aunque aquí tuvimos que coger un ascensor que, en lugar de subir, bajó unos veinte pisos. Intenté no pensar en que estábamos bajo tierra.

¿Quién, en nombre de Dios, construía algo tan abajo? ¿No sabían qué podía pasar en caso de terremoto o incendio?

El silencio de Reid continuó hasta que llegamos a una sala. Ahí presionó un botón y se iluminó una pantalla que de hecho era una ventana. Y miré. Al otro lado había un hombre sentado en una silla.

No cualquier hombre. Él. Mi pesadilla. Mi infierno.

—¿Quieres mirar, golpearle, dispararle? ¿Quieres mirar a otros haciéndole todo eso? —preguntó Reid.

Aparté la mirada del monstruo para mirar a mi nuevo marido. Me había preguntado sobre cometer un delito, tal vez un crimen, y se veía como si estuviéramos hablando sobre si prefería té o café para el desayuno.

—¿Un hombre o un oso? —dije.

—¿Cómo? —preguntó Reid.

—Es una pregunta que ha causado mucho enfado en las redes sociales, ¿qué prefieres encontrarte en el bosque, un hombre o un oso? La mayoría de las mujeres contestaron que un oso y obviamente, los hombres se lo han tomado mal.

Giré la cabeza hacia el monstruo y respiré profundamente.

—Las posibilidades de un ataque de oso son de una a un millón, las de ser la víctima de una agresión sexual es de una a cuatro. El ataque de un oso tiene una duración media de seis minutos. ¿Sabes cuál es la duración de una violación?

Reid no contestó y me giré. Sacudí la cabeza. No sabía o no quería preguntar.

—Solo di un número —insistí.

—Unos minutos —dijo.

—Cuatro horas y media. Esa es la duración media de una violación en Estados Unidos porque en los otros países nadie se ha molestado en hacer un estudio. Cuatro horas cuando la duración de las relaciones sexuales de una pareja casada es de cinco minutos. Es extraño, ¿no? Y son afortunadas, cuatro horas de infierno. Yo hubiera dado cualquier cosa por sufrir tan poco tiempo. Pero no, él siguió y siguió. Me desmayaba y al despertarme seguía. Noche y día. Siete días y siete noches. Nunca pensaba que me iba a suceder a mí. Era algo que les ocurría a otras personas. Dios, que equivocada estaba. Aun así, hay algo dentro de mí que me impide vengarme, ¿quién soy yo para juzgar e impartir el castigo? Dios es el único que puede hacerlo.

—Entonces, ¿nos marchamos? Podemos llegar a casa a tiempo para desayunar —dijo Reid, su voz tan relajada como siempre.

—No quiero hacerle daño, pero no he dicho que no quiero verlo. Quiero mirarlo a los ojos y decirle que pasará, quiero que sepa que este es su castigo por lo que me hizo.

—Ok, entonces vamos a ver si ha llegado Vladimir.

No sabía quién era ese hombre, pero lo averigüé pronto. Lo había notado en la boda, pero no nos habían presentado. Era mayor, bueno, se me daba mal estimar las edades, así que podía tener cincuenta o setenta.

Y Vladimir me contó sobre las maneras en la que pensaba castigar a Rick. Era tortura, era horrible, era sangriento. Era perfecto, tanto que minutos después al entrar en la habitación donde estaba Rick, estaba sonriendo.

Sus ojos brillaron al verme y eso me dijo como de enfermo estaba el maldito y me quitó un poco de la culpa que sentía por dejar que le pasara esto. Se lo merecía, él tampoco había hecho caso a mis suplicas, a mis gritos de dolor.

—Cinco horas y veintisiete minutos —dije sin acercarme demasiado. Estaba a diez pasos de él y a uno solo de la puerta. Lo tenían atado a la silla, pero no quería respirar al mismo aire que él.

—Te ves muy bien, hermanita.

Enfermo, un enfermo mental era este hombre.

—Sí, mírame bien porque seré la penúltima persona que verás antes de morir. La última será tu verdugo y ha tenido el placer de contarme lo que te ocurrirá en las próximas siete días y noches. ¿Quieres saberlo?

Rick sonrió. Debía de pensar que estaba bromeando y pronto iba a averiguar que no. De hecho, en ese momento empecé a susurrarle en voz baja las torturas que Vladimir tenía preparadas para él.

Poco a poco el miedo apareció en sus ojos, pero aún tenía esperanza. No sé por qué. Tal vez por la misma razón que yo seguí esperando en el sótano.

Alguien vendría a rescatarme, eso pensaba y ocurrió. Pero nadie vendrá a rescatar a Rick.

—Viviré, Rick. Tengo un marido, algún día tendré hijos, seré la mujer más feliz del mundo y tú, tú como el pedazo de mierda que eres arderás en el infierno mientras que tu cuerpo pudrirá bajo tierra.

—¡Hija de puta! Vuelve aquí. Debería haberte matado —gritó.

No le hice caso. Abrí la puerta y salí.

Se había acabado y averigüé que no era tan buena persona como pensaba. Dejaba a Rick a la merced de un hombre sin escrúpulos, que pretendía hacerle muchas cosas horribles y no solo eso, iba a pedir que lo enterraran.

Eso era algo que Rick odiaba o mejor dicho temía. En los primeros meses de nuestra convivencia habíamos pasado tiempo juntos y de alguna manera él confesó que enterrar a una persona era lo peor. Había visto un video (bendito o maldito Google) sobre lo que le ocurría a un cadáver bajo la tierra. Era horrible y para él era su peor pesadilla.

Yo no era tan buena persona. Incluso regresé con Reid y Vladimir donde les hice mi última petición. Luego nos despedimos del verdugo de Rick y nos marchamos.

Había salido el sol y el aire parecía más fresco y puro que nunca.

—Ava tenía razón —dije caminando hacia el todoterreno.

—Siempre lo tiene —murmuró Reid.

De repente, tenía ganas de llamar a Ares y agradecerle la invitación a la boda. Tal vez en la vida de después me tocará pagar por mis pecados, pero hoy, hoy sentía como si me hubieran levantado un peso de encima. Respiraba mejor y hasta caminaba como si pesara menos.

Una vez dentro del coche, Reid me preguntó: —¿Quieres ir en coche a Lake Spring? Son dos horas, pero si prefieres llegar antes podemos coger el helicóptero.

—El helicóptero, pero solo si podemos conseguir un café antes.

Cinco minutos después el coche paraba y Reid bajaba. En menos de tres minutos volvió con dos vasos de papel de café.

—Dos de azúcar y leche, negro —dijo acercándome primero un vaso y luego otro.

—Tres de azúcar, pero por ahora me vale con dos.

Cogí el café y tomé un sorbo sabiendo que su amargura iba a joderme, pero para mi sorpresa no sabía tan mal. De hecho, era perfecto.

—Empecé a tomar café cuando tenía diecisiete años y todos me decían que era la mejor bebida del mundo. Yo lo odié desde el primer sorbo, pero era boba y para no ser la única que no lo tomaba le puse todo el azúcar que hacía falta para poder soportarlo. Luego empezaron a decirme que era demasiado azúcar y se convirtió en una guerra, tonta, pero guerra. Que si es malo, que si no sé qué. Por más que me decían que no debería tomarlo más me empeñaba yo en no dejarlo.

No sabía por qué le contaba eso a él. Bueno, era mi marido, pero me sentía extraña.

—Conozco el sentimiento —dijo Reid, sus labios esbozando una media sonrisa.

Me había tomado medio café cuando tuve que tirar el vaso porque había que subir al helicóptero. Yo no era pobre, tenía dinero, aunque no sabía exactamente cuánto; pero nunca había disfrutado tanto de gastarlo en aviones privados y viajes en helicóptero. Me parecía, no sé, demasiado.

El viaje fue bastante corto, pero me dejó boquiabierto. Dejamos atrás Nueva York para sobrevolar pequeñas ciudades y mi favorita fue la zona de la montaña. Era impresionante.

Afortunadamente aterrizamos justo ahí. Lo que pude ver antes fue una pequeña ciudad y más allá una casa. Y animales. Vacas, caballos. Cultivos de todo tipo. Árboles.

La granja de Reid.

No parecía un granjero. Todavía llevaba el traje de la boda, aunque sin la corbata y varios de los botones de su camisa blanca estaban desabrochados. Parecía un hombre de negocios, incluso un abogado.

Me cogió la mano para llevarme lejos mientras el helicóptero decolaba de nuevo. No

había nada cerca, solo campo. Un campo de hierba verde y flores pequeñas de color amarillo y azul.

—Bienvenida a Lavender Fields —dijo Reid.

—¿Lavender? Me encanta la lavanda y siempre he querido ver un campo lleno.

—Lo siento, pero no hay. A los antiguos dueños les molestaba que se había extendido sobre todos los campos, alrededor de la casa y se deshicieron de ella. Mi hermana está tratando de revivirla, pero lleva unos tres años y no lo ha conseguido, excepto en tiestos. Su última y brillante idea fue cambiar la tierra.

—¿Cambiar?

—Sí, o sea, sacar toda la tierra, medio metro o un metro, tirarla y reemplazarla con otra, más o menos lo que harías con un tiesto. Vamos a la casa y ya lo verás.

Reid no me había soltado la mano, me dejó ir cuando me ayudó a subir a un todoterreno que sí parecía el coche de un granjero. Había barro dentro y fuera, que luego llegó sobre mi vestido y no me importó para nada.

No tardamos mucho, unos dos minutos en ver la casa y era muy bonita. No grande, pero era la típica casa de granja. Con su veranda, sus dos plantas. Incluso había un montón de perros por ahí correteando.

No vi gallinas y estaba un poco decepcionada. Luego recordé que se podían comprar y eso estaba en el primer lugar de mi lista. Tenía una, la hice dos segundos después de hablar con Rick. Entendí que tenía una segunda oportunidad de vivir y no pensaba desperdiciarla.

Gallinas. Salto en paracaídas. Una semana en alguna playa. Aprender a esquiar. Tener sexo de nuevo. Enamorarme. Tener hijos. Ser feliz. Vivir.

Entramos en la casa y me sorprendí al no encontrar ninguna mancha de barro. No sé, siempre había pensado que en las granjas había animales y barro, mucho barro. Pues estaba equivocada.

—¿Quieres un tour de la casa ahora o prefieres descansar? —me preguntó.

—Quiero escuchar sobre la casa durante el desayuno si no es mucha molestia.

—¡Joder! Perdona, se me ha pasado totalmente —dijo Reid, y de nuevo, me tomó de la mano y me llevó hacia la izquierda donde dos segundos después vi que estaba la cocina—. Siéntate y te preparo algo, ¿huevos, tostadas o azúcar?

—¿Azúcar es una opción para el desayuno?

—Sí, los domingos en casa siempre fueron para todo lo que mi madre consideraba poco saludable. Cereales, tortitas con sirope y nata, bizcocho, una vez incluso desayunamos tarta de cumpleaños.

—Tuviste una infancia interesante —murmuré.

Y no solo eso. Estaba segura de que había sido perfecta. Lo fue. Reid me lo contó mientras preparaba huevos revueltos y luego mientras desayunábamos juntos.

Después me llevó a ver la casa.

En la planta baja estaba la cocina que ya había visto. Armarios de color blanco, tiradores en negro y suelo impoluto. En el comedor cabían por lo menos veinte personas y el salón parecía el de un gigante. Tres sofás, mesita de café un poco más pequeña que la mesa del comedor y sillones.

La parte buena es que todo se veía cómodo. Se veía hogareño, como si una familia estuviera disfrutando de la casa.

También había un despacho, un aseo y un cuarto de invitados con cuarto de baño. Ese cuarto pensaba que sería perfecto para mí, pero luego subimos a la primera planta y me enamoré

del dormitorio principal.

—Wow.

Eso fue todo lo que salió de mi boca.

—Espera a ver el vestidor y el cuarto de baño —dijo Reid sonriendo.

No es que fuera grande o bien decorado o que tuviera la cantidad justa de cojines o de detalles, o que había una otomana delante de la chimenea. No sé, era como si estuviera en mi casa, como si esto llevara años esperándome.

—No puedo, es tu habitación —murmuré.

—Si quieres ser viuda tan pronto puedes intentar dormir en alguna de las otras habitaciones, pero te advierto que mi madre no estará feliz y tomará medidas.

No sabía si bromeaba o no. Ayala parecía una mujer amable, ya sabes, no la típica suegra que mira de arriba abajo a la esposa de su hijo. Tal vez estaba equivocada.

—Mira, tenemos dos opciones. La primera es que esta será tu habitación y con el tiempo será nuestra. La segunda es de choque, empezamos por acostumbrarnos uno al otro. Despacio. Simplemente aprendiendo lo que le gusta al otro, lo que se puede, lo que no.

¿Dormir con Reid? Porque estaba segura de que lo que él estaba sugiriendo no era consumir nuestro matrimonio. Yo no quería. No estaba preparada.

¿No?

Aunque no tenía sentido perder el tiempo. ¿Qué esperaba a ver si podía hacerlo?

—Podemos compartir la habitación —dije en voz baja, mirando la cama porque no quería ver su expresión.

¿Y si veía ahí el deseo? ¿O la repulsión?

Estaba pensando demasiado.

—De acuerdo. En el vestidor hay algo de ropa que mi hermana ha traído para ti, es algo de la tienda de Evie así que no sé si te servirá para ir a ver a las gallinas. Si no encuentras algo te puedo prestar unos pantalones cortos y una camiseta —ofreció Reid.

El temor desapareció por arte de magia con la palabra gallinas. Evie, la madre de Sofia y Aurora, que había conocido días antes, era un amor y una de las mejores diseñadoras del mundo. Sus vestidos eran tan caros que se vendían a unos precios tan desorbitados que yo no me había comprado ninguno.

Tenía dinero, pero ahora, antes no. Cuando era una adolescente que soñaba con ir a eventos con un vestido de gala al brazo de un hombre guapo, no tenía acceso a tanto dinero. Luego solo quería morir.

Y ahora estaba casada a punto de ir a ver las gallinas.

Reid se marchó y pude comprobar que en la tienda de Evie se vendía más que ropa de gala. Me habían conseguido de todo. Vaqueros, camisas y camisetas, camiones y pijamas, abrigos y chaquetas, vestidos, botas y zapatos. El lado izquierdo del vestidor estaba lleno, más o menos, con la ropa de Reid. El derecho lo habían llenado tanto que ya no cabía ni siquiera una percha.

O sea, no me hacía falta llamar y pedir mi ropa de casa. Ya tenía todo lo que necesitaba.

Vestida con vaqueros y camiseta fui a ver las gallinas de Reid. Eran muchas. Pequeñas, grandes, blancas, coloridas.

Oh, pero lo mejor de todo fue el momento de recoger los huevos en una pequeña cesta. Algo tan sencillo, algo que llevaba haciendo la humanidad desde casi el principio, me trajo tanta felicidad que me eché a llorar.

Reid maldijo al ver mis lágrimas.

—También se llora de felicidad —le dije.

—Ya, eso me dicen, pero para mí es lo mismo. Las mujeres deberían venir con un manual de instrucciones. Lágrimas de furia, mejor correr. Las de tristeza, abrazar y animar. ¿Qué hago con las de felicidad? Reír parece fuera del lugar, ¿no?

—Tienes razón —sonreí, secando mis lágrimas.

Reid me sonrió de vuelta.

Luego me hizo un tour de la granja y todo lo que hice fue asombrarme de todo lo que estaba viendo. Los animales, los campos, los establos. Los tractores y otras maquinarias que nunca había visto en mi vida.

Reid me contó que se despertaba cada día a las cinco de la mañana, a veces a las cuatro, para dar de comer a los animales y limpiar. Luego se iba al campo o se quedaba cerca de la casa arreglando algo o lo que hiciera falta en ese momento.

Y no, aun no me lo podía creer. Tenía que verlo.

Para la cena comimos algo que la cocinera/empleada de hogar de Reid había dejado preparado. Venía cada día porque él no limpiaba, podía, pero no le apetecía hacer más que tirar su ropa sucia en la cesta y poner los platos en el lavavajillas. Tampoco cocinaba, sabía cómo, pero no tenía tiempo.

Luego llegó la hora de irse a dormir y Reid dijo que tenía que comprobar algo en los establos. Nunca en toda mi vida me había duchado tan rápido. En menos de quince minutos estaba en la cama obligándome a quedarme dormida antes de su llegada.

¿Era cobarde? Sí, mucho.

Lo escuché llegar, moverse por la habitación, entrar y salir del cuarto de baño, meterse en la cama.

—Quince años —dijo de repente Reid.

Mantuve los ojos cerrados, fingiendo dormir.

—A los quince perdí mi virginidad con Karla Perris. Ella tenía diecisiete, era rubia y en ese momento pensaba que lo nuestro era amor. Duró tres semanas, pero después no tuve ningún problema en conseguir ni novias ni mujeres a las que llevar a la cama así que respira, Sofia, respira.

¿Cómo que respirar?

—No voy a forzarte —dijo.

Seguimos en silencio, él pensando, tal vez, en Karla, y yo intentando calmar mi corazón y mi mente. No podía dejar de pensar. Parecía que no habían pasado los años y yo estaba de vuelta en el sótano.

—¿Te han hablado de los sábados? —preguntó él y quería contestar, pero me fue imposible, aun así, Reid continuó—. Es día de reunión en la familia y ya has visto lo que ha pasado en la boda, es más o menos lo mismo. No sé cómo empezaron a tradición, pero me hace sentir especial, ¿sabes? Hay tantas familias rotas, hijos que no quieren ver a los padres, abuelos que se niegan a pasar tiempo con los nietos. Nosotros no, nosotros estamos ahí todas las semanas y es imposible no encontrarte con algún miembro de la familia si vas a la ciudad.

Sin darme cuenta abrí los ojos y Reid seguía hablando. Estaba tumbado boca arriba, las sábanas cubriendo sus piernas y poco más. Su pecho desnudo no. Y es así como me quedé dormida, viendo el pecho musculoso de mi marido.

Desperté sola a las nueve y media.

Cuando era niña me despertaba y saltaba de la cama en un abrir y cerrar los ojos, la adolescencia trajo consigo las pocas ganas que tenía de enfrentarme al mundo y en los últimos

años simplemente me quedaba ahí pensando en si iba a tener suerte ese día. La suerte de ponerle fin a mi vida.

Hoy no.

Estaba descansada, como si hubiera dormido tres días y tres noches, y no perdí el tiempo. Me levanté y fui al cuarto de baño. Mientras me cepillaba los dientes me miré en el espejo. Mi cabello estaba tan enredado que iba a ser imposible peinarme.

Abrí un cajón y luego otro. El destino hizo que en el tercero encontrara unas tijeras. Sonriendo cogí un peine y me puse manos a la obra.

Salí de la ducha sintiéndome como nueva. Elegí un vestido amarillo para el día ya que fuera el sol brillaba fuerte y unas botas porque quería ir a ver a mis gallinas.

Justo bajaba las escaleras cuando le di el susto de su vida a Reid. Él abrió la puerta y me vio. Se quedó como si estuviera viendo un fantasma. Yo me di cuenta de que hubiera sido mejor esperar.

Pero entonces Reid dijo: —¡Jesús, eres tan hermosa!

Capítulo 17

Aurora

El día había empezado fenomenal.

Me había desesperado en mi caravana y el café me lo tomé sentada en mi silla rosa mirando mi casa. Mía y de nadie más. Planeaba dormir dentro esta noche ya que por fin había conseguido acabar la instalación de las tuberías. El fontanero me dio el visto bueno después de comprobarla e incluso me felicitó por el buen trabajo.

Me puse mi ropa de trabajo, vaqueros, camisa blanca de manga larga que al final del día acabará siendo de color gris o peor, botas con protección en la punta porque había aprendido mi lección después de dejar caer una caja sobre mi pie derecho.

Estuve sentada en la cama, silla o lo que fuera, durante siete días interminables por ese error. Pero de los errores se aprende y podía decir que hasta este momento fui una tonta. Había tantas cosas que no sabía, tantas que había aprendido y aún más por averiguar.

La carpintería era la próxima en la lista. También quería construir una chimenea, vale, quería tres. Una en el salón, otra en el despacho/biblioteca y otra en el dormitorio. Tenía tiempo, era lo único que me sobraba.

Tiempo.

Después del café empecé a recoger la habitación, mi futuro dormitorio. Faltaba pintar, pero tenía las ventanas y el suelo, el cuarto de baño funcionaba y no solo eso, tenía agua caliente y una bañera enorme que me estaba llamando a gritos.

Entre limpiar y traer mis cosas dentro debía buscar un momento para ir a comprar unas sales de baño porque me negaba a tomar un baño sin sal.

En ese momento las cosas se jodieron. El grifo del lavabo goteaba cuando con menos de veinticuatro horas antes había funcionado perfectamente. La puerta de repente empezó a hacer un ruido que me estaba sacando de quicio. Me llamaron de la tienda para avisar de que mi cama no iba a llegar hoy y tuve que improvisar una porque era tan cabezota que quería dormir aquí esta noche.

Cogí unos palets de madera que me habían sobrado y los puse uno al lado del otro. No estaba mal, pero luego me líe y me puse a pegarlos juntos y a construir un cabecero también ya que no se veía demasiado bonito. Obviamente le faltaba una mano de pintura y perdí toda la mañana con eso.

Me resbalé por las escaleras porque de alguna manera la pintura había llegado en la suela de mis botas. Iba a tener un bonito moretón en el trasero mañana, pero como no me lo veía nadie importaba muy poco.

Me di un golpe en el dedo con el martillo. Casi me meto un clavo en el mismo dedo con el martillo eléctrico. Me atraganté con el bocadillo en el almuerzo.

Empezaba a preguntarme si alguien me había echado un mal de ojo porque esto no era normal. Había tenido accidentes en los últimos seis meses, pero no todos en el mismo día.

Luego llegó Sofia.

Iba hacia la cocina donde guardaba mi caja de primeros auxilios para vendar mi dedo que al final había recibido no un golpe, no un clavo. Le había hecho un corte con el cúter. La vi

aparcar su coche frente a la casa y abrí la puerta.

—Oh, Ro —suspiró ella en el instante en el que bajó del coche.

Esta chica iba a matarme con su cariño y empatía.

—Estoy bien, solo es un poco de sangre —dije.

—Es lo que el mundo piensa que es un poco y luego lo que tu piensas que es —murmuró ella siguiéndome hasta la cocina—. Un poco son tres gotas, cuando tú dices un poco es un cubo entero.

—Estás exagerando, Sofia.

No, era verdad. Se refería al momento en que se me resbaló el mismo cúter en la pierna y me desangré hasta casi al borde de la muerte. Si no hubiera sido porque ella se había olvidado el bolso aquí estaría muerta.

Cogí la caja y me senté a la mesa de la cocina, que no era ni cocina ni nada. Solo una habitación vacía en la que había montado dos armarios para guardar mi cafetera y una pequeña nevera portátil.

La mesa sí era de verdad. Fue mi primer proyecto de carpintería. La tienda se confundió con un pedido de materiales y me mandó esta madera de teca de dos metros. No la mandé de vuelta porque me encantó y solo tardé cinco horas en ponerle patas.

Bueno, fue investigar, comprar, aprender. Era mi orgullo.

Sofia colocó su bolso en la mesa y luego me quitó la caja de la mano. Se desinfectó las manos y se puso los guantes. Después preparó lo necesario para tratar mi herida. Yo me dejé hacer y esperé.

Ella no estaba bien.

O sea, ya no quedaba nada de la mujer que había conocido en la boda de Bella. Era una mujer alegre que siempre sonreía. En serio, siempre. Parecía que se había hartado de sufrimiento, que se le habían agotado las existencias y ahora solo quedaba la alegría.

Al principio pensaba que era el shock, que no podía creer que se había casado con un hombre que conocía de dos días. Pero no, las semanas pasaban y ella seguía feliz. Era feliz y punto.

A veces se quedaba callada, pero se le pasaba enseguida porque no podía lidiar sola con lo que le estaba pasando por la cabeza. Ella mismo me lo dijo la primera vez que vino a verme. Me preguntó si podía pedirle un consejo.

Yo estaba jodida en ese momento, pero de todos modos dije que sí. Además, nadie de mi familia se había atrevido a venir a verme y ella sí, así que si quería un consejo no me costaba nada premiar su coraje.

Hoy tampoco tuve que esperar mucho.

—No me desea —dijo en voz baja.

Wow... ya sabía que iba a llegar este día.

Ella llevaba casada con Reid seis meses, matrimonio que según ella no habían consumido. Seis meses de dormir juntos y nada había pasado. O mi primo era gay o un santo.

—Entonces ¿por qué se ha casado contigo? —pregunté.

—No lo sé, ¿por pena? Tendría pecados que limpiar y nada mejor que hacerle un favor a una pobre amargada.

—Reid tendrá sus pecados, pero no estoy segura de que esta es la manera que él elegiría para...

—¡Ni un beso, Ro! ¿Qué hombre conoces tú que puede estar seis meses sin nada de sexo? Porque si a mí no me toca es que está tocando a otra, ¿no crees?

Ok, no estaba preparada para esta conversación ni tenía el ánimo adecuado.

—¿Se lo has pedido?

—¿Qué? —El asombro de Sofia era demasiado gracioso como para no echarme a reír.

—Sofia, cariño, es tu marido, sois una pareja casada y la comunicación es uno de los pilares del matrimonio. Habla con él, dile lo que quieres, lo que deseas.

—¿Y si no puedo?

—¿En serio? No he visto pareja más compatible en mi vida, tenéis una conexión increíble. He presenciado momentos en los que Reid supo lo que querías sin abrir la boca y hablar. Sois amigos. Le has contado sobre lo que te ha pasado. Te ha hablado sobre su vida, toda su vida. Tú mismo me lo has dicho, que puedes hablar con él de todo. ¿Cómo no vas a poder decirle que quieres un beso?

Sofia se inclinó hacia mí y dijo en voz baja: —Quiero un beso y puedo pedirlo, lo que no sé es si puedo hacerlo sin tener una crisis.

—¿Y qué? Es Reid, el hombre que te ha traído los polluelos a la cama cuando han salido de los huevos. Si te besa y te pones a llorar, pues te abrazará, te animará y mañana lo intentará de nuevo. ¿Todavía no sabes qué hará lo imposible por ti?

—Eres increíble, ¿lo sabías? —dijo Sofia sonriendo.

Le sonreí también, aunque increíble no sería la palabra que yo usaría.

—Necesito sales de baño, ¿vamos de compras? —propuse.

—Le he prometido a Aria tomar un café esta tarde, ¿te importa?

Un poco sí, pero sacudí la cabeza. Sabía que iba a buscar una excusa para no quedarme a tomar café. No es que no quisiera pasar tiempo con Sofia, era Aria. Bueno, era cualquier miembro de mi familia, excepto mi madre y Reid.

A los demás los había mandado al diablo porque de alguna manera yo era la villana de la historia maldita de amor entre Ares y yo. No sé qué ni cómo, pero ellos tomaron la decisión por mí y yo, de todos modos, prefería mi soledad.

No había ido a ningún almuerzo y no, la tía Ava no llegó a secuestrarme ni a amenazarme. La tía Isabella tampoco.

Vino mi hermano para regañarme por mi enfado con papá, pero ni siquiera sabía lo que había ocurrido y aun así había decidido que yo tenía la culpa.

Los mandé a todos al diablo. El chat de mensajería de la familia lo tenía silenciado y a veces extrañaba no saber qué ocurría. Quien había dado a luz, quien se había quedado embarazada, qué niño cumplía años este mes.

Fui a la caravana para recoger mi bolso y al echar un vistazo en el espejo vi lo que había hecho Sofia. Las vendas no cubrían el dedo con el corte, cubrían toda la mano y un poco de la muñeca.

Era genial, una buena amiga, de hecho, era maravillosa, pero esto se le daba fatal. No tenía el corazón de decirle nada así que por lo menos hoy iba a llevar la mano de esta manera. No podía usar la mano, pero tampoco la necesitaba mucho.

Cogí mi todoterreno para ir a la ciudad diciendo que necesitaba devolver algo a la ferretería y Sofia se me adelantó en su coche. El suyo era poco adecuado para la montaña, pero había visto el coche en un anuncio, se había enamorado y Reid se lo había regalado.

Y luego ella pensaba que él no la deseaba.

Como era tan buena amiga y había heredado los genes de mi familia que no podía vivir sin inmiscuirse en la vida de los demás, llamé a Reid.

—¿Qué le pasa a Sofia? Lleva unos días triste —dijo.

—¿Qué ha pasado con hola? ¿Qué tal, Ro? ¿Cómo va el proyecto?

—Ro —gruñó Reid.

—Ok, madre mía, que impaciente eres. ¿No crees que deberías habérselo preguntado si estás tan preocupado? Pero como ella es mejor amiga que tú le haré el favor de contártelo. Tienes que dejar de ser tan paciente, primo, y mostrarle a tu esposa que es la mujer de tu vida.

—Lo sabe —dijo de malhumor Reid.

—A veces hace falta más que palabras y regalos, ¿sabes? Es el momento de pasar a besos, ¿entiendes?

Reid se quedó callado y le di el tiempo necesario para asimilar la información.

—Entiendo, gracias Ro —dijo y me colgó.

Y no, no me había preguntado qué tal ni nada.

Por lo menos estuve entretenida en el camino hacia la ciudad. Sofia ya estaba aparcando a dos pasos de la tienda, pero yo no tuve tanta suerte y aparqué delante de la cafetería que pertenecía a los abuelos de Reid.

Bueno, ya no, la había cogido Andrew, su hermano, y la había cerrado para reformas. Andrew era policía como su padre, pero también era el cocinero de la familia, vale, el chef, aunque él ya había pasado de la etapa cuando cocinaba platos bonitos y extravagantes.

Ahora estaba volviendo a la comida de verdad, ¿sabes? Esos platos que saben rico y que te sacias cuando hayas terminado. No obstante, hubiera preferido que lo suyo fuera la repostería porque me apetecía comer una buena tarta de chocolate.

La pastelería había cerrado hace unos meses cuando la dueña decidió jubilarse e irse a vivir a Florida cerca de sus nietos y nadie se había atrevido a reemplazarla. Obvio, ningún postre que había comido en mi vida se podía comparar con los que la señora Olive preparaba.

Estaba pensando en probar uno de los pasteles del supermercado y debía haber prestado atención a lo que ocurría delante. Vi a Sofia, pero no noté que no estaba sola. Y luego fue demasiado tarde.

No podía darme la vuelta.

No podía correr hasta mi coche y conducir a mi casa.

No podía hablar.

No podía hacer nada, excepto mirar a Ares.

Era diferente, si no fuera por la intensidad de su mirada, por el color de sus ojos, no lo hubiera reconocido. Había adelgazado y ahora la parte inferior de su rostro estaba cubierto por una barba que la verdad es que le sentaba bien.

Seguía siendo el hombre más atractivo del mundo.

Y el más hijo de puta.

—Sofia, estaré en la tienda —dije cuando por fin conseguí aportar la mirada de Ares.

Maldita sea, justo hoy me había dejado las gafas de sol en casa. Ares se dio cuenta de que me quedé mirándolo como una boba. Sofia también. Por lo menos no había saltado en sus brazos y no le había pedido volver conmigo. Tampoco le había dado una bofetada y no le grité.

Fue un encuentro algo extraño, pero civilizado.

Cogí rápidamente lo que necesitaba y fui a pagar, pero como vi que Sofia seguía hablando con Ares, me di la vuelta para echar otro vistazo. Acabé comprando un montón de cosas que no necesitaba.

¿Bolsita de lavanda para los armarios? Bonita, necesaria si quieres que tu ropa huela bien, pero yo no tenía un armario. Todavía no. En la caravana guardaba mi ropa en una caja que alguien había nombrado armario, pero era una maldita caja en la que no cabía más de tres mudas

de ropa.

¿Ambientador natural? Igual, bonito, pero todavía no.

¿Pulsera de amatista? Más que bonita, pero teniendo en cuenta mis recientes accidentes no era buena idea llevar nada de joyas. De hecho, los tenía todos guardados en una caja. Pendientes, anillos, incluso el reloj.

Me lo había quitado un día y no lo he vuelto a coger. Me gustaba vivir sin saber la hora. ¿Qué prisa había? Me despertaba cuando salía el sol, comía cuando tenía hambre y me iba a dormir cuando estaba muy cansada, suficientemente como para dormir y no pensar.

¿Anillo de piedra de luna? Absolutamente fantástico.

Vale, he de reconocer que me dejé aconsejar por la vendedora y, en serio, ¿quién no necesita pendientes de citrino que te aportan creatividad y claridad mental? ¿Un collar de espinela para equilibrio? ¿Una pulsera para equilibrar las chakras?

Luego la mujer, muy amablemente, me dio un curso rápido sobre la limpieza de las piedras y no me refiero al polvo. Sentía la cabeza a punto de explotar de tanta información, pero aun pensaba ir a casa, encender mi portátil y aprender más sobre el poder de las piedras preciosas.

Me llevé puestas seis pulseras de color negro, turmalina, ojo de tigre, obsidiana. Debían protegerme de la energía negativa de los demás, pero yo lo que quería era proteger a los demás de la mía.

Y funcionó. Ares y Sofia estaban lejos, al otro lado de la plaza hablando con Aria, y aproveché para ir a mi coche y salir de allí como alma que lleva el diablo.

Aria y Ares. Bonito, ¿no?

Él quería un bebé o lo quería hace seis meses. Aria quería una familia. Estaban hechos uno para el otro.

Yo tenía mi casa.

Hace seis meses no tenía nada, excepto un corazón roto y una familia que pensaba que yo era la mala de la película. No sabía lo que quería hacer, si viajar mientras aclaraba mi mente y tomaba una decisión sobre mi familia, si encerrarme en mi casa y esperar.

Alguien tomó la decisión por mí.

El avión que me llevaba de Hagar a Nueva York tuvo un fallo y tuvimos que aterrizar en Lake Spring. Cogimos un coche y de camino a la ciudad nos encontramos con una vaca cabezota que no se quería mover de la carretera.

Mientras Ethan intentaba despejar el camino vi la señal.

Se vende.

Algo me impulsó a llamar al número y averigüé que vendían un terreno justo al margen de Lake Spring, tan al margen que pertenecía al otro pueblo. Eran diez hectáreas de bosque y unos dos para cultivos, pero ningún edificio.

Tampoco tenía electricidad, agua o gas.

Lo compré al siguiente día usando el dinero que había heredado de mi tío abuelo. Luego compré una caravana y me mudé allí.

Ethan perdió la cabeza.

Mi padre igual. Mi hermano. Ava. Los ignoré, las llamadas y los mensajes de texto cesaron después de un tiempo. El último que recibí fue uno de Ivy en el que me avisaba de que me iban a construir un muro alrededor de la propiedad.

Por mi seguridad y la suya.

Acepté porque eso significaba que me iban a dejar en paz.

Luego empecé a buscar ideas para la casa y lo que pensaba que sería el trabajo de un arquitecto y un constructor se convirtió en mi proyecto. Vi en YouTube los vídeos de una pareja que había construido una casa desde cero. Solos.

Me parecía buena idea probar.

Pensaba que iba a fallar y lo hice más de una vez. Me equivoqué. Tomé malas decisiones. Me empecé en hacer las cosas yo sola. No pedí ayuda.

No obstante, una semana en la cama con el pie inmovilizado me obligó a reconsiderar mi plan original. Contraté ayuda, expertos y trabajadores para echarme una mano. No para hacer todo el trabajo, solo para guiarme si lo jodía.

Y no podía estar más orgullosa de lo que había conseguido. Mi casa tenía una fundación fuerte, unos muros que resistirán a cualquier tormenta e incluso a un tornado. Iba a ser la más bonita de todas.

Aunque era un poco más grande de lo que necesitaba, pero era mejor tener más espacio que subirse por las paredes porque no cabía nada dentro.

—Hice un buen trabajo —murmuré aparcando el todoterreno frente a la puerta.

La veranda estaba a medio hacer porque la tienda no tenía la madera que yo quería y subí los ladrillos que hacían de escalera hacia la puerta.

Llevé mis compras al dormitorio donde había dejado otro trabajo a medias. Tenía que subir el colchón de la caravana para ponerlos sobre los palets. Necesitaba sábanas y una lámpara y lo tenía que hacer antes de meterme en la bañera para relajarme.

Una hora más y podría disfrutar de mi primer baño en mi casa.

Capítulo 18

Aurora

Tenía esperanza, a pesar de lo mal que habían ido las cosas desde la mañana, tenía la esperanza de terminar bien el día. Se esfumaron en el aire todas mis esperanzas cuando iba con el colchón a cuestras y vi un coche acercarse.

—¡Mira que eres boba! —dije en voz baja.

Siempre se me olvidaba cerrar la puerta. Le había dado un golpe hace un par de semana al cajetín y ya no cerraba de manera automática. Tenía que bajar del coche y cerrarla, obviamente se me olvidaba. Tampoco recordaba decírselo a Ethan o a mi prima.

Gracias a eso ahora mismo tenía que recibir a un visitante que no tenía ni la más mínima educación. No podías ir de visita sin avisar y bajo ningún concepto a la hora de la cena.

El coche era negro, un Mercedes que no pertenecía a ningún miembro de mi familia así que respiré algo aliviada. Podría ser algún empleado de la empresa de construcción que me asesoraba; les pagaba bien, pero no tanto.

Conseguí llegar a mis escaleras improvisadas al mismo tiempo que el coche y maldije en mi mente, luego en voz alta, al reconocer al conductor.

Maldito Ares.

Salió del coche y mi corazón dio un vuelco. ¿Qué? En teoría lo odiaba y no quería verlo nunca más en mi vida. Si pudiera yo misma acabaría con él de manera dolorosa. En práctica me moría por él.

Cuando no podía dormir me quedaba en la cama pensando en él. Aguanté, me tomé mucho esfuerzo no averiguar la razón de su marcha.

Fue un reto, no había otra justificación. Lo había rechazado, lo había evitado durante mucho tiempo. Luego obtuvo lo que quería de mí y se marchó.

Dolía como el infierno e intentaba no pensar en él muy a menudo, de hecho, hacía lo que fuera para no pensar. Trabaja hasta acabar agotada para quedarme dormida enseguida. Ponía música al máximo cuando trabajaba. Había aprendido a meditar.

Pero, al parecer, no había valido de mucho. Ares seguía en mi corazón.

Maldito Ares.

—¿Necesitas una mano? —dijo caminando hacia mí.

Retrocedí, pero no mucho porque atrás tenía el colchón y la pared. No había escapatoria para mí.

—¿A qué le debo su visita, señor Karalis? —pregunté, enviando un agradecimiento al universo al ver que él se paraba a un metro de mí.

La distancia no era la que más me hubiera gustado, pero por ahora era suficiente.

—Va a llover pronto.

—¿En serio has venido para hablar del tiempo? —espeté asombrada.

—No, pero si pretendes dormir sobre ese colchón esta noche deberías meterlo dentro. Luego te diré por qué he venido.

¡A la mierda con la lluvia, el colchón y la madre que le parió!

Me di la vuelta, abrí la puerta y le di un empujón al colchón. Cayó en el medio de la

entrada, en el suelo que a pesar de mis intentos de mantener limpio seguía lleno de polvo. Al fin y al cabo, esto era una zona de obras.

—Listo —espeté volviéndome hacia Ares.

—Creo que estás un poco alterada y...

—¡Vete al diablo, Ares! —grité.

Alterada. ¿Yo? Claro que sí, aunque no poco. Estaba que me llevaban los demonios o a punto de llamar a alguno para que se llevara a Ares.

Primero aparecía en mi casa cuando no tenía ninguna razón. Luego se preocupaba por mi colchón. Como si no pudiera comprarme otro. Podía comprarme diez fábricas si quería.

No podía mirarlo más, no podía pasar ni un segundo más en su presencia sin usar alguna de las herramientas que estaban a mi alcance y usarlas hasta acabar con él.

¿Cuándo me había convertido en una persona tan violenta, tan sedienta de sangre? Será la soledad, seguramente.

Cogí el colchón y empujando, tirando, poco a poco conseguí llevarlo arriba por las escaleras hacia mi dormitorio. Lo coloqué sobre los palets y puse las sábanas. Faltaba una buena colcha y unos dos mil cojines, pero por ahora servía.

La lluvia había empezado, justo como había dicho Ares.

Sin comprobar si se había marchado o no me preparé el baño. Me apetecía beber algo frío, pero no caminar a través de la lluvia hasta la caravana para coger una bebida. Me metí en la bañera y estuve ahí durante mucho tiempo.

El agua se enfrió, pero abrí el grifo de agua caliente y eché más sal. No quería moverme de ahí. La lavanda estaba haciendo su trabajo, me estaba relajando. El agua caliente se sentía bien.

Y las vistas, bueno, eso ya era la mejor parte. La bañera estaba justo delante de una ventana, una tan grande como la pared. Tenía frente a mis ojos el bosque y con la lluvia era impresionante.

Salí cuando ya sentía que estaba tan relajada que podía quedarme dormida y no quería hacerlo en la bañera. Y estaba medio dormida, relajada y todo.

Luego ya no porque entré en mi dormitorio, envuelta en una toalla y encontré a Ares sentado en mi cama. El fuego ardía en la chimenea. Mi chimenea.

Mi cuerpo ya estaba caliente después del baño, pero no tan caliente como la sangre que empezó a correr por mis venas. La furia llegó en un instante y me hizo perder el control. No pensaba.

No lo hice.

Solo sentía.

El dolor.

La tristeza.

No sé cómo llegué a la cama, tampoco sé cómo levanté la mano para abofetear a Ares.

Su cabeza giró hacia un lado y enseguida volvió. Me miró a los ojos y no estaba sorprendido. Ni siquiera enfadado.

¿Qué había hecho?

—¡Oh, no! —exclamé cuando me di cuenta de lo que había hecho.

Me quedé mirando su rostro ensombrecido, algo que era relativamente fácil de hacer con la luz de la luna que se filtraba entre los árboles del exterior y la luz de la chimenea. Debería...

¿Qué debería hacer?

Distraerlo de lo que acababa de hacer, le di una bofetada. Yo, Aurora Kader, había

abofeteado a un hombre y no podía decir que fue en defensa propia. Ares no me estaba amenazado.

Entró en mi casa sin mi permiso, vale, estaba en mi cama, pero yo no corría peligro. Solo mi corazón.

Y entonces me rompí.

—Lo siento, Ares, juro que no sé qué me pasó.

Y lo lamenté mucho, él estaba allí, callado. Mirándome. Y quería que supiera que a pesar de mis razones por golpearlo, estuvo mal y... me encontré arrastrándome hacia su regazo.

De repente tenía mis manos en su cabello, en la parte de atrás de su cabeza, y susurré: —Lo siento mucho, Ares.

Me apreté contra él y lo olía, sentía su calor, sabía que había hecho algo malo y quería mejorarlo. Mirándolo a los ojos, rocé sus labios con los míos.

Con ese simple contacto, sentí una descarga eléctrica en mis labios como nunca antes había sentido en mi vida.

Su cuerpo se quedó completamente inmóvil.

Entonces sentí su mano en mi cadera. Luego se deslizó hasta mi cintura.

Fui a darle otro beso y, de nuevo, susurré: —Lo siento.

Luego fui a darle un beso de verdad y saqué mi lengua, deslizando la punta por el pliegue de sus labios.

¡infiernos! Soñaba con sus besos.

Apenas tuve tiempo para pensar en lo mucho que los había extrañado antes de encontrarme boca arriba, con el peso de Ares sobre mí, toda su mitad inferior presionándome contra el colchón.

—No lo hagas —gruñó—. Ahora no es el momento.

Él estaba sobre mí, su cuerpo cubriendo, presionando. Sus palabras contradecían sus acciones.

Ahora sí que era el momento. Podía sentirlo acumulándose entre mis piernas, podía sentir ese atisbo endureciéndose en mi muslo.

Estaba mal, estaba bien. No podía pensar, de hecho, no quería. Se me había quedado grabado en la mente y en la mano su mejilla. Lo había golpeado fuerte y no podía vivir con eso. No sé, de repente, me parecía que lo que acababa de hacer era el pecado más grande del mundo.

Moví ambas manos hacia su cuello, su dorso, los dedos en su cabello y usé esas manos y su rigidez para levantarme y puse mi boca de nuevo en la suya.

—Di que me perdonas —dije suavemente.

—Aurora, no...

Interrumpí lo que fuera que iba a decir deslizando mi lengua en su boca y tocando la suya.

Su cabeza se echó hacia atrás. Mi cuerpo se puso rígido. Él no se movió. Me agarré de su cuello y lo miré mientras me miraba fijamente. Esperé.

Quizás un beso no fue lo correcto para obtener su perdón. Quizás simplemente vino a mi casa a, no sé, preguntar por la construcción o por la fiesta de cumpleaños de Sofía. Y yo, bueno, me estaba comportando como una tonta.

—Te lo dije —murmuré, perdiendo la fuerza de mi voz con cada sílaba—. Sabía que me ibas a romper el corazón. Por eso no quise nada que ver contigo. ¿Funcionó? No, claro que no y aquí estoy. Me he convertido en una mujer amargada y violenta. ¿Quién me querrá ahora? Es que tampoco quiero a nadie. Solo a ti. ¿Qué dice eso de mí? Amar a un hombre que me ha hecho

daño. Bueno, parece que al fin y al cabo soy hija de mi madre. Vete, ya te he pedido disculpas por la bofetada y apreciaría si este incidente se quedaría entre nosotros. Todos me odian por ese mensaje y lo... ¿por qué diablos soy yo la culpable? Tú te has marchado sin una palabra.

—¿Quieres respuestas o quieres que te bese? —preguntó.

Bueno, no lo pensé demasiado. Tampoco tuve que responder porque Ares lo leyó en mi cara. Movi6 una de sus manos que estaban en la cama a mis costados, apoy6 su peso sobre sus antebrazos, desliz6 una mano en mi cabello y su boca cubri6 la mía.

Abrí los labios y su lengua se introdujo dentro. Pasé un brazo por sus hombros y la otra mano subi6 hasta su cabello.

Él podía besar, maldita sea.

Gemí cuando se deshizo de mi toalla.

Gemí de nuevo cuando sentí que tomaba mi pecho izquierdo desde abajo, lo levantaba, luego lo agarraba con la boca y tiraba.

Entrelacé mis dedos entre su cabello, acercándolo a mí, sintiendo su barba rozando la piel sensible de mi pecho, todo eso me hizo retorcerme contra la polla dura que sentía presionando a través de sus vaqueros.

Soltó mi pezón y al segundo siguiente lo envolvió con sus labios y succionó profundamente.

Me soltó el pecho, ahuecó mi nuca y levantó la suya, acercando su boca a la mía y besándome de nuevo, fuerte y húmedo, profundo y largo, antes de inclinarse bruscamente y agarrarme por detrás de la rodilla.

Me arrastró hasta que mi trasero qued6 al borde de la cama. Se arrodilló en el suelo, colocando una de mis piernas sobre uno de sus anchos hombros, agarrándome por detrás de la otra rodilla y empujándola hacia arriba, inclinándose hacia mí. Debería haber sabido por la forma en que me besaba que me explotaría la cabeza con esto. Y, maldita sea, lo hizo y no es que fuera tan difícil conmigo.

Sentí que introducía un dedo en mi interior al mismo tiempo que trabajaba mi clítoris con el pulgar y, finalmente, sentí que su lengua se introducía en mí. Me cogió con el dedo y la lengua al mismo tiempo y yo ni siquiera sabía que se podía sentir tan bien.

Luego se fue. Ni su boca ni sus dedos estaban entre mis piernas. Abrí los ojos, miré hacia arriba y lo vi de pie al lado de la cama.

Y luego lo vi desabrochar los botones de sus vaqueros. Los bajó.

Se inclinó hacia mí. Metió un brazo entre mi cintura y el colchón. Puso una rodilla en la cama y se arrastró hacia mí, dándome su peso. Luego lo sentí. Su polla dura como una roca se deslizó a través de mi humedad hasta donde la necesitaba y se deslizó dentro.

Empezó a moverse, lento y dulcemente, inclinando la cabeza, recorriendo mi cuello con la lengua.

—Nunca me fui —susurró.

Sus palabras, la sensación de tenerlo dentro de mí, finalmente tenerlo de vuelta, sentí lágrimas en mis ojos mientras lo envolvía con brazos y piernas. Lo abracé fuerte, una mano vagando hacia su cabello.

Empezó a acariciarme con la polla hacia adentro y hacia afuera.

Fue lento, suave. Movi6 una pierna, levantando la rodilla, lo que lo empujó aún más hacia adentro y jadeé de nuevo, abrazándolo con más fuerza.

Abrí la boca en el instante en que la golpeó contra mí. Y luego me folló.

Sus embestidas eran tan poderosas que solo me tomó unas pocas embestidas. Rompí el

beso, giré mi cara hacia su cuello y grité mientras me corría. Apreté su cabello con fuerza en mi puño. Se enterró dentro de mí, se sacudió y sus caderas chocaron contra las mías cuando llegó.

Ambos nos quedamos allí, conectados, nuestras respiraciones agitadas eran lo único que podía escuchar. Sentí su mano hundirse en el colchón a lo largo de mi espalda y hacia arriba, sus dedos enredándose en mi cabello mientras levantaba la cabeza y la bajaba de inmediato para besarme, largo, húmedo y tan malditamente dulce.

Él rompió el beso, se levantó y salió de la cama, tirando de las sábanas sobre mi cuerpo. Me di la vuelta hacia un lado, me acurruqué y me quedé allí, mirando mientras él caminaba a través de la oscuridad hacia mi cuarto de baño.

¿Qué hice? Estuvo bien, me encantó, pero ¿qué significaba eso? ¿Qué significaban sus palabras?

Él nunca se fue. Eso fue lo que dijo.

Mi familia tenía razón. Yo estaba equivocada. ¿Cierto? Debería haberlos escuchado y ahorrarme meses de dolor.

Ares no estuvo en el baño el tiempo suficiente para que yo pudiera aclararme las ideas. Estaba de nuevo en la habitación, en la cama conmigo donde nos echó las sábanas encima y me acurrucó. Estaba tan cerca de él que podía sentir el latido de su corazón.

—¿Eso significa que me perdonas? —susurré en su garganta.

No me refería a la bofetada. Yo lo sabía. Él lo sabía.

Cualquiera que fuera su razón para dejarme hace seis meses, fue justificada. Yo fui y, tal vez, todavía era la villana de este cuento.

—No hiciste nada malo.

Levanté la cabeza de su pecho. Obviamente, Ares me estaba mintiendo.

—Nada malo, Aurora —repitió.

—¿Me estás mintiendo por qué no quieres herirme o por qué acabas de correrte y prefieres no discutir?

—Si lo preguntas, las dos. Pero ha sido un día largo para mí, por tus ojeras diría que para ti también, así que prefiero darme el placer de dormir contigo en mis brazos y discutir mañana.

—Ah, entonces hay algo de discutir —espeté.

—Solo porque insistes. Ahora duérmete —ordenó.

Volví a apoyar la cabeza en su pecho. Él presionó su mano en mi espalda para abrazarme más fuerte. Cerré los ojos y la boca. ¿Quién en su sano juicio discutiría cuando podía disfrutar de estar en los brazos de la persona amada?

—Lo siento mucho, muchísimo —le susurré en la garganta.

Ares tomó una respiración profunda antes de decir: —Eso es cosa del pasado, olvídalo. Yo lo hice.

Ahora sí que me estaba mintiendo y me acomodé en mi cama que no era una cama de verdad, en los brazos de Ares, sonriendo, cálida, saciada y feliz.



La mañana siguiente me desperté sola. Abrí un ojo y vi que el sol ya estaba arriba, pero de todos modos me acurruqué bajo las sábanas. Tenía que hacer un montón de cosas hoy, pero nada que no podía esperar.

Era mi primera noche, primera mañana en mi casa y quería disfrutarla. Luego me encargaría de lijar las paredes de la biblioteca y de mover las cajas de baldosas de la habitación

de invitados al cuarto de baño.

Sí, tenía un día ajetreado delante. Justo como me gustaba.

Había cerrado los ojos y me estaba quedando dormida de nuevo cuando escuché pasos. En un segundo me senté en la cama y metí la mano bajo la almohada.

¡Diablos! Se me había olvidado traer la pistola.

Pero en ese momento entró mi visitante y recordé lo que pasó anoche.

Ares.

¡Wow! De alguna mi cerebro está tan sobrecargado que había olvidado lo mejor que me había pasado en los últimos meses.

Oh, tal vez, era un mecanismo de defensa. Era el muro que rodeaba mi corazón, que estaba haciendo su trabajo protegiéndome de más dolor.

Pues debían esperar, el cerebro y el muro, porque, maldita sea, el hombre era demasiado bueno como para desperdiciar un minuto de su compañía. Ares en vaqueros, con el torso desnudo y sonriendo era increíble.

—Buenos días —dijo él.

Se acercó a la cama, se sentó y colocó una bandeja sobre mis piernas. Luego deslizó la mano en mi nuca, enredó sus dedos en mi cabello e inclinó mi cabeza. Me miró a los ojos. Esperando.

Y yo me perdí. Me perdí en sus ojos, en lo que reflejaban. Siempre había pensado que era una locura que podías mirar a una persona y ver el amor en sus ojos. Era algo mágico y me había preguntado si iba a ser capaz de reconocerlo cuando me iba a tocar a mí.

Sí, lo era.

Sí, Ares me amaba.

Le sonreí y entonces me besó.

Luego desayunamos en mi cama improvisada. De donde había sacado el café y los donuts era un misterio que quiso mantener. Ares solo tomó café y no pude tentarlo ni siquiera con un pedazo pequeño de ese dulce envuelto en chocolate.

—¿Me lo vas a decir? —pregunté mirando hacia la bandeja, intentando decidir si debía comerme otro donut. El de chocolate blanco se veía muy rico.

Además, era cobarde y no quería mirar a Ares, ni al pedírselo ni al escuchar la razón que tuvo para marcharse.

—¿De verdad necesitas saberlo?

Tardé medio segundo en asentir.

—Recibí una llamada de mi médico mientras estabas ocupada en la boda y tuve que volver enseguida a Grecia —dijo Ares.

Se veía diferente, lo había notado, pero no pensaba que fuera porque estaba enfermo.

—¿Estás bien? —murmuré.

Ares no contestó enseguida.

¡No, por favor, no!

—Me marché hace seis meses, Aurora, porque no sabía lo que me deparaba el futuro, ni siquiera si iba a celebrar mi próximo cumpleaños. No pensé en nada, solo quería hacer todo lo necesario para estar sano. Te escribí una carta que tu padre debía entregarte.

—No quise saber nada de ti —confesé.

Me sentía como si el mundo se cayera a pedazos a mi alrededor. Ares estuvo enfermo.

Oh, no, el mensaje. Ares pensaba que había leído la carta.

Oh, quería buscar un agujero en la tierra y esconderme ahí por el resto de mi vida.

—Estoy mejor, pero no curado y no debería haber venido ayer. No debería haberte tocado, nena. No es justo para ti —declaró Ares—. Pero, Dios, te vi y no podía marcharme otra vez de tu vida sin decirte la verdad, sin pedirte perdón por desaparecer en medio de la noche. Tenías razón al correr de mí, te rompí el corazón una vez y lo haré de nuevo porque el pronóstico no es bueno.

—¿No es bueno? —susurré.

—No. De dos a tres años.

No lo estaba mirando. No podía porque sabía que me iba a echar a llorar.

—¿Has hablado con la tía Isabella? —pregunté.

—¿Tu tía? No.

Sacudiendo la cabeza intenté ponerme de pie, pero acabé por hacer un lío con la bandeja. Al final mis sábanas terminaron manchadas de chocolate y café. No podía importarme menos.

—Es que, Ares, tu pronóstico no es definitivo si no lo dice mi tía. No hay mejor médico en el mundo —dije mientras buscaba mi móvil.

No estaba.

—Nena, entiendo que es difícil, pero ya lo he aceptado. Y no debería pedírtelo, pero...

—Calla, ¿quieres? La tía sabe mejor, ella hace milagros —dije.

Pero con cada segundo que pasaba mi confianza, mi optimismo disminuía. Si la tía podía hacer un milagro ya lo hubiera hecho. Ares era de la familia ahora, Bella ya le había pedido ayuda.

¡Joder, no!

Encontré mi móvil en el suelo, bajo una toalla y es entonces cuando me di cuenta de que llevaba la camiseta de Ares.

Llamé a Isabella, pero primero tuve que desbloquear su número, el de ella y de los demás miembros de mi familia. Tardó tanto en contestar que pensé que no iba a hacerlo, que no quería hablar conmigo.

No podía culparla. Llevaba meses ignorándolos.

—Buenos días, Ro —dijo ella.

—Hola, Isabella. Ares. ¿Dos a tres años?

Estaba segura de que ella lo sabía. No podía no saberlo.

—Sí, más o menos.

Tuve que sentarme porque no me lo esperaba. La tía había encontrado la cura para el cáncer. El mundo entero ya no vivía con el miedo a esa mierda de enfermedad.

—¿No puedes hacer nada? —pregunté en voz baja.

—Yo sí, pero no depende de mí. Necesito algunas células madre y desgraciadamente, es imposible encontrar algunas compatibles con Ares. La única posibilidad es que tenga un hijo, entonces podríamos usar sus células madre ya que la enfermedad de Ares no es genética, sus hijos no la pueden heredar.

—¿Y eso lo curaría? —pregunté mirando a Ares.

—No estoy segura, pero de todos modos solo hay dos posibilidades: curar o alargar esos dos, tres años a diez, quince. Tengo que hacer algunas pruebas más.

Eso era más que suficiente.

—Haz eso, Isabella —dije.

—Muy bien, os veré a los dos el sábado, ¿verdad, Ro?

El precio por pagar por curar a Ares era volver al seno de mi querida familia. Bueno, iría al infierno por él así que no era demasiado alto.

Colgué y le sonreí a Ares. Luego me puse de pie y me quité la camiseta.

—Vamos a hacer un bebé.

—¿Qué?

Entendía su sorpresa, incluso su reticencia cuando me senté a horcajadas sobre él. Lo empujé hasta tumbarse sobre el colchón y dije: —Células madre, bla, bla, bla. Un bebé. Si tenemos un bebé Isabella puede encontrar la cura.

Este hombre iba a morir antes que otros, más pronto de lo que era normal y esperaba sorpresa, alegría, incluso ganas de empezar, ¿sabes? Pero no, Ares Karalis puso las manos sobre mí y me echó a un lado.

—De ninguna maldita manera —gruñó poniéndose de pie.

Bueno, déjame decirte que no era la reacción que esperaba.

—¿Por qué no?

—¿Has pensado en lo que acabas de decir, Ro? Tener un bebé conmigo para salvar mi vida. No voy a traer un hijo a este mundo para salvarme.

—¿Por qué no? Hay padres que lo hacen todo el tiempo, tienen un hijo para salvar a otro.

—¿Y qué pasa si no funciona? ¿Cómo crees que me sentiría yo sabiendo que voy a morir dejando a mi hijo sin padre?

—Por lo menos tendrás el tiempo suficiente para verlo nacer, sostener, dar sus primeros pasos, hablar. Si es un varón será niño de mamá así que si quieres una pequeña...

—¡No, Ro! ¿Entiendes lo que estoy diciendo? No voy a tener un hijo contigo.

—Claro, pero querías tener uno con Sofia.

Se había terminado.

Yo estaba desnuda, ofreciéndole la oportunidad de vivir más y él me rechazaba. Vale, yo no iba a suplicar.

Intenté coger la sábana y cubrirme, pero estaba enrollada y sucia así que maldije en mi mente. Me puse de pie y caminé hacia el cuarto de baño con la cabeza alta. Y desnuda.

—Ro.

—Mensaje recibido, Ares. Quieres morir. Hazlo, pero a mi déjame fuera. No necesito esto en mi vida.

Entré en el cuarto de baño y ni siquiera cerré la puerta. Abrí el grifo de la ducha y me metí debajo del agua fría. No había nada mejor que una ducha fría para despejar la mente. También servía para ocultar las lágrimas que se deslizaban sobre mis mejillas.

Lágrimas de impotencia, de tristeza, de pena. De amor.

Si me hubieras preguntado ayer si quería volver a ver a Ares, si quería tenerlo de vuelta en mi vida, la respuesta hubiera sido negativa. Pero verlo, besarlo, estar con él me ayudó a darme cuenta de que lo amaba más de lo que pensaba.

Y no, no era solo el corazón roto. Tampoco era venganza. Sí, por un breve instante había pasado por mi mente ese pensamiento. Enamorarlo, hechizarlo tanto que sería capaz de hacer cualquier cosa por mí y luego darle una patada en el trasero.

O dejarlo plantado frente al altar.

Pero no, no lo hice y averigüé que Ares no tenía ningún problema en herirme a mí. Me dejó cuando pensaba que estaba gravemente enfermo. Vale, lo entendía. No me conocía tan bien en ese momento, no habíamos tenido tiempo de declarar nuestro amor mutuo eterno.

Y ahora me estaba dejando otra vez. Que sí, le ofrecí vivir, tener un hijo con él, pero él prefería morir a ser padre conmigo.

¡Diablos, eso dolía!

—Aurora.

Escuché su voz, pero no me di la vuelta.

¿Por qué no se iba?

—¿Qué más quieres de mí, Ares?

Entonces sentí sus manos sobre mis hombros y cerré los ojos. Maldito hombre por no hacer lo que quería de él.

Nunca.

—¿Por qué nunca haces lo que yo quiero? Quería que te quedaras y te fuiste. Quiero que te vayas y te quedas —me quejé.

Ares deslizó las manos sobre mis brazos, sobre mi cintura. Terminaron sobre mi vientre.

—Quiero una vida contigo, un hijo o cinco, pero la quiero solo si tú quieres. No quiero que lo hagas porque sientes la necesidad de salvar mi vida. Los bebés se hacen por amor. ¿Entiendes? Amor, una vida larga y feliz a tu lado, eso es lo que quiero y no puedo garantizar...

—Oh, vamos, Ares, no hay garantías en la vida. Cualquier persona puede morir en cualquier momento y por lo que veo todo el mundo está ahí fuera, viviendo sus vidas sin pensar en qué pasaría. ¿Y qué si nuestro bebé crecerá sin ti? Por lo menos sabrá que me has querido tanto como para intentar vivir más tiempo conmigo. Pero tú no me quieres así que no entiendo por qué seguimos hablando, por qué sigues tú aquí.

—Te amo, Aurora.

Wow... eran las palabras que deseaba escuchar, pero no era suficiente.

—Necesito más que palabras —murmuré.

—Estoy aquí, ¿no? Estoy contigo a pesar de saber que es lo peor que podía hacer. Lo nuestro tiene un límite, se acabará y lo hará de la peor manera. Sufrirás. Te amo y no quiero que sufras, pero aún estoy aquí contigo.

—Entonces, hazlo bien. Si solo tengo dos años contigo, si al final voy a sufrir, haz que valga la pena. ¿Quién sabe? Tal vez al final nadie sufra —dije girando en sus brazos y deslizando las manos sobre sus hombros—. Según mis cálculos estoy ovulando, ¿por qué no le damos una oportunidad a lo nuestro? Si me quedo embarazada es que era el destino.

—Vas a sufrir. Yo voy a sufrir sabiendo que tú...

—Yo nada, Ares. ¿Crees que después de dos años contigo voy a encerrarme en un convento y llorar tu pérdida? No, hombre, estaré triste unos meses y luego me buscaré otro —dije.

—Claro, porque es lo que hiciste ahora. Tienes a otro, ¿dónde exactamente lo tienes, Ro? —preguntó.

—Luego te lo mostraré, ahora prueba a ver si puedes dejarme embarazada.

Y lo intentó ahí mismo, en la ducha.

Luego una vez más en la cama solo por si acaso no lo había conseguido la primera vez.

Capítulo 19

Sofia

No.

No podía hacerlo.

¿Cómo Dios iba una mujer a casa y le decía a su marido que quería sexo? Llevaba todo el día, más o menos desde que había vuelto de compras, intentándolo, pero no me salía. Me quedaba bloqueada, las palabras no salían y los gestos tampoco.

En cuanto sentía a Reid cerca mis piernas temblaban, mis manos eran nada más que trapos inservibles. Pero mi mente, oh, mi mente trabajaba a pleno rendimiento. Hasta ahora me había abalanzado sobre Reid en la cocina, en las escaleras, en los establos y el columpio. Me había tomado en todos esos sitios y en mil y una posiciones.

Estaba más excitada que nunca en mi vida y ni siquiera me había tocado.

Y ahora en lugar de subir conmigo al dormitorio había ido a ver a los cerdos. En serio, este hombre iba a volverme loca.

¿Era tonto? ¿No se daba cuenta de que me tenía lista? Solo tenía que decir ven. Es que era imposible no ver cómo me quedaba mirándolo, como una boba, boquiabierta. Preparé la cena y puse la mesa en el comedor y no en la cocina como hacía todas las noches.

Había recogido flores del jardín, flores que él mismo había plantado para mi cuando mencioné que me gustaban. Encendí velas y puse música.

Y no solo eso, este hombre llevaba meses sin relaciones sexuales. ¿O no?

Es que no lo entendía.

Cerdos.

Estaba a punto de romper algo o cometer un crimen y no ayudaba que los minutos pasaban y Reid no llegaba. Este hombre siempre iba a la cama a la misma hora y justo hoy se había buscado una razón para cambiar su rutina.

Me puse la bata sobre el camisón blanco y bajé las escaleras. Luego seguí el camino hasta donde esperaba encontrar a Reid y decirle lo que estaba en mi mente. No llegué.

Había llovido la noche anterior y bastante. Todavía quedaban charcos, algunos de agua, otros de barro. Y yo iba tan concentrada en lo que planeaba decirle a Reid que no presté atención a lo que ocurría.

O sea, no vi el cerdo que iba corriendo hasta que lo tuve frente a mí. De hecho, el pobre corría para salvar su vida y tuve la mala suerte de encontrarme en su camino. Acabé de espaldas en un charco con un cerdo que debió de encontrar muy apetecible mi camisón y empezó a mordisquearlo.

—¡Reid! —grité.

De alguna manera él era el culpable de mi situación.

Y llegó, claro que llegó, pero me echó un vistazo y quiso echarse a reír. Sí, lo vi, pero aparentemente no era tan estúpido y sabía que si se reía sería lo último que haría en esta vida.

—Ven, te echaré una mano.

Se inclinó hacia mí con la mano alargada y de repente escuché un gemido. Un instante después tenía a Reid sobre mí.

—¡Maldito cerdo! Me ha mordido —gruñó.

Y yo, pues yo no me aguanté las ganas de reír. Las de meter la mano en el barro y luego ponerla sobre la blanca camiseta de él tampoco.

—¿Qué? —preguntó mirándome.

Mi respuesta fue la otra mano con más barro sobre su hombro.

—Sofía —me advirtió.

Me encogí de hombros y sonriendo intenté ponerme de pie. Fue en vano porque Reid deslizó una mano y me atrapó. Volví a estar en el charco de espaldas con Reid sobre mí y no sé qué me pasó.

Metí las manos en su cabello y bajé su cabeza. Presioné los labios contra los suyos y cuando Reid no se movió, abrí la boca y lo acaricié con la lengua.

No tuve que hacer más. Yo lo empecé, pero Reid lo continuó. Me besó como si estuviera en el desierto y yo un muypreciado sorbo de agua.

Ya no tenía dudas sobre su deseo. Lo podía sentir en la dureza de su beso, en la urgencia de sus manos que me tocaban por todas partes, todas, excepto en las que necesitaba más.

—Reid —gemí cuando él deslizó la boca sobre mi cuello.

—¡Joder! —gruñó antes de quitar la boca de mí, quitar las manos y ponerse de pie.

—No puedes parar ahora —me quejé—. Te mataré y alimentaré a los cerdos con tu cuerpo. Nadie sabrá lo que ha pasado —amenacé.

—Buen plan —dijo él, sin verse afectado por mis palabras.

Alargó las manos, cogió las mías y me puso de pie. Luego me tomó en sus brazos y me llevó a los establos, a la parte de atrás donde...

—No, Reid, cualquier cosa menos eso —supliqué.

Eso era el lugar donde bañaban a los caballos. El agua salía de un rociador fijado en el techo que Reid abrió antes de meternos dentro.

Grité al sentir el agua fría cayendo, aunque tardé menos de diez segundos en decidir que no estaba tan mal. Total, Reid me mantenía caliente con sus besos. Con sus manos que me quitaron la bata y luego el camisón. Con sus dedos que me tocaron por encima de mis bragas.

Nada existía. Nada excepto yo, Reid, sus caricias.

Me tomó ahí mismo con el agua que intentaba enfriarnos, pero fallaba. No pensé en mi pesadilla. No sentí miedo ni tuve un ataque de pánico porque lo que me estaba haciendo Reid era demasiado para poder pensar.

Solo podía sentir placer.

∞∞∞∞

—Pancita —susurré deslizando mis dedos sobre el pecho de Reid.

Estábamos en la cama, nuestra cama, después del incidente del barro. Podía llamarlo de otra manera, pero no me apetecía. Estaré para siempre agradecida a ese charco y al cerdo por ayudarme a llegar aquí.

En los brazos de Reid, disfrutando de sentirme mujer.

—No —dijo él.

—Sí, se llamará Pancita y vivirá para siempre en la granja con nosotros. Al fin y al cabo, si no fuera por ella tú y yo...

Me callé.

—Tenía un plan —dijo Reid y lo miré curiosa—. Ro me llamó.

Ah, mi amiga que no podía guardar un secreto ni siquiera si su vida dependiera de ello.

—¿Y qué tenías planeado?

—Seducirte. Despacio. Pero tu plan fue mejor —dijo sonriendo.

De eso no había duda alguna, pero no lo dije.

—Nunca lo sabremos, ¿no crees?

Reid dejó de sonreír y empezó a seducirme. Y no, no fue mejor que la primera vez en el establo. Fue más largo, más intenso.

∞∞∞∞

A la mañana siguiente me desperté antes que Reid y fue un milagro. Lo dejé en la cama y bajé a la cocina para preparar el desayuno.

No había dormido mucho la noche anterior, tal vez había pillado un par de horas de sueño. Necesitaba pensar y analizar la situación.

Sí, éramos más que compatibles. El problema era que yo lo amaba. Me había enamorado de Reid, de mi marido, y no sabía cómo decírselo.

Sí, todo indicaba que él también sentía algo por mí. Estaba en todo, en la manera en la que me cuidaba, me protegía. Cualquier cosa que decía él me lo compraba, conseguía o lo construía él mismo.

Un día dije que quedaría bien un balancín en el jardín. Al día siguiente me construyó uno. Luego me compró plantas y me ayudó a plantarlas. Me traía flores cuando salía. Me preparaba mis comidas favoritas.

Esto no lo haría un hombre que no amaba.

No tenía ninguna razón por estar conmigo, ninguna excepto el amor.

Dinero tenía de sobra.

Aun así, no sabía cómo decir esas dos palabras.

Me senté en la mesa de la cocina y pensé. Y pensé más. Me tomé dos tazas de café y estaba tan nerviosa que cuando Reid entró en la cocina las palabras simplemente salieron de mi boca: —Te amo.

Y mi marido, con la camisa medio abrochada y el cabello húmedo, se acercó sin apartar la mirada de mí. Ahuecó la parte derecha de mi cara con su mano y murmuró: —Eso es bueno porque yo también te amo.

∞∞∞∞

Adicta. Obsesionada. Hechizada.

Lo hicimos tres veces anoche y una vez esta mañana en la cocina. Quería más. Necesitaba más. No podía dejar de pensar en Reid. Me pasé el día recordando lo que había pasado la noche anterior. Analicé todos los momentos, los besos, todo. Y al día siguiente igual. Y el otro también.

Y quería más.

El problema era que Reid estaba ocupado, además, llevaba todo el día en el campo reparando una valla que se había roto. Tuvo que buscar la mitad de las vacas que tomaron eso como una invitación para dar una vuelta por el vecindario.

Dudaba mucho de que él quisiera llevarme a la cama. Probablemente quería ducharse, cenar algo y dormir.

Quería algo que no iba a recibir y eso me puso de mal humor. Preparé la cena o, mejor dicho, lo intenté porque me olvidé de comprobar el horno y se quemó el pollo. Hice unos sándwiches de queso y me quemé el dedo.

Estaba maldiciendo cuando Reid entró en la cocina. Tenía el dedo en la boca y me miró. Lo miré.

Luego tenía el dedo en su boca y averigüé que no me molestaba el cuerpo lleno de polvo y sudado de Reid. Aunque después de tomarme en el suelo de la cocina me llevó a la ducha.

—Deberíamos irnos de vacaciones —propuso Reid.

—¿Puedes ahora? ¿No tenías que cambiar el tejado de los establos?

—Tengo que hacer muchas cosas, pero no haré nada bien si no puedo dejar de pensar en cómo me gustaría follarte. Unos días en alguna playa, solo nosotros dos, deberían ser suficientes para saciarme, ¿no crees?

Asentí y luego le di un mordisco al mejor sándwich de queso que había probado en mi vida.

∞∞∞∞

No. Unos días no fueron suficientes.

Llevábamos cinco días en una isla en Maldivas y el deseo que sentíamos no había disminuido. El primer día no salimos del dormitorio, excepto para ver la puesta de sol en la terraza donde terminamos haciendo el amor.

El segundo día dimos un paseo en la playa, el tercero nos bañamos en el mar y al cuarto día lo hicimos en la piscina. El quinto decidimos aprovechar ya que era el último.

No vimos nada de la isla y no echaba de menos interactuar con otras personas.

Quería quedarme más tiempo, pero Reid tenía trabajo en casa y yo quería hablar con Ro. Algo estaba pasando con ella y Ares y aunque quería verlos felices tenía dudas.

De todos modos, dimos un último paseo en la playa y no era tan horrible como decía la gente. La arena se te metía por todas partes, pero un poco de exfoliación nunca venía mal.

Pero luego vi la sangre que manchaba el interior de mis muslos.

—¿Sofia? ¡Dios! —Reid estaba preocupado, tanto que me cogió en brazos y me llevó a casa.

Me ayudó a ducharme a pesar de decirle que yo podía sola. Estaba sangrando, sí, pero me sentía bien. Algo preocupada, pero bien.

Luego me tumbé en la cama mientras esperaba al médico que Reid insistió en llamar.

—Es la menstruación —dijo el hombre.

Ya. Miré a Reid que estaba mirando al médico como si quisiera romperle la cabeza. Intentamos explicarle que no era posible, pero el hombre no cambió de opinión.

Se marchó, pero el sangrado seguía así que decidimos volver a casa y pedir una segunda opinión. El vuelo fue tranquilo y no solo porque no hubo nada de turbulencias. No hablamos, cada uno sumido en sus pensamientos.

Me estaba muriendo. Eso pasaba por mi mente, por la de Reid no sabía que pasaba.

Aterrizamos en Nueva York y fuimos directamente al hospital donde nos esperaba la tía y la prima de Reid. Isabella y su hija Avy.

Dos horas después las mujeres que había llegado a conocer y en las que confiaba con mi vida dijeron lo mismo. La menstruación.

—Pero, Isabella, mi médico me dijo que era imposible —dije.

—A veces pasa, Sofia, hay tanto que no sabemos sobre el cuerpo humano, aunque esta vez creo que se trata de un error. Lo que he leído en tu historial médico no coincide con los resultados de las pruebas que hicimos. Sin tener en cuenta lo que sabemos, lo que debía ser, diría que eres una mujer sana. Deberías pensar en métodos para prevenir un embarazo —dijo Isabella.

—¡No! —exclamé.

Dios, no. Si podía tener un hijo... ¿podía tenerlo?

Me eché a llorar al darme cuenta de que deseaba un bebé, lo deseaba tanto que me había obligado a no pensar en ello.

—Quiero un bebé —le dije a Reid.

Me sonrió, luego volvió a abrazarme y sabía que pronto iba a cumplir mi deseo.

∞∞∞∞

—Pancita te echa de menos —dijo Reid entrando en el salón.

Estaba tumbada en el sofá, echando una siesta antes del almuerzo.

—Y seguiré echándome porque, Dios, Reid, deberías bañarla —me quejé, mi estomago revuelto solo de pensar en el olor.

Obviamente, era un cerdo y los animales huelen, pero en los últimos dos días había notado un olor muy fuerte.

—Ok, pero ¿tú estás bien? —preguntó sentándose en el sofá.

La manera en la que colocó un mechón de mi cabello detrás de la oreja era algo que siempre me hacía sentir cosquillas. Pero la amaba y nunca pensaba decirle la verdad.

—Sí, solo necesitaba descansar un rato.

—Anoche te quedaste dormida mientras estaba en la ducha —dijo él y pensaba que se estaba quejando ya que por primera vez no hicimos el amor antes de dormir—. Y esta mañana te has despertado muy tarde.

Ok, definitivamente se estaba quejando.

—¿A dónde quieres llegar con esto, Reid? ¿Acaso no puedo descansar si estoy cansada? —espeté.

—¿Estás cansada o embarazada, nena?

Capítulo 20

Aurora

Estaba asustada.

Vale, lo había admitido.

Ares había vuelto a mi vida hace cuatro semanas y no nos hemos separado en ningún momento. Tuvo una cita en el hospital con Avy e Isabella y no me permitió acompañarlo. No me gustó nada y estaba segura de que no iba a volver.

Volvió.

Me ayudaba con la casa y averigüé que sabía mucho y también podía hacer muchas cosas. ¿Quién hubiera pensado que el CEO de una empresa inmobiliaria podía instalar una cocina entera? Sí, sí, desde armarios a horno y fregadero.

Muy difícil no era y yo me moría de ganas de empezar, pero estuve liada en la planta de arriba con la lijadora y al bajar había encontrado media cocina lista. Le permití seguir, aunque pensé que si desaparecía de mi vida debía cambiar la cocina porque no podría entrar ahí. Ni entrar, ni cocinar.

Sí, no me fiaba de él.

Su enfermedad no me preocupaba tanto como la idea de que un día haría las maletas y desaparecería.

Intentábamos tener un bebé, bueno, ya no porque estaba segura de que estaba embarazada. Era el destino, ¿no?

No se lo había dicho porque, una vez más, tenía miedo. No sé, era un miedo irracional. Ares no podía hacerme nada.

¿Marcharse? Vale, podía sobrevivir una vez más.

¿Abandonarme al averiguar que estaba embarazada? Ok, buen viaje. Tenía la habitación perfecta para el bebé justo al lado de la mía en la planta de arriba.

¿Maltratarme? No se lo permitiría.

Problemas con papá. Era una de esas mujeres.

Pasó de ser mi héroe a ni siquiera poder hablar con él.

El primer sábado después de la vuelta de Ares fue extraño. No para él, no para mi familia, para mí. Estuvimos en casa de mi hermano Zaid, celebrando el cumpleaños de su hijo Zayan.

Estuve charlando un rato con mi madre de la casa, de Sofia y poco más. A mi padre lo saludé desde lejos y a pesar de las miradas que me echaron los otros miembros de la familia no me acerqué.

Después de los primeros quince minutos se olvidaron de mí y continuaron como siempre.

Ares no tuvo ningún problema. Charló con mamá, con papá, con todos. Jugó con los niños y les ayudó a robar dulces de la mesa de postres. Parecía uno de ellos mientras que yo me veía como una extraña, sentada en una esquina calentando el vino de mi copa.

Volvimos a casa y durante una semana mi vida fue maravillosa. Sexo y trabajo. Trabajo y sexo.

Ares era un hombre muy interesante. Podía pasar horas hablando con él y nunca me aburría. No se quejaba que mi casa era una obra o que dormíamos en una cama hecha de pallets.

O que no tenía un porche en condiciones.

¿Sabes? Era el novio perfecto.

Excepto que no era mi novio. No oficialmente. Aunque llevarlo a comer con mi familia le otorgaba ese título. Nosotros no lo hablamos. Estábamos viviendo, disfrutando el uno del otro, esperando a ver qué sucedía.

¿Me quedaba embarazada o no?

Y ahora había llegado el momento de la verdad.

Ares estaba en el salón mirando las cajas de madera que habían traído por la mañana. Iba a ser difícil de poner, pero por lo visto a mí no me gustaban las cosas fáciles.

—Estoy embarazada —dije.

Ares se me quedó mirando por un segundo antes de sonreír. Luego tardó un segundo en llegar a mí y cogerme en brazos. Dio vueltas conmigo en mi salón. Riendo. Abrazándome fuerte. Estaba feliz.

—Nos tenemos que casar.

El embarazo no me mareó. Las vueltas tampoco. Pero esas palabras sí.

—No.

Ares me puso abajo y en el instante en el que mis pies tocaron el suelo, me alejé.

—¿Quieres repetir eso? —preguntó.

—No. No me voy a casar contigo.

La confusión de su rostro era casi cómica. Casi.

—No entiendo, Ro.

Oh, lo que yo entendía era que me llamaba Ro cuando estaba enfadado conmigo y era Aurora el resto del tiempo. No sabía si él se daba cuenta de ello.

—Vamos a ser padres. Tú eres la que ha insistido en tener un hijo para salvar mi vida. ¿Por qué diablos quieres eso si no piensas casarte conmigo?

—En ningún momento he dicho que no quiero estar contigo, de hecho, me gustaría pasar el resto de mi vida contigo, pero no quiero casarme. Total, es solo un papel —dije.

—Si fuera solo un papel no tendrías problema alguno en casarte, Ro.

—Mira, Ares. Es lo que es. Vamos a tener un bebé, si quieres estar conmigo bien, si no puedes hacerlo sin estar casados ahí está la puerta.

—¿Me estás echando? —gruñó.

—No. Estoy poniendo límites. No al matrimonio. Si a una vida larga y feliz a tu lado, formando una familia.

—¡Jesús!

Y esa palabra fue la última en escuchar de Ares. Me miró desde el otro lado de la habitación. Debía estar pensando en qué hacer, qué decir. Podía ver en su cara que estaba pensando en zarandearme o gritarme para meter un poco de sentido en mi cabeza.

Luego se dio la vuelta y adivina qué hizo... se marchó.

Oh, como odiaba tener razón.

De todos modos, me quedé ahí quieta, mirando la puerta, esperando verlo volver.

Spoiler alert...

Ares no volvió esa noche.

El día siguiente tampoco.

No lo llamé. ¿Para qué hacerlo? Ya había tomado su decisión.

Con cada día que pasaba (eran ya tres desde que Ares me había dejado por segunda vez) más empezaba a darle la razón a él. Total, ¿qué me costaba casarme? Era el sueño de cualquier

mujer (ya no tanto, pero eso ya era otra historia).

Era el miedo otra vez. El rencor. Que ninguna de esas cosas tenía que ver con Ares era el problema. Debería arreglarlo, pero no sabía cómo.

Al principio fue un shock como una bola que se formó en mi estómago y creció hasta cubrirme en totalidad. Era odio. Era lo mismo que sentía cuando alguien hacía daño a alguien querido.

Odiaba a mi padre por lo que le hizo a mi madre.

No sabía cómo perdonarlo. No sabía si debía.

∞∞∞∞

Tres días. Luego otros tres. Y tres más.

Ares no volvió.

Los primeros días pensé que solo necesitaba tiempo. Luego que algo le había pasado y llamé a Sofia. Todo estaba bien. Y entendí que no iba a volver.

Estaba furiosa. No con él. Conmigo misma.

¿Qué hice? Trabajar y trabajar, pero la ilusión que antes sentía había desaparecido y contraté a una empresa para terminar mi casa. Yo supervisé y encargué los muebles. La cama de pallets la quemé una noche cuando la pena fue demasiado.

No tiré abajo la cocina porque pensaba que iba a volver. Sí, todavía tenía esperanzas y si no volvía algún día podría decirle a mi hijo que su padre instaló la cocina.

Fui a ver a Sam, la doctora de Lake Spring, para un chequeo. Lloré cuando me hizo la ecografía. No había nada más bonito que escuchar el latido del corazón de la vida que había creado con Ares.

Era demasiado pronto para ver si era niño o niña, pero suficiente para saber que eran dos. No era una sorpresa.

Empecé a comer más saludable y tomaba mis vitaminas. De hecho, el embarazo fue una de las razones por las que decidí terminar la casa. Era tan torpe que no quería poner a mis bebés en peligro.

Un día que estaba cepillando mis dientes después de vomitar la cena de la noche anterior, llamaron a la puerta.

Catorce días desde que Ares se había marchado.

Podía ser él.

Lo esperaba.

Pero no. Al abrir la puerta me encontré cara a cara con mis padres.

—Buenos días, cielo —dijo mi madre, inclinándose para darme un beso y un abrazo.

Mi padre me dio una media sonrisa.

Los invité a pasar y a un café. Aceptaron y me siguieron a la cocina.

—Oh, me encanta lo que hiciste con la casa, cielo —dijo mi madre.

—Gracias, mamá.

Luego no hubo nada más que silencio mientras preparaba el café. Cuando lo tuve todo colocado sobre la bandeja mi padre se apresuró a cogerla.

Ya. Lo sabían.

Respiré profundamente mientras caminaba hacia el salón donde una vez más mi madre me felicitó por la casa.

Que sí, que era bonito, pero lo que yo quería era saber la razón de su visita. Les pregunté

exactamente eso.

—Ares vino a hablar con nosotros —empezó mi madre—. Dijo que vas a necesitar ayuda.

—Ya. Gracias, pero no.

—Ro, ¿hay algo de lo que quieres hablar de nosotros? —preguntó mi padre.

¿Querían hablar? Ok, podíamos hablar.

—Vale. No puedo casarme con Ares porque por eso estáis aquí, ¿verdad? Ares os lo dijo. ¿Quieren saber por qué? Por tu culpa, papá, porque por más que me diga Ares que soy la mujer de su vida, que me ama más que haya amado en su vida, no lo puedo creer. Me lo imagino haciéndome daño igual que le hiciste tú a mamá.

No podía mirar a mi madre, pero la escuché llorar. No podía apartar la mirada de mi padre. Estaba esperando algo, ni yo sabía qué. Definitivamente no estaba esperando ver sus ojos humedecerse con lágrimas.

—No hay perdón en el mundo por como traté a tu madre. Han pasado treinta años y aun no puedo creer que me haya perdonado. ¿Cómo pudo perdonarme esta mujer tan buena, hermosa, inteligente? ¿Por qué no me ha dejado a mi suerte? En cambio, siguió a mi lado, creamos una familia maravillosa. Cada noche que me voy a la cama agradezco por el día que he vivido a su lado. Vivo con el miedo de perderla. Con la culpa —dijo mi padre.

Mi madre, bendita sea su alma, se puso de pie y se acercó a él. Se sentó en el sofá y cogió sus manos.

—Namir, nunca me perderás. Te amo. Tú ya no eres ese hombre. Tienes que perdonarte, yo lo hice y Ro también lo hará algún día —dijo mi madre.

No lo haré. Eso pensaba yo, pero mantuve la boca cerrada.

—Y tú —espetó mi madre girándose para mirarme y, maldita sea, conocía ese tono, sabía que me iba a regañar como si tuviera cinco años—. Dime cuándo, en qué momento de tu vida te ha tratado mal tu padre. Mírame a los ojos, mírale a él y dime que no has sido su niña preciosa desde el momento en el que has nacido. Lo hizo todo por ti, daría su vida por ti. Se quedaba en tu habitación viéndote dormir porque pensaba que ibas a dejar de respirar. Se peleó con su primo cuando su hijo te golpeó con la pelota de fútbol en la cara, ¿recuerdas? Tú, Bella, Zaid, yo. Tu padre vive por y para nosotros. No puedes culparle por algo que hizo hace treinta años, no puedes guardarle rencor, hija. No sabes cómo fue su infancia, su vida antes de conocerme.

—Eso no justifica nada, pero no he sabido lo que era el amor, el cariño, hasta tu madre. Nadie me miró como ella, nadie se preocupó por mí. Te lo he dado todo, lo que yo pensaba que era mejor para ti y quiero que tengas un amor como el que tu madre siente por mí. No mereces menos, Ro. Y ese hombre te quiere tanto o más, dale una oportunidad, pero de verdad, no a medias.

—Se ha ido, yo sigo aquí, ¿no?

Mi madre resopló.

—¿Qué? —espeté.

—Ares un santo y tú, eres mi hija y te amo más que a nada en el mundo, pero acabas con la paciencia de uno. Eres rencorosa y bastante vengativa.

—Pero, mamá —empecé.

—Ni mamá, ni nada. Estás enfadada con tu padre por algo que hizo hace treinta años, dime, ¿cuántos años tardarás en perdonar a Ares por marcharse?

—Se fue. Me dejó embarazada y se fue —me quejé.

—¿Qué? —gruñó mi padre.

Y no, al parecer, mis padres no sabían sobre el embarazo.

—Ok, no pasa nada, fue mi idea porque Ares necesita unas células madre para curarse y...

Nada. Mi padre ya estaba saliendo de mi salón y no tenía que ser adivina para saber que iba a buscar a Ares y romperle las piernas o peor.

Mi madre simplemente se encogió de hombros y cogió la taza de café.

—¡Papá, espera! —grité echando a correr detrás de él.

Lo alcancé antes de subir a coche y menos mal que se paró porque yo tropecé. Si no fuera por él hubiera acabado de cara al suelo.

—Ro, maldita sea, ten cuidado —gruñó mi padre—. No puedes correr estando embarazada.

Oh, sí podía, pero esa era una conversación para otro día.

—Papá, no vayas detrás de Ares. El embarazo fue mi idea y lo primero que hizo él cuando se lo dije fue pedirme matrimonio. Pero no quiero casarme y ya te he dicho por qué. Me jode que se haya marchado, pero él es como tú, ya sabes. Amor, matrimonio, hijos. Yo le he pedido vivir en pecado y por lo visto es algo que no puede aceptar.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a criar a tu hijo sola? Ro, hija, un niño necesita un padre y una madre. Si no hay más remedio puede vivir con uno solo, pero si hay alguna posibilidad de hacerlo posible tienes que intentarlo. No puedes dejar ir al amor de tu vida, no permitas que tu hijo crezca con el padre en un continente y la madre en otro.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Suplicarle? Pues no, no quiero. Además, no quiero casarme. No puedo hacerlo, ¿por qué nadie lo entiende, por qué no puede respetar mi deseo?

¡Al diablo con todo!

Ya estaba enfadada, pero de verdad.

—Dame tu móvil —le pedí a mi padre que dudó.

—Harás una tontería, lo sabes, ¿no? —dijo entregándome el teléfono.

Lo cogí y llamé a Ares. Dos veces porque a la primera no contestó, luego tampoco. Y ahora estaba más enfadada.

—¿Qué te parece si vamos dentro y le pedimos a tu madre una de esas manzanillas tan ricas que ella sabe preparar? —propuso mi padre.

Asentí y entramos, pero solo porque necesitaba tiempo para buscar la venganza perfecta para Ares.

Kael y Tate. Thea y Kyla.

Los nombres aparecieron en mi mente mientras esperaba sentada en mi salón la manzanilla. Aproveché que mi padre había ido a la cocina a ayudar a mi madre y cogí mi móvil.

No era justo, pero estaba herida y quería devolvérselo a Ares.

Si yo sufría, pues él también.

Ro: Kael y Tate si son niños, Kyla y Thea si son niñas. De nada.

Por alguien quien no había cogido el teléfono hace dos minutos contestó rápidamente al mensaje.

Ares: ¿Estamos eligiendo nombres para el bebé?

Ro: Bebés. Y yo estoy eligiendo nombres, solo te estoy haciendo el favor de avisarte.

Ares: ...

Escribiendo. Luego nada. Escribiendo otra vez. Al final nada.

—No podías estar quieta, ¿no? —preguntó mi madre.

Solté el móvil como si quemara, como si tuviera quince años. Suspiré igual como si mi

vida fuera un infierno solo porque las cosas no salían como yo quería.
Tenía que arreglar la situación, pero no sabía cómo.

Capítulo 21

Aurora

—Es la peor idea que has tenido en tu vida —dijo Bella.

—¿Por qué? Es lo que Ares quiere —me quejé.

Le estaba preparando una sorpresa o por lo menos lo intentaba ya que ni mi hermana ni los amigos de Ares estaban de acuerdo.

—Ro, casarse no es sólo presentarse ante un juez o un sacerdote y decir sí, quiero. Es sobre organizar, averiguar lo que le gusta al otro, negociar, disfrutar —dijo Sofia.

La miré y mantuve la boca cerrada, pero mi expresión le recordaba a la esposa de mi primo que se había casado dos días después de conocerlo y que yo le organicé la boda. Que estaban felices era otro cuento.

De hecho, no.

—Ha funcionado para vosotros, ¿por qué no va a funcionar para nosotros? —pregunté.

—Porque fui yo el que quiso casarse, yo lo planeé —dijo Reid.

—¿Y?

—Y Ares es un hombre —intervino Tomaso—. Uno fuerte y orgulloso. La enfermedad fue un golpe duro para él, tu rechazo fue aún peor y si vas ahora y le sorprendes con una boda será el último clavo en el ataúd de vuestra relación.

Hombres, madre mía que complicados eran.

—Entonces, ¿qué hago? Porque fui mala y no ha reaccionado de ninguna manera.

Le envié ese mensaje hace tres días y nada. Y claro, lo pensé mucho y bien. Quería boda pues boda iba a tener. Estaba dispuesta a casarme con él porque no quería perderlo.

—Espera unos días más. La última vez que hablé con él dijo que estaba muy liado con los negocios —dijo Sofia.

—Una semana. Si no recibo nada de Ares en siete días iré a buscarlo y no sé qué va a pasar —declaré.

—Genial, ¿podemos comer ahora? Me estoy muriendo de hambre —dijo Sofia.

Reid salió al patio para encender la barbacoa y Tomaso fue a ayudar. Ignoré las miradas que cambiaron Bella y Sofia.

Pobre Aurora.

Eso pensaban y tenían razón.

Yo me lo hice solita.

Cenamos y luego las dos parejas se fueron a sus casas, bueno, Sofia y Reid a la suya y Bella y Tomaso a la de mis padres. Ellos habían decidido vivir entre Atenas y Nueva York. Mi madre no estaba muy feliz con ello, pero no había nada que pudiera hacer. Además, Bella le prometió que cuando quedara embarazada se quedaría aquí durante el embarazo y los primeros meses del bebé.

O los bebés.

Yo iba a tener mellizos. Bella también podía tenerlos, aunque ellos todavía no lo tenían planeado y no lo estaban intentando. Solo practicando.

El silencio de mi casa me puso de los nervios, lo contrario a lo que solía sentir. Me fui a

la cama a dormir, pero después de una hora me levanté y anduve vagando por la casa como un fantasma.

Había empezado a decorar la habitación de los bebés porque quería. También quería molestar a Ares, pero no había llegado a la parte de tomar fotos y mandárselos.

Las paredes habían sido pintadas de un amarillo pastel, tres desde que había encargado un mural en la cuarta pared. Un bosque con árboles, flores, pájaros y animales. En el centro había un cuadrado blanco donde íbamos a escribir los nombres de los niños.

No quería hacerlo sola. Ni tenerlos sola ni criarlos sola.

Y en ese momento decidí que no podía esperar más. Volví a mi habitación y llamé a Ethan. Luego me vestí y bajé a esperarlo.

Tuve que coger un coche y luego viajar en avión para llegar a donde estaba Ares. Eran las cuatro de la madrugada cuando Ethan paró el coche frente a su casa. Una verja alta y un cartel nos estaba prohibiendo ir más allá.

—¿No quieres esperar hasta la mañana? No te vendría mal descansar un poco —dijo él.

—Estoy bien, Ethan.

—Ok —dijo y luego como si mi guardaespaldas fuera un mago, la verja se abrió.

—¿Tienes la llave? —pregunté antes de bajar del coche.

—Usa el móvil —dijo.

Ah, Ares ya estaba dentro de la familia. Después de salir del coche caminé menos de dos metros hasta la puerta que abrí solo con acercar el teléfono al panel colocado encima del picaporte. La magia de la tecnología.

La casa estaba a oscuras y me maldije por no pedir indicaciones. Ahora tenía que ir de habitación en habitación buscando el dormitorio de Ares.

Su casa era bonita, lo que podía ver de ella con la luz de la linterna de mi teléfono. No perdí el tiempo con la planta baja porque nadie dormía en las habitaciones de abajo o casi nadie.

Arriba tuve suerte y detrás de la primera puerta que abrí encontré a Ares. Estaba en la cama. Durmiendo o eso pensaba yo porque dos segundos después de entrar tuve que parar porque Ares me estaba apuntando con una pistola.

—¡Diablos, Ro! Podía haberte matado —gruñó.

Ignoré su furia. Estaba demasiado ocupada con la mía.

—No quiero hacerlo sola, ¿vale? He mentido, no quiero y me niego a tener a los bebés sola. Te necesito a mi lado para ayudarme a atarme los cordones, a darme masajes y prepararme tortitas a medianoche. Si tengo que casarme contigo, vale, lo haré, pero no puedes dejarme, Ares. No puedes.

Y Ares no dijo nada.

—No quieres casarte —dijo finalmente.

—Claro que no quiero, pero si ese es el precio que tengo que pagar para tenerte a mi lado entonces lo pagaré.

—¿Y debería agradecerte el sacrificio?

—¡Sí! Por supuesto. Puedo tenerlo todo listo en menos de veinticuatro horas, sólo dime cuándo, dónde y allí estaré.

—Ven aquí, Ro —ordenó.

No, no, ni loca iba a acercarme a él.

—Ro —repitió.

—No, estás enfadado y mejor me quedo aquí. Dime cuándo y me iré.

Ares encendió la lámpara de la mesita de noche y aunque quisiera no pude ahogar el grito

que salió de mi boca al verlo. Era pálido, pero no como los vampiros, pálido como el papel. Sus ojos hundidos. Sus labios secos y agrietados.

—¿Qué has hecho? —susurré acercándome a la cama.

Él aprovechó mi descuido, me agarró y de repente estaba sentada en su regazo.

—Ares, no, te vas a hacer daño —empecé.

—Calla, Ro —ordenó—. No soy un hombre que le permite a su mujer hacer sacrificios por él, soy el hombre que se asegurará de que recibirás todo lo que mereces, el padre que merecen nuestros hijos. No soy uno que necesita que le salven la vida. No me casaré contigo, pero estaré a tu lado el resto de mi vida que según Isabella serán otros cincuenta años o incluso sesenta.

—Pero, estoy embarazada —murmuré.

—¡Jesús, mujer! Si hubieras esperado una semana más...

—No, no me digas que esos malnacidos lo sabían. Me lo van a pagar —espeté.

Mi hermana. Mi amiga. Mi primo. Me habían engañado.

—En una semana estaré bien y estaré en la puerta de tu casa preguntando si me aceptas. Si me permites vivir a tu lado el resto de nuestras vidas.

—¿Por eso te has marchado? —pregunté.

Estaba sentada en su regazo, pero no lo estaba tocando de ninguna otra manera. Mis manos estaban en mi regazo y las suyas rodeaban mi cintura. En ese momento Ares cogió mi mano y la presionó contra su pecho.

—Cuando me dijiste que estabas embarazada volví a sentir el mismo dolor que me llevó a la consulta del médico la primera vez. Me dijeron que durante, por lo menos, dieciocho meses estaría bien, sin ningún tipo de dolor o molestia. Lo siento, Aurora, usé tu rechazo como excusa para marcharme. Pensaba decirte la verdad en unas horas, pero acabé en el hospital y luego Isabella dijo que si quería había un tratamiento. Experimental, pero disponible si estaba dispuesto a intentarlo.

—Ya.

—He aprovechado este tiempo para vender mis negocios en Grecia. Te quiero, tu casa es en Lake Spring y es ahí donde quiero estar.

No dije nada. Me sentía herida. Traicionada. Débil.

¿Quién era yo? ¿Por quién me tomaban?

—No podías decirme la verdad.

—Quería darte una sorpresa —dijo Ares.

—Y no has pensado en mi dolor o que me hubiera gustado estar al lado del hombre que amo mientras se somete a un nuevo tratamiento que le puede salvar la vida. No. Yo solo soy buena para, ¿para qué, Ares?

Oh, no estaba furiosa. Era algo peor. Nunca había sentido que valía tan poco para él, para mi familia.

—Tienes la tensión un poco alta, nena, y la doctora dijo...

—¿Perdona? ¿Mi doctora?

—Sí, Sam. Llamó a Isabella y decidieron que necesitabas reposo, tranquilidad y nada de... Ro —gruñó él cuando me zafé de su regazo.

Es que era increíble.

Todas las personas con las que había hablado en las últimas semanas me habían mentido. Todas, excepto mis padres que no tenían ni puñetera idea de que estaban viviendo rodeados de víboras mentirosas.

—Te estaba protegiendo, Aurora.

—¿Sabes qué? No me importa. Te metiste en la cabeza que yo necesitaba un hombre fuerte, pero yo solo te necesitaba a ti. A mi maldito lado, Ares. ¿Entiendes? Enfadado porque no quiero casarme contigo o feliz porque íbamos a ser padres. A mi lado. Vivo con el miedo, con la poca confianza que tengo en ti, que te quedarás pase lo que pase. Y no solo eso, también está el hecho de que no me has querido a tu lado mientras intentabas ese tratamiento. ¿A ti te parece que así debe ser una relación sana?

—Teniendo en cuenta que ninguno de nosotros haya tenido una relación antes diría que no lo estamos haciendo tan mal. Estamos aprendiendo de nuestros errores, ¿no?

Maldita sea.

De repente estaba agotada de discutir, de abrir la boca y hablar, de pensar. Regresé a la cama y me tumbé boca arriba. Ares hizo lo mismo.

—Mira el lado bueno —dijo acercándose a su cuerpo—. Tenemos suficiente tiempo para equivocarnos y aprender hasta que nazcan los niños.

—Si vuelves a marcharte, Ares, una vez más y será la última —le advertí.

Su silencio despertó mis ganas de discutir y lo miré. Eso fue todo lo que hizo falta.

—Si tu vida depende de mí marcha, tuya o la de nuestros hijos, entonces no dudaré. Vosotros sois lo más importante de mi vida así que no puedo prometerte que no me marcharé, lo que sí puedo hacer es darte mi palabra de honor que no lo haré cuando esté enfadado o preocupado o por protegerte de las malas noticias.

—Me vale —dije.

Luego cerré los ojos y me quedé dormida pensando en cómo vamos a joderlo la próxima vez. No me hacía ilusiones de que nuestra relación iba a seguir como si fuéramos una pareja feliz y perfecta. No, señor.

∞∞∞∞

Algo me despertó, no sabía qué, pero tenía un mal presentimiento. O sea, sabía antes de abrir los ojos que lo que iba a encontrar era malo. Aunque no sabía cómo de malo. Escuché la respiración de Ares que no sonaba para nada como la de anoche, como la de siempre, suave.

Levanté la cabeza y al mirarlo averigüé que podía palidecer aún más que la noche anterior. Era blanco como la tiza, como si alguien le hubiera cubierto el rostro entero con polvo de tiza.

—¿Ares?

Abrió los ojos y con una voz que me heló la sangre dijo: —Hospital.

Salté de la cama y cogí mi bolso que de alguna manera había acabado en el suelo. Al mismo tiempo que llamaba a Isabella presionaba el botón de pánico porque, maldita sea, tenía miedo, y necesitaba a Ethan aquí.

El hombre nunca perdía los nervios. Además, fue médico en el ejército. Algo sabría de primeros auxilios. Lo necesitaba para salvarle la vida a Ares.

Vinieron. Ethan en menos de dos minutos lo que significaba que se había quedado, esperándome. El helicóptero con los médicos que estabilizaron a Ares antes de llevarlo al hospital.

Isabella no estaba. En cambio, pasó todo el tiempo conmigo al teléfono explicándome lo que estaba pasando, aunque no entendía nada. Solo sabía que Ares no podía respirar y que en un momento dado su corazón dejó de latir.

Estuve en el pasillo del hospital durante muchas horas. A veces notaba que Avy tomaba el teléfono de su madre y me hablaba, otras veces era Blake, su marido, o algún otro familiar.

Mantuve ese teléfono pegado a mi oreja hasta que dejé de sentir el brazo y se me cayó al suelo. Entonces, Ethan lo recogió, puso el altavoz y lo colocó a mi lado en el suelo. Sí, en el suelo, porque desde que llegué me apoyé en una pared y con las horas fui deslizándome hacia abajo.

Había suciedad y bacterias en ese suelo, pero mi mente estaba en lo que ocurría detrás de las puertas por las que habían llevado a Ares.

—¿Crees que va a sobrevivir? —le pregunté a Isabella.

—Tu duda me ofende, niña. Claro que va a sobrevivir, ¿acaso crees que yo permitiría a un miembro de mi familia sufrir?

—Tengo miedo —confesé.

—El miedo no es malo y desde ahora adelante es lo único que conocerás. Miedo por tu hombre, por tus hijos. Miedo porque un rayo podrá caer o un avión. Miedo cuando tu hijo tendrá una decimas de fiebre. Miedo constante, Ro querida, pero valdrá la pena porque el amor, la felicidad será tan grande que no lo cambiarías por nada. Ahora seca tus lágrimas que dentro de un minuto vendrán a llevarte a ver a Ares.

Fueron sesenta y seis segundos desde que le colgué a Isabella y hasta que llegó la enfermera. Me estaba sonriendo y me llevó a una habitación donde me mostró como lavar mis manos, como ponerme una bata blanca y una mascarilla.

Luego caminamos por un pasillo durante treinta y siete segundos hasta la habitación de Ares.

—Está durmiendo —me informó un médico que parecía demasiado joven para haberse graduado—. Su sistema inmunitario está un poco jodido, pero en veinticuatro horas estará como nuevo. El tratamiento de la doctora Taylor fue un éxito, no hay signos de enfermedad y bla, bla, bla.

Después de la palabra éxito dejé de prestarle atención al médico.

Ares, infiernos, estaba durmiendo. Ya no se veía tan pálido y respiraba bien. Yo no le veía tan bien como decía el médico, pero qué sabía yo de estas cosas.

Me acerqué a la cama y cogí su mano, la levanté y besé sus nudillos.

—Vas a vivir, Ares —murmuré—. Eso es bueno porque quiero hacer tu vida un infierno por asustarme.

∞∞∞∞∞

Poco después llegaron Nicolas y Helena, que estaban tan asustados como yo y estuvieron media hora interrogando al pobre doctor hasta que se convencieron de que su hijo estaba fuera de peligro.

—Es cabezota, eso es lo que es —dijo Helena, inclinándose para darle un beso en la frente.

Ares seguía dormido.

—Como su madre —murmuró Nicolas.

Sonreí por primera vez desde que había llegado al hospital y me costó, parecía que tuviera la cara hecha de piedra.

—¿Quieres ir a comer algo, Aurora? —preguntó Helena.

—No, gracias, no tengo hambre.

—Llevas mucho tiempo aquí, hija, tal vez una manzanilla, ¿qué te parece? —dijo Nicolas.

Oh, en ese momento entendí que ellos querían pasar tiempo con su hijo y me puse de pie.

—Una manzanilla suena bien.

—Te acompaño —dijo Nicolas.

Caminamos hasta la cafetería, un corto trayecto durante el cual Nicolas habló y yo fingí escucharlo.

Nos sentamos y él se tomó un café, mientras yo me obligaba a beber la manzanilla. No pude tomar más de un par de sorbos.

—Helena era vegetariana cuando la conocí —dijo de repente Nicolas.

—Ah, mucha gente lo es —murmuré.

—Sí, y cuando estaba embarazada con Ares no comió ni una sola verdura ni legumbres ni ese tofu que era su favorito. Hamburguesa, costillas, albóndigas en salsa. Carne para desayunar, almorzar y cenar. Su ginecólogo estaba alucinando, la regañaba en cada visita hasta que Helena le dijo que iba a comer lo que le antojara y que o se callaba o se buscaba otro. Durante nueve meses me pregunté qué había pasado con la mujer dócil con la que me había casado, de repente tenía una guerrera en mi cama y no sabía qué hacer con ella. No quieres saber qué paso durante el parto, solo te digo que al día siguiente me hice una cita para una vasectomía. Pero volvió, mi mujer volvió a ser la de antes en el momento en el que tuvo a Ares en los brazos. La guerrera volvió un par de veces a lo largo de los años, por ejemplo, cuando un grupo de chicos pillaron a Ares solo y le dieron una paliza. El pobre volvió a casa con un ojo morado y un esquinco, aunque los otros chicos tuvieron que ir al hospital para tratar sus heridas, eso no fue suficiente para mi Helena. En la escuela aun la recuerdan, de hecho, el protocolo antiviolencia lleva su nombre.

—Me hubiera gustado verlo —dije.

—Tranquila, algo me dice que tendrás la oportunidad de verla. ¿Sabes cuándo la vi por última vez? Cuando Ares le dijo que iba a empezar el tratamiento y que nadie debía decirte nada. Mi hijo, tengo que confesar que no me lo esperaba, aguantó. Yo hubiera cedido ante su furia.

—Estoy embarazada.

No sé qué me pasó, pero las palabras salieron antes de poder pararlas. Después de un minuto entero en el que Nicolas me miró en silencio, me sonrió. Luego se levantó, me dio un abrazo y dijo que deberíamos volver y decírselo a Helena.

Ella lloró en mis brazos. Y seguía llorando cuando llegaron mis padres. Entonces, mi madre también se puso a llorar y es cuando Ares despertó.

—Y decían que al morirte no sentirás nada. Me han engañado —dijo.

Epílogo

Aurora

Ares era el hombre de mi vida, de eso no tenía ninguna duda. Excepto cuando estaba enfermo.

No, señor, en esos momentos estaba preparada para salir corriendo y fingir mi propia muerte como hizo mi madre. Y se lo dije hace dos minutos y esa era la razón por la que me estaba mirando como si fuera un extraterrestre.

Bueno, en mi defensa puedo decir que no comenté nada el primer día. Le dieron el alta y como le prohibieron viajar en avión nos quedamos en su casa. Sus padres estaban ahí, los míos también. Estuvo entretenido mientras guardaba reposo en la cama. No podía moverse excepto para ir al cuarto de baño y eso acompañado, nunca solo.

Yo no sé qué tratamiento le había encontrado Isabella, pero por primera vez en mi vida dudaba de ella. Tal vez era la edad.

El segundo día mis padres se marcharon, el tercer día los suyos que tenían que encargarse de vender los pocos negocios que les quedaban. Al parecer decidieron que habían trabajado suficiente durante su vida y querían viajar.

Aunque lo primero que hicieron fue comprar una casa en Nueva York. Y no, no era una de esas mujeres que querían a sus suegros lo más lejos posible.

Luego empezó el cuarto día y Ares se quejó constantemente. Que si le dolía el cuerpo de tanto estar en la cama. Que si estaba aburrido. Que no había nada interesante de ver. Que le dolía la cabeza y no podía leer, tampoco se podía concentrar si le leía yo. Que si la comida, que si eso, que si lo otro.

Estuve a punto de dormir en otra habitación esa noche, pero se calmó en cuanto me tuvo en sus brazos. Ingenua yo creía que esa era la solución.

Mentira. Al día siguiente hice todo lo posible para acompañarlo en la cama, hablando, viendo una película. Ares hizo todo lo que podía para meterme mano. No es que fuera algo malo con eso, excepto que también lo tenía prohibido.

El día pasó, sobreviví como pude a la noche y aquí estábamos de nuevo. A mediodía, con Ares intentando bajar de la cama para estirar las piernas.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Y sí, he de reconocer que estaba demasiado cansada para pensar antes de contestar o para darme cuenta de la expresión de su rostro.

—Mira, Ares, te estás comportando como un niño de cuatro años. Joder, eres un adulto y ya que hiciste todo este trabajo, arriesgaste tu vida con ese tratamiento innovador por lo menos deberías tener la maldita paciencia y seguir las recomendaciones de tus médicos. ¿Qué diablos te cuesta estar en la cama? Quedan tres días y luego...

—Luego podré dar paseos cortos en la habitación durante una semana más. Después de otra y si todo está bien podré bajar las escaleras, pero no subirlas, para eso tengo que esperar un mes. Meses, Ro, pasarán meses antes de volver a sentirme como antes y Dios, antes estaba enfermo sabiendo que iba a morirme en dos-tres años y me sentía mejor que ahora.

—¿Y qué importan unos meses más, Ares? Tendrás el resto de tu vida para hacer lo que

más deseas. Tómatelo con calma porque yo...

—¿Tú qué, Ro? ¿Me dejarás por querer vivir, por no ver el momento de ser el de antes? ¿Quién necesita tomar las cosas con calma?

—No, esto no es sobre mí, ¿vale? En unos meses tendré dos bebés que me necesitarán en todo momento y lo que yo necesito es saber que estarás a mi lado ayudándome no quejándote.

Fue como si le hubiera golpeado.

—¿Por qué no vas a tomarte esa infusión que decías que te apetecía? Voy a descansar un rato.

Oh, su voz era suave, tranquila. Bajó la mirada, pero no tan rápido como para no ver que estaba herido. Sí, yo había provocado ese dolor y ahora me sentía la peor persona del mundo.

Me di la vuelta y abandoné el dormitorio. Bajé a la cocina, pero no me preparé ninguna infusión. Simplemente me senté a la mesa y miré por la ventana.

Las vistas eran casi igual de buenas como las mías y era una pena que no las estaba disfrutando. Después de pensar y recordar la discusión cientos de veces llegué a la conclusión que debía haber tenido algo más de consideración.

Razón tenía, obviamente. Lo que no tenía era más empatía. Paciencia también me faltaba.

Así que preparé algo para almorzar y llevé una bandeja arriba. Para los dos, no solo para él. Sí, su comportamiento me sacaba de quicio, pero lo amaba y ya había perdido demasiado tiempo con tonterías.

Era el momento de comportarme como un adulto y resolver la situación.

Solté un grito cuando abrí la puerta del dormitorio y vi a Ares sentado en el suelo al lado de la puerta del cuarto de baño.

—Tenías razón —dijo Ares.

No pregunté con qué, solo me apresuré a dejar la bandeja sobre la cama y caminé hacia él.

—No puedo ni siquiera irme al cuarto de baño solo —continuó Ares mientras me agachaba a su lado—. Soy tan inútil como un recién nacido. Y lo odio. ¿Sabes? Quiero empezar mi vida contigo, pelear por esos nombres que has elegido para nuestros hijos no sobre si me puedo duchar o si me vas a dar un baño de esponja en la cama. Este no soy yo, Aurora. Necesito ser el hombre que mereces.

—Lo eres, Ares. Podemos pelear en la cama, ¿no? O mientras te doy ese baño. El médico no dijo nada sobre discutir y yo tengo una larga lista de cosas por las que pelear, por ejemplo, ya tengo preparada la habitación de los bebés —dije mientras me sentaba a su lado, apoyaba la espalda en la pared y la cabeza en su hombro—. Aunque los primeros tres meses dormirán en nuestra habitación y luego compartirán la suya.

—¿Y sobre qué parte deberíamos discutir? Porque yo no veo nada que valga la pena.

—¿No? Es que, Ares, hay maridos que no aceptan a los bebés en el dormitorio matrimonial, es territorio sagrado o algo parecido. La madre suele marcharse y dormir con los niños.

—Pues los nuestros dormirán con nosotros, incluso en nuestra cama si eso es lo que desean. Aunque deberíamos comprar una cama nueva porque la tuya no es exactamente adecuada para bebés.

—Oh, ¿no sabes qué mi casa ya está terminada?

—Cuéntame —me pidió.

Eso hice. Ahí en el suelo le hablé sobre la habitación de los bebés, el salón, sobre el próximo proyecto que era construir un establo para caballos. Estaba enamorada de una de las

yeguas de Reid y pensaba robársela si no aceptaba regalármela para mi cumpleaños.

Sobreviví un día más y sí, Ares ya no se quejó tanto. Empezó a planearlo todo, o sea, nuestra vida juntos. Todo, excepto la boda porque Ares ya no quería casarse conmigo. Y un poco mal de la cabeza sí estaba yo porque ahora quería casarme.

Estuvimos un mes en casa de Ares, hasta que dije un día que echaba de menos mi casa y él habló con Isabella que le dio el permiso de viajar. El día que Ethan nos llevaba al aeropuerto no podía estar quieta. Estaba más nerviosa que una niña que iba de camino a Disney.

Aunque yo nunca fui, no entendía por qué atraía tanto ese lugar. Yo había fallado en encontrarle el atractivo.

—Necesito un minuto —dijo Ares y alargó la mano para abrir la puerta del coche.

—¿Un minuto? Vale, vamos.

Ares sacudió la cabeza.

—Voy a cruzar la calle para ir a un lugar. Son veinte metros, Ro. Puedo hacerlo solo.

Oh, vale. Podía, sí. También había que reconocer que yo era peor que mi madre. Por un lado, le regañaba si se quejaba y por otro no le permitía hacer nada para no cansarse.

No obstante, el coche estaba parado en el centro de la ciudad, tiendas por un lado y por otro. Yo llevaba un mes encerrada en casa y maldita sea, un paseo de veinte metros mirando escaparates me parecía un lujo.

—Ok, esperaré —dije apartando la mirada de Ares.

Él maldijo y bajó. Yo también maldije en mi mente y antes de dejarme llevar por un tornado de pensamientos que iban a traer horas de enfado vi cómo se abría mi puerta.

—Ven —dijo Ares, alargando la mano.

¿Dudé? Ni un segundo.

La cogí y al salir de coche le regalé una sonrisa grande. Ares sacudió la cabeza murmurando algo de que me habían malcriado. Tenía razón y lo que él no sabía era que él también lo estaba haciendo.

Iba feliz de su mano, mirando a derecha e izquierda hasta llegar al cruce de peatones. Ares soltó mi mano porque su móvil sonó y una tienda con escaparate lleno de lavanda llamó mi atención.

¿Qué podía ser? ¿Ropa, perfumes?

Caminé sin pensar hasta que de repente sentí un brazo a mi alrededor, sentí como me estaban llevando hacia atrás. Era Ares, obviamente. Reconocía su perfume, la tela de su chaqueta que había insistido que debía llevar.

Lo que no entendía era por qué había hecho eso. En ese mismo instante noté el coche que venía con velocidad hacia nosotros. No solo uno, varios.

Ok... la lavanda había nublado mi mente. No miré antes de cruzar, ni siquiera presté atención al color rojo del semáforo.

—Mi héroe —dije sonriéndole a Ares.

—¿Tu héroe, Ro? Te juro que si no estuviéramos en público te dejaría el trasero rojo.

Puse los ojos en blanco y después de comprobar el color del semáforo lo cogí de la mano y cruzamos.

—Me has salvado la vida, mía y la de los bebés. No lo arruines ahora hablando de castigos y maltrato. Mejor acompáñame a ver de qué va esta tienda —dije.

Murmuró por lo bajo y sonreí pensando en que mi apodo será La Malcriada. Luego entramos en la tienda y añadí otro proyecto a mi lista. La temática era la lavanda, obviamente. Había una zona con ropa del mismo color, accesorios, productos de higiene y limpieza,

maquillaje, decoración.

Oh, Lake Spring necesitaba una tienda así.

—¿Vas a comprar algo o seguirás mirando? La dependienta nos está mirando y puedo apostar a que piensa que vas a robar algo.

—Sí, algo —murmuré.

Pasé menos de quince minutos comprando un poco de todo. Nada, solo cuatro bolsas y unos tres mil euros gastados.

Luego, mientras Ethan llevaba las bolsas al coche fuimos a la tienda a la que Ares tenía que ir. Bueno, era una joyería.

—¿Pregunto o no pregunto? —murmuré.

—No, mejor no —dijo Ares.

Fue directamente a la dependiendo que le sonrió demasiado (o eso me pareció a mí). La mujer sacó de debajo del mostrador varias cajas.

—¿Le gustaría verlos, señor Karalis?

—No, gracias.

¿No? ¿Cómo qué no?

Miré a la mujer que estaba metiendo todo en una bolsa y no podía creerlo. Eran cinco cajas de diferentes medidas. Vale, joyas, no había otra cosa ahí dentro. Pero ¿qué joyas? ¿Para quién?

Oh, iba a darme un infarto por la curiosidad insatisfecha.

—Ares —dije, mi voz implorando al mismo tiempo que le advertía.

—Luego —gruñó, cogiendo la bolsa, luego mi mano y llevándome fuera de la joyería.

—Sabes que voy a encontrar la manera de averiguar qué hay ahí dentro, ¿no?

—No hace falta, solo debes tener paciencia hasta llegar al coche.

Oh, vale, vale.

Cruzar la calle iba a tomar medio minuto. Tomó más, pero una vez sentados y con los cinturones abrochados, Ares puso la bolsa en mi regazo.

Yo lo miré a él porque algo estaba pasando. Lo sentía.

—Aurora Kader —empezó Ares y mi corazón dio un vuelco—. Debería decirte que me enamoré en cuanto te vi, en ese primer momento. Debería decirte cómo me haces sentir, qué feliz me haces cuando estás conmigo. Debería decirte que no hay otra mujer en el mundo con la que me gustaría tener hijos. Pero solo diré que te amo, te amaré para siempre y no voy a obligarte a casarte conmigo, pero, al fin y al cabo, soy un hombre y necesito que lleves algo que diga que eres mía. ¿Podrás hacerlo? ¿Por mí?

Asentí. Es lo único que podía hacer. Ni siquiera fui capaz de mover mis manos y abrir la bolsa. Ares lo hizo. La cogió y me entregó una caja pequeña. Incluso la abrió y solo tuve que mirar hacia abajo y ver un anillo con un diamante amarillo.

Luego Ares abrió otra caja. Pendientes de diamantes del mismo color. Amarillo. Otra caja, otra joya. Pulsera de diamantes. Y otra. Collar con un colgante de diamante en forma de corazón.

Amarillo.

—Ares, ¿qué hiciste?

—No lo sé, pensaba que algo bueno, impresionante. Pero por tu silencio diría que la he jodido y que me vas a gritar por el resto de tu vida por arruinar tu diamante.

Oh, era mío. Lo sabía.

—No, es increíble.

Y lo era. Nuestros joyeros no se atrevieron a cortar el diamante porque decían que se iba a romper en cientos de pedazos que no servirían de nada. Estaban equivocados. Ares había encontrado a alguien capaz de confeccionar no una, cinco joyas perfectas.

—Hay otra más —dijo Ares.

Tenía las otras cajas abiertas en mi regazo y luego vi a Ares abrir otra. En el interior había dos alianzas. Una de mujer, una de hombre. La primera con una línea de diamantes en el centro. La segunda con un solo diamante pequeño.

—No —dije cerrando la caja—. La vas a necesitar el día de nuestra boda.

—He dicho...

—Sí, sí. Ya lo sé lo que dijiste, lo mismo que yo. Pero nos vamos a casar porque me niego a que mis hijos lleven dos apellidos. ¿Kael Kader Karalis? ¿Sabes lo que se van a reír de él sus compañeros? No, gracias —espeté.

—Y te parece que Kael Karalis suena mejor —dijo Ares.

Estaba sonriendo y me sentía tan feliz en ese momento que no podía importarme menos si quería discutir por el nombre de los niños hasta el día del parto.

—Sé que Aurora Karalis suena perfecto —murmuré.

Y era verdad, aunque mi nombre en sus labios antes de besarme sonaba más que perfecto.

Media hora después subía al avión llevando en mi dedo el anillo de compromiso. Una hora después tenía la boda organizada a pesar de que para la fecha que había decidido con Ares faltaban unos tres meses.

Iba a casarme embarazada, con una tripa de mellizos que iba a ser un infierno para mi madre y una razón de enfado para mi padre. Pero no tenía ninguna duda de que mi madre iba a diseñarme el vestido más bonito del mundo y que mi padre me llevará al altar sonriendo.

Me amaban. Los amaba. No eran perfectos. Nadie lo era.



Había echado de menos mi casa. Ares también y a él le tomó media hora ver todo lo que había cambiado desde que estuvo aquí la última vez.

Y mi nueva vida comenzó.

Ares estaba mejorando despacio, pero ya no estaba preocupada por su vida. Isabella le dio el visto bueno, dijo que apostaba su vida que Ares vivirá hasta los noventa o los cien años. Eso era algo que a mí no me apetecía, en serio. Amaba la vida, pero a los cien podías tener la mente joven, el cuerpo no.

Mis proyectos iban bien. El establo que al principio debía ser suficientemente grande para dos o tres caballos ahora era el doble porque Ares dijo que era demasiado pequeño.

La tienda, pues, tardé bastante en convencer a mi madre a echarme una mano con los diseños y solo dijo que sí si yo misma hacía los primeros dibujos.

Yo no tenía ni idea. Me gustaba la ropa, comprarla y llevarla, diseñarla no y confeccionarla tampoco.

Pero lo intenté.

En eso estaba una tarde que Ares dijo que quería echarse una siesta. Bajé al jardín e ignoré las sillas, los bancos y las tumbonas que había encargado. Me senté sobre el césped. Detrás tenía la casa, a la izquierda y derecha bosque y justo delante un pequeño arbusto de lavanda para inspiración.

Sobre las piernas tenía apoyado el cuaderno. La hoja estaba en blanco porque no, no era

lo mío. Apunté en una lista increíblemente larga lo que quería, con detalles y todo, porque mi madre se tenía que apañar sola con esto.

Sentí el pequeño temblor, pero pensé que me había mareado de tanto concentrarme.

Error.

Luego la tierra se abrió. En serio. Me caí por un agujero que apareció de la nada en mi jardín.

Grité mientras me deslizaba hacia abajo mientras intentaba recordar todas las recomendaciones para estos casos. ¿Debía caer de pie? ¿Debía tumbarme? No, eso era para los ascensores. ¿Debía agarrarme a algo? Sí, eso.

Lo intenté y solo conseguí tierra y rocas, pero luego tuve suerte y mis dedos agarraron una raíz. El golpe que di a la pared con mi vientre trajo lágrimas a mis ojos.

No por dolor, por mis bebés.

—¿Aurora?

—Aquí —grité aliviada de escuchar la voz de Ares.

—¿Estás bien?

—Sí, nada roto. Solo sácame de aquí.

—Aguanta, amor —dijo Ares.

Como si no hacerlo era una opción. Un agujero no iba a joder mi vida ahora mismo, no iba a quitarme a mis bebés.

Miré hacia arriba y solo pude ver un punto blanco. ¡Maldita sea! La ayuda iba a llegar pronto, lo sabía, pero miré hacia abajo y la cosa tenía mala pinta, o sea, el agujero era muy profundo. No sabía si esa pequeña raíz iba a aguantar tanto o si mis dedos iban a hacerlo.

Intenté hacer un agujero en la pared con mis pies, pero era muy duro. Lo seguí intentando hasta que conseguí apoyarme la punta de los pies. Era mejor que nada.

Entonces escuché a Ares: —Agarra la cuerda.

¿Agarrar qué? Eso pensé antes de soltar un grito cuando sentí que algo me tocaba la cabeza.

La cogí y las instrucciones de Ares continuaron. Enrollarla a mi cintura, pasarla por mi entrepierna, hacer no sé cuántos nudos. Este hombre me había mentido cuando dijo que me prestaba atención cuando hablaba. Yo era una princesa que llevaba diamantes, no sabía hacer nudos. Poner baldosas sí, nudos no.

—Listo —grité.

Y ese listo fue la señal para Ares. De repente estaba subiendo. Eso sí, despacio. Tan despacio que tuve tiempo a buscar una explicación a lo que había pasado. Cuando compré el terreno me aseguraron de que todo estaba bien. Ninguna falla que en caso de terremoto tragaría mi casa y a mí misma. Ninguna mina abandonada. Ningún túnel para los traficantes de drogas.

No podía esperar a averiguar la verdad porque sabía que mi familia ya tendría la explicación.

—Ya casi estás, nena —dijo Ares.

Ese casi significaba medio minuto y luego estaba en los brazos de Ares. Pudiendo respirar. Viendo la luz del sol.

Viendo a Ares y a nadie más.

—Ares, ¿dónde están los demás? —pregunté inclinando la cabeza y mirando preocupada.

—¿Los demás? —preguntó confuso.

—Sí, Ethan, Reid, Linc. El equipo de rescate. Ya sabes.

—No lo sé. Iba a la cocina cuando sentí el temblor y llegué al jardín justo cuando tú

desaparecías bajo tierra. Corrí a rescatarte.

Bueno.

—Mi héroe —sonreí—. Es la segunda vez que salvas mi vida.

—Y que sea la última, por Dios.

Me abrazó de nuevo y es entonces que llegó el equipo de rescate. He de confesar que a mí también se me había olvidado pedir ayuda. Solo tenía que presionar el botón de mi reloj.

Linc miró con orgullo y sorpresa a Ares mientras le contaba que él me había rescatado. Ethan gruñó algo que parecía una queja, de que le estaban pagando el sueldo, pero no le dejaban hacer su trabajo. Y Reid, bueno, mi querido primo, me preguntó cuándo iba a recoger la yegua.

Me encantaban los finales felices.

∞∞∞∞

Al final, no hubo explicación. No había ninguna razón detrás del agujero de mi jardín. Era inexplicable. Por lo menos no fue un intento de asesinato. Yo estaba bien. Los bebés estaban más que bien. Tomaron nuestra primera aventura como el mejor momento para empezar a hacer notar su presencia.

Sus movimientos se sentían como un aleteo de mariposa. Suaves. Débiles. Hermosas.

Estaba feliz. Ares no tanto. No me quitaba la mirada de encima. Si fuera por él no me dejaría ir sola ni al cuarto de baño.

Tardó semanas en calmarse.

Luego pasó de nuevo.

Habíamos salido a cabalgar. Bueno, a dar un paseo como los caracoles. Despacio. Aunque nos habíamos adentrado bastante en el bosque. Seguíamos en mi propiedad y era una parte a la que no había llegado hasta ahora, no había tenido el tiempo necesario.

Improvisamos un picnic, hablamos y admiramos el paisaje. Era un bonito día de otoño. Ares estaba mucho mejor. Los bebés estaban creciendo.

Cerré los ojos por un segundo y desperté algún tiempo después, pero no abrí los ojos. Mi corazón latía demasiado rápido y pensaba que había soñado algo. Sentía el latido del corazón de Ares bajo mi mejilla, los pájaros en los árboles. Todo era calma.

Luego escuché el gruñido.

Medio abrí un ojo y lo vi. A pocos metros de nosotros estaba un lobo. Mirándonos. La boca abierta. Los dientes grandes y afilados. Saliva cayendo. Lengua fuera.

Nunca había visto un lobo de verdad o no lo recordaba, debían haberme llevado al zoológico cuando era pequeña, ¿no?

—No te muevas —susurró Ares.

Moví los ojos, pero no pude ver más que su barbilla.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

Lo que había que hacer era llamar y pedir ayuda. Lo hice. Presioné el botón de mi reloj contra la mano de Ares.

Esperar era buena idea. El lobo solo estaba mirando, tal vez estaba decidiendo si venía a darnos un bocado o se iba a buscar a los caballos o algún otro pobre animalito.

Dos o tres minutos no era mucho. Si tenía suerte nos habría tocado un lobo al que le costaba mucho tomar una decisión. El equipo estará aquí en nada, en un abrir y cerrar de ojos.

No tenía suerte.

Ares gritó: —¡Corre!

No sabía si debía echar a correr o estaba hablando sobre el lobo que sí corría hacia nosotros. Me puse de pie y corrí hasta el árbol más cercano. Subí raspándome rodillas y manos, clavándome astillas y no supe que Ares no había hecho lo mismo.

Estaba a unos dos metros del suelo cuando mi mente tomó nota de los ruidos y miré atrás.
—¡Oh, no, Ares! —susurré.

Mi hombre estaba luchando con el lobo. Vi los dientes del lobo clavarse en el brazo de Ares y fui una cobarde. Cerré los ojos y así presioné el botón de pánico, luego el de llamada.

—Socorro. Por favor. ¿Alguien?

—Un minuto, Ro, un minuto más —dijo mi prima que era la encargada del equipo de protección de la familia.

—Un lobo —murmuré.

Mi prima maldijo y supe que esto no iba a acabar bien así que me esforcé y abrí los ojos. La lucha seguía y Ares estaba perdiendo.

¿Qué hice? Lo mismo que cualquier mujer que había perdido la mente. Bajé del árbol y cogí la piedra más grande que encontré. Luego le grité al lobo que no me hizo ni puto caso.

Me acerqué un poco más y entonces el animal paró. Dejó de moverse. Simplemente estaba ahí sobre Ares.

—¿Ares?

Después de una eternidad escuché su voz.

—No estás corriendo.

En ese momento llegó Ethan que en lugar de ayudar a Ares se lo quedó mirando.

—¡Ethan!

Mi guardaespaldas, el hombre que llevaba años protegiéndome, me miró y dijo: —Solo tú podías buscarte un hombre capaz de luchar con un lobo y sobrevivir.

Luego, con la ayuda de otros dos hombres, liberó a Ares del peso del lobo. Un instante después deseaba que no lo hubieran hecho.

—¿Tú has perdido la cabeza? Ro, si te digo que debes correr es lo que tienes que hacer, ¿entiendes? Tú deber es proteger a nuestros bebés mientras yo os protejo a los tres.

Por un momento su furia hizo que mi corazón diera un vuelco, pero luego entendí lo que había pasado de verdad. Mi Ares, el hombre que seguía luchando con su propio cuerpo para erradicar la enfermedad, nos había salvado. No dudó.

—Mi héroe —susurré.

—¡Jesús! —maldijo él.

Mi héroe fue llevado al hospital porque el lobo había dejado marcas sobre su cuerpo, aunque nada grave. De todos modos le hicieron un montón de pruebas para asegurarse de que no había pasado nada más grave.

Isabella también se pasó por el hospital para decirle a Ares que estaba impresionada. Nicolas y Helena no tanto, ellos simplemente estaban asustados y algo preocupados por lo que ellos llamaban una insensatez.

La única opción que tienes cuando ves un lobo es subirte a un árbol y esperar.

Eran pasadas las dos de la noche cuando por fin pudimos meternos en la cama. Ares tenía sus heridas vendadas, un par en los brazos, otras en la cara, en las piernas. Estaba hecho un cuadro el pobre y de alguna manera yo estaba preparada para saltarle encima.

Él lo supo con solo mirarme.

—No —gruñó.

—¿No?

Si podía luchar con un lobo podía hacerme el amor y me importaba un bledo lo que el médico decía.

—No. Piensa, Ro, ¿qué hiciste? —preguntó y me encogí de hombros—. Hablé con Ethan y esto no es normal. En todos los años que lleva protegiéndote nunca ha pasado algo parecido. Estuviste a punto de morir tres veces.

—Dos, porque lo del lobo no puedes decir que solo fue cosa mía. El pobre animal pudo haber sido atraído por tu colonia, ¿no crees? Además, son accidentes, todo el mundo los tiene.

—No. Una vez es un accidente, dos veces una coincidencia, pero tres no. Te ha mirado un tuerto, te han maldecido, no sé qué ha pasado, pero hasta que no sabemos qué ocurre vas a quedarte dentro. Lejos de objetos pesados y punzantes.

—Lo que sea —murmuré.

Obviamente, Ares había perdido neuronas por culpa de ese tratamiento experimental. Me incliné para darle un beso de buenas noches y me quedé ahí porque Ares me rodeó con sus brazos.

—No quiero imaginarme la vida sin ti, Aurora —dijo.

Oh, bueno.

—¿Sabes, Ares? Lo estás mirando de la manera equivocado. Crees que los accidentes fueron una maldición o brujería, ¿por qué no puede ser algo bueno? Es como una prueba, es tu oportunidad de demostrarme que eres mi héroe.

—¿Necesito demostrarlo?

—No. Vale, sí. A ver, no viene mal y no voy a mentir que no me siento más protegida a tu lado, ¿sabes? Lo sabía, pero ahora lo he visto. ¿Te imaginas contárselo a nuestros hijos? Papá lucho con un lobo. Serás...

—Ya, ya, un héroe —me interrumpió Ares.

Sí. Un héroe para nuestros hijos. Tal vez para nuestra hija.

∞∞∞∞∞

La vida o el destino estuvo de su parte. Durante una semana Helena y mi madre estuvieron en permanencia en nuestra casa ayudándome con los últimos detalles de la boda. Ares entendió que era la única manera de mantenerme entretenida.

El sábado nos casamos. Lo hicimos en nuestro jardín que ahora tenía un muro electrificado de dos metros y dos guardabosques en nómina que debían vigilar a los lobos.

Fue maravilloso. Eso era todo lo que tenía que decir sobre mi boda con Ares.

La luna de miel, y fue un mes entero, fue igual de increíble. Nos marchamos a una isla, pero no solos, Ethan y otros seis hombres nos acompañaron. Luego averigüé que también había un equipo de médicos por si acaso.

Ares pensaba seriamente que algo iba a pasarme. Pero no. No pasó.

Volvimos de la luna de miel felices y listos para vivir nuestra vida. Lo empezamos con una fiesta en casa de Reid y Sofia celebrando su embarazo. A Tomaso no le gustó mucho que nuestros hijos, los de Ares y Sofia iban a crecer juntos, primos y mejores amigos como ellos, y se llevó a Bella a casa.

Ella le dijo en voz alta que no iba a tener un bebé solo para que creciera con sus primos. No sé qué hizo mi cuñado, pero dos meses después anunciaron que Bella estaba embarazada.

Ah, la vida era tan bella.

Nada podía arruinar mi felicidad. Ni siquiera los antojos, los dificultades para levantarme

sola o caminar, las cien veces que iba al día al cuarto de baño. Ni siquiera los dolores del parto.

—No tengo ni idea por qué las mujeres siguen teniendo bebés con lo que esto duele —le dije a Ares.

Él se encogió de hombros. Bueno, había aprendido pronto que era mejor guardar silencio porque todo me ponía nerviosa. Empecé a gritar desde que me desperté porque había mojado la cama y no paré hasta llegar al hospital.

Vale, vale, paré durante los segundos que la doctora tuvo la mano en mi interior para comprobar la dilatación.

—No vamos a tener más —declaré.

—Lo que tú digas, Aurora —dijo Ares.

¿Ves? Me estaba comportando como una perra y el hombre no estaba ni un poco enfadado. Si esto no era amor del verdad no sé qué era.

Primero nació Tate a las cuatro en punto de la madrugada. Thea tardó tres minutos más. Los dos eran sanos y ruidosos.

Su primo Lance nació una semana más tarde y el hijo de Bella y Tomaso seis meses después. Mi hermana me robó el nombre para su pequeño. Kael.



—¿Os dais cuenta de que todo me lo deben a mí? —preguntó Bella.

Mi sombrero me impedía verla y el dolor de cabeza no me permitía levantar la cabeza para mirarla. Bueno, tampoco tenía ganas de conversar así que no me molesté en preguntar a lo que se refería.

Había salido la noche anterior. Mi cita mensual con Ares. Era tradición salir juntos después del almuerzo de sábado. Igual de tradicional que la barbacoa de domingo con el equipo de Lake Springs. Es el apodo que nos pusieron los otros familiares y era justo.

Así que la cita fue un éxito total como siempre. Amaba la familia que había formado con Ares, nuestros pequeños que pronto iban a cumplir un año eran nuestro mundo entero, pero necesitábamos tiempo lejos de ellos.

Por tiempo quiero decir tres horas que era lo máximo que podíamos aguantar. Los abuelos nos regañaban por no salir más a menudo porque ellos querían pasar tiempo con los niños, pero Ares les dijo que podían pasar todo el tiempo del mundo en nuestra casa.

Por eso tardamos dos semanas en construir una pequeña casa de invitados donde Helena y Nicolas debían quedarse en sus visitas. Temporalmente, ya sabes, pero llevaban tres meses aquí y no tenían la intención de marcharse.

No me importaba, de hecho, me encantaba ver la bonita relación que habían formado con los niños.

Hoy no estaban aquí porque habían ido de viaje con mis padres, pero no se perdían ninguna barbacoa.

—¿Me has escuchado? —preguntó Bella.

—Sí, te debo algo. ¿Qué es, dinero? —preguntó.

—No, ¿tú lo sabes, Sofia?

—¿El regalo del cumpleaños de Tomaso? —dijo Sofia.

—Madre mía, no. Si no fuera por mi ninguna de vosotras estaría aquí ahora mismo. Nada hubiera pasado. Ni Ares, ni Reid, ni los niños. Pero yo he conocido a Tomaso y eso nos la llevado a este momento.

Vaya película que se había montado Bella.

Miré por debajo de mi sombrero a Sofia y su mirada estaba en blanco. Obviamente. Era una locura. Bella estaba, bueno, se estaba comportando de manera extraña. La había notado ayer en el almuerzo cuando...

—¡Estás embarazada! —exclamé olvidando del dolor de cabeza. Me senté en la tumbona y miré a mi hermana.

—Oh, felicidades —dijo Sofia.

Pero Bella se veía como si estuviera a punto de vomitar y es lo que hizo porque en dos segundos se puso de pie y echó a correr. Volvió diez minutos después y se sentó en su tumbona.

Respiró profundamente y dijo: —Es demasiado pronto, Kael no tiene ni un año, pero Tomaso está tan ilusionado.

—¿Solo él? —pregunté.

—Él más. Niño o niña, le da igual. Quiere un hermano o una hermanita para Kael, solo uno.

∞∞∞∞

Kyla fue el nombre que eligieron Bella y Tomaso para su hija.

Sofia y Reid tuvieron a Lidia dos años después.

Nosotros nada. No es que no lo intentamos, pero no volví a quedarme embarazada. El destino decidió que debía ser así y le agradecí por lo que tenía.

Un hombre que me amaba. Dos niños sanos y felices. Unos suegros maravillosos. Una familia más que bonita.

No podía no sentirme agradecida por lo que tenía.

Fir

Agradecimientos

Un agradecimiento especial a Yaima Reyes por el árbol genealógico (por lo mal que me ha salido a mí seguiríamos sin uno ☺).

Otro para mi hermana que se encarga de comprarme cositas bonitas.

El ultimo, pero no menos especial, a todas mis lectoras que siguen leyendo mis libros.

Gracias Euli, Mirna, Amparo, Ramona, Daihiana, Yolanda Fernández, Alejandra, Vanesa Riveros, Cath Henriquez, Suyi Alvarez, Letty Holquin, Maribel Marin, Thairubert, Elena, Ela, Tamara, Flora, Alice, Bego, Tammy, Judith.

Si quieren saber cuándo publicaré mi próximo libro me pueden seguir en las redes sociales o incluso pueden unirse a mi grupo de Facebook, Los libros de Eva Alexander.

Instagram: <https://www.instagram.com/evaalexanderauthor/?hl=es>

Facebook: <https://www.facebook.com/EvaAlexanderl/?eid=ARAYON4nRcjtinXg5Fzh-nXBlnS3p4KhNIELcBcq8TWpc1GN994XyshvieL6rxBre8W3sWW3hbFrJJm>

Grupo: <https://www.facebook.com/groups/516967059017790/>

Lista libros (si es posible hay que leer en este orden)

Serie Encontrar la felicidad

1. Felices para siempre
2. Mia
3. Sueño de felicidad
4. Ayala
5. El cuento de Evie
6. Simplemente Eva

Sin serie

1. Cumplir un sueño
2. El destino de Lena

Serie El Pacto

1. El hombre perfecto (Olivia y Colin)
2. El hombre inesperado (Ian y Samantha)
3. El hombre soñado (Liz y Ryder)
4. El hombre ideal (Sarah y Max)
5. El hombre insuperable (Iris y Kevin)

Serie Novias

1. Perdida
2. Desesperada
3. Liberada
4. Protegida
5. Ilusionada

Serie La Isla(fantasía)

1. Espérame
2. Sígueme
3. Protégeme

Serie ¿Felicidad? No, gracias (a continuación de Encontrar la felicidad)

1. Avy
2. Aiden
3. Asher
4. Zaid
5. Una esposa para Z
6. Ivo
7. Ivy
8. Zayna
9. Vy
10. Lilith
11. Aurora

